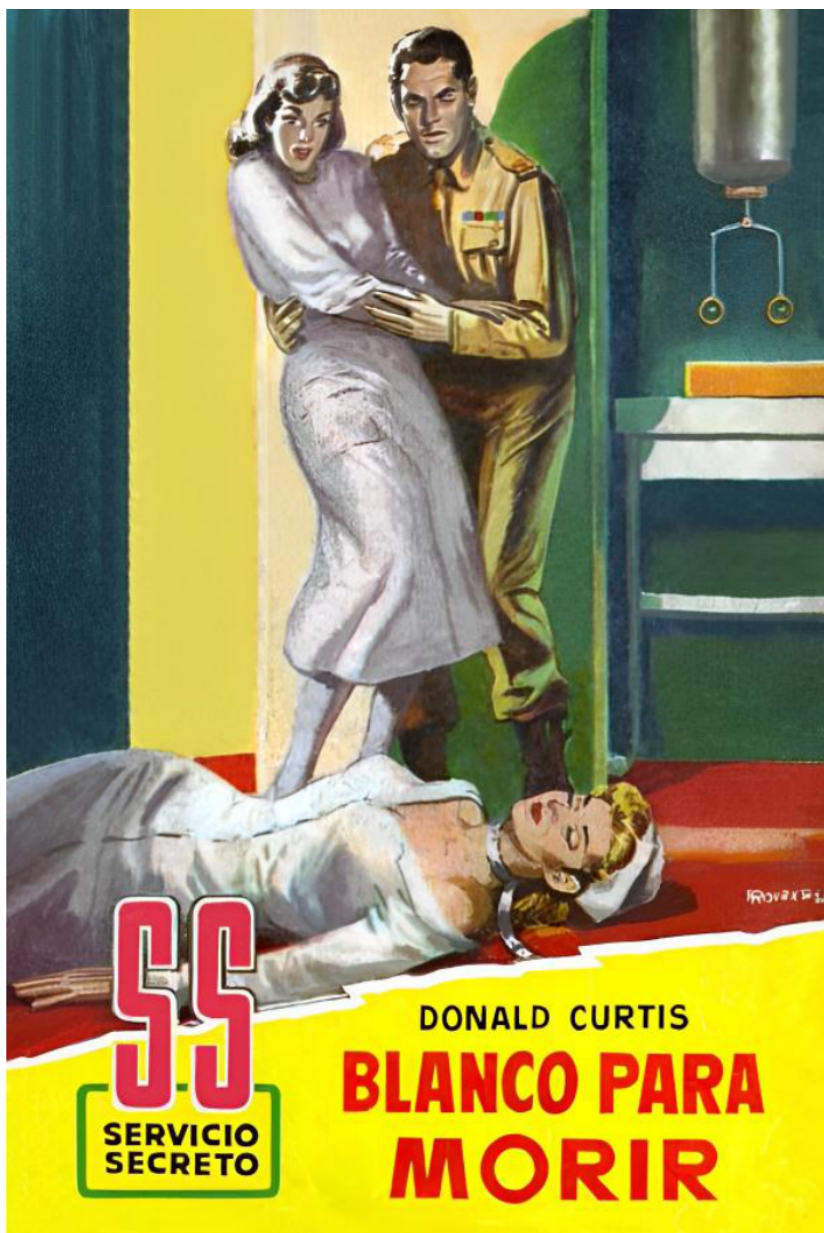




DONALD CURTIS

Blanco para morir

1ª EDICIÓN
DICIEMBRE. - 1956



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

CALIFICACIÓN DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

PRINTED IN SPAIN



FRANCISCO BRUGERA - 1956

**Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona**

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

406.—El valle del odio. 417.—La sangre de los Farrells. 453.—Los vengadores. 466.—Los ángeles no matan.

En Colección S. SECRETO:

240.—Sin tiempo que perder. 243.—Lo siento querida. 254.—La dalia gris. 259.—La dama del pelo platino. 326.—Flores en tu funeral.

En Colección BUFALO:

113.—Frontera. 116.—Territorio violento. 147.—Noroeste. 151.—Johnny Calaveras. 156.—Diamond Jim.

En Colección PANTERA:

—La carga de Llano Rojo. 35.—Rancho Perdición. 43.—Destino: Muerte.

En Colección SALVAJE TEXAS:

2 — Emboscada. 6 — Quebrada del trueno.

En Colección CALIFORNIA:

11.—Los implacables.



CAPÍTULO PRIMERO

Doris abrió los ojos.

Era la primera vez que lo hacía, en mucho tiempo. Ella no sabía exactamente cuánto. En realidad, no sabía nada de nada desde el momento en que sucedió aquello. Era un espacio nulo de su mente.

Ahora, al alzar los párpados y serle heridas las pupilas por aquel fuerte resplandor, se vio obligada a cerrarlos de nuevo y esperar unos instantes, dejando que la sensación de luz brillante se filtrase a través de la piel, hasta habituarla a la misma.

Cuando volvió a alzar las pestañas y miró en derredor, su mirada había adquirido algo más de firmeza, y pudo permanecer sin ocultarla casi tres segundos. Porque en el acto volvió a sumirse en la benéfica sombra, huyendo insistentemente de la claridad.

—Vamos, señorita Wolrich, está usted bien —dijo una voz suave y apacible, junto a ella—. No tema a la luz.

Doris parpadeó, pugnando por atravesar la barrera luminosa y distinguir a alguien. Al principio fue un esfuerzo terrible, sobrehumano, pero al fin vio vagas sombras rodeando lo que debía de ser su lecho, y hasta distinguió el brillo de la montura de oro de unas gafas inclinadas sobre ella. Imaginó, más que vio, la penetrante mirada que aquellos lentes gruesos enmascaraban.

—¿Verdad que se siente bien señorita Wolrich? —insistió aquella voz sedante, que parecía venir del punto donde bailaban, ante sus ojos, las gafas doradas—. Está habituándole a la claridad y ya nos ve a casi todos. ¿Le duele la cabeza?

—Un poco —ella misma se asombró. ¡Cielos! ¿Era aquélla realmente su voz? Parecía serlo, porque brotó al mover sus labios para responder a la pregunta formulada. Y realmente le dolía la cabeza. No era un dolor intenso, pero sí agudo y molesto. Sobre todo, en las sienes, donde parecían martillar un par de traviosos duendes.

—Eso pasará pronto —aseveró la misma voz, con seguridad—. Es consecuencia lógica de su estado. Pero no tiene que preocuparse. Está mejorando rápidamente.

¿Mejorando de qué? Ella no recordaba haber estado nunca enferma. Pero aquello, evidentemente, era un hospital, una clínica o un sanatorio. En resumidas cuentas, un establecimiento médico, resultaba obvio. Porque las paredes eran singularmente blancas, haciendo juego con el techo, las sábanas de su lecho y las batas que lucían las tres personas inclinadas ansiosamente sobre ella, cuyos rostros ya distinguía con relativa claridad.

Aparte del hombre de gafas doradas y voz sedativa, había una dama de cabellos rojizos, cuya bata mostraba un bolsillo superior izquierdo lleno de bolígrafos, lápices y plumas, junto al plateado extremo de un termómetro. La tercera persona le pareció a Doris la más gris de todas. Vestía la inevitable bata blanca, tenía una calva brillante y sebosa, y unos ojos desvaídos, aparentemente montados sobre el caballete de una nariz violentamente halconada. Fue este último el que despegó ahora los labios; su voz era también impersonal, opaca.

—Afortunadamente, la lesión no parece tener consecuencias, doctor Wonkle —dijo.

—Eso no se sabe nunca con certeza, doctor Harver —replicó con sequedad Wonkle—. No formule nunca diagnósticos precipitados en tales casos.

—¿Qué es... qué es lo que ha sucedido? —inquirió ella débilmente, mirando a los que la observaban fijamente.

—Repose tranquila, señorita Wolrich —dijo ahora la mujer de blanco—. Cuando se encuentre mejor, ya se lo explicaremos todo detalladamente.

—Cuando me encuentre mejor... —Doris movió la cabeza de un lado a otro y creyó que le iba a estallar en mil pedazos—. ¿Cuándo será eso?

—Pronto, señorita Wolrich, pronto —le sonrió dulcemente la dama de cabellos rojizos—. Es cuestión de unos días...

—Ya sé, ya sé. Es cuestión de unos días, doctora Lehman. Eso mismo me dijo usted hace una semana, cuando recobré el conocimiento en esa cama del pabellón F. Y ahora le pregunto: ¿cuándo van a dejarme salir de la clínica?

La doctora Lehman dejó a un lado la ficha médica de la joven que tenía ante sí en el frío despacho del pabellón y eludió la mirada de la enferma.

—Eso no depende de mí, señorita, sino del doctor Wonkle, su médico. Éste es el pabellón de Psiquiatría, y yo no soy más que la doctora ayudante. Es él quien ha de resolver. Usted está perfectamente bien, pero sigue sintiendo esos dolores de cabeza agudos, que tanto preocupan al doctor Wonkle, y mientras no averigüe, teniéndola en observación, si son un simple resultado de la lesión sufrida, que a la larga desaparecerán, o una lesión interna de carácter más grave, no puede en buena lógica dejarla marchar.

—Pero es que yo... ¡yo tengo cosas que hacer, he de ver a mi hermano, regresar a mi pueblo natal, doctora! He pretendido comunicarme estos días con el exterior, pero estaba demasiado débil para discutir, y el doctor Harver y la enfermera Grace no me han permitido avisar a nadie.

—Es una medida prudente en los primeros días de hospitalización. Hay que evitar emociones a los enfermos, en tanto no se aclara su estado. Pero usted no está ya en ese caso. Puede ver a quién quiera o comunicar con quien le parezca. No sabía, por cierto, que tuviese usted un hermano en Nueva York. Nadie se ha ocupado de usted, ni han denunciado siquiera su desaparición. Creímos que vivía usted sola.

—Casi sola —sonrió tristemente Doris Wolrich, sintiéndose desamparada de pronto—. Pero está Marty, mi hermano. Vive en Nueva York. Venía a reunirme con él cuando ocurrió el accidente.

La doctora Lehman interesada, miró a la joven que tenía ante sí. Doris Wolrich era una muchacha muy joven y bastante atractiva. Poseía una bella figura, cabellos color caoba brillantes, ojos azul oscuro, vivos y profundos, naricilla respingona, boca roja, carnosa y bien dibujada, y una constante expresión de dulzura y desamparo. Evidentemente, en aquellos momentos ponía toda su ilusión en el hermano de Nueva York.

—¿Sabía él que usted venía a verle? —preguntó la doctora.

—Sí, yo misma se lo escribí la semana anterior. Obtuve un mes de permiso en la Biblioteca Pública donde trabajo y lo aproveché para venir a ver a Marty. ¡Hacía tanto tiempo que no pasábamos unos días juntos! Estando solos en el mundo, vivimos siempre

demasiado alejados. Pero él es muy distinto a mí, claro. Tiene ambiciones, inteligencia, capacidad. Es lógico que no se conformase con enterrar su vida y su juventud en un sitio como Milledgeville. Aquello no ofrece horizontes.

—Ya hemos visto entre sus objetos la tarjeta de identidad con el nombre de la Biblioteca de Milledgeville, señorita Wolrich. Ser bibliotecaria no debe de resultar aburrido —sonrió la doctora.

—No lo crea. Una, más que vivir, languidece entre libros alineados como seres muertos en sus nichos, rodeada sólo de gentes extrañas, silenciosa, que buscan su libro con afán, se hunden en él y dejan de existir lo poco que ya existían antes. Odio mi oficio, doctora Lehman.

—¿Y cómo fue que su hermano no acudió a verla ni ha dado señales de vida hasta ahora?

—Marty ha sido siempre muy despreocupado. Me quiere a su modo. Posiblemente tuvo demasiado trabajo para ir a buscarme a la estación; luego ha visto que yo no llego y ha decidido que me habré quedado en Milledgeville definitivamente.

—Es una actividad un poco... descuidada en un hermano, señorita Wolrich —se sorprendió la doctora—. ¿Dónde vive ese joven? Creo que debe saber ya lo ocurrido...

—En mi bolso tengo sus tarjetas postales —Doris sonrió—. Él siempre usa postales para escribirme. Sabe que me gusta coleccionar vistas de Nueva York. Las va eligiendo y me las envía. Así escribe menos y me da una satisfacción a mí.

—No he visto tarjeta postal alguna en su bolso, señorita Wolrich —dijo la doctora, abriendo un cajón de su mesa—. Aquí lo tenemos con todo cuanto en él había en el momento de ser usted atropellada, pero no recuerdo haber visto postales...

Le tendió la doctora su bolso, y Doris lo tomó ansiosamente, abriéndolo y escrutando en su interior. Extrajo las cosas, desparramándolas sobre la mesa. Un lápiz de labios, una polvera, un manojó de llaves, un monedero con billetes de diez, de veinte, de cinco y de un dólar, otro monedero con moneda suelta, su tarjeta de identidad, su librito de notas, con tapas rojas de piel, su cajita de goma de mascar, aún medio llena, el billete de Milledgeville a Nueva York, la reserva de asiento, la factura de la comida en el coche-restaurant... Todo estaba allí, absolutamente todo. Menos

las tarjetas postales.

—¡Pero si tienen que estar aquí! —se lamentó Doris, explorando en vano las vacías paredes de su bolso—. Iban todas, ligadas con una gomita. Quería... quería confrontar si la ciudad era tan hermosa al natural como en fotografías coloreadas.

—Posiblemente cayeron al suelo cuando usted rodó bajo las ruedas del coche. Encontraron el bolso abierto, con las cosas desparramadas sobre el asfalto. Pero usted imagino que recordará dónde vive su hermano...

—¡Claro que sí! Incluso tengo apuntado su teléfono, él mismo me lo dio en una de sus últimas tarjetas, por si lo necesitaba en algún momento.

—Entonces, su problema está resuelto, señorita Wolrich —sonrió cordialmente la doctora, tomando el teléfono de encuna de la mesa—. Dígame cuál es el número y yo la pondré en comunicación con su hermano.

En aquel momento se abrió la puerta de la oficina. La señorita Lehman soltó el teléfono y miró con aire respetuoso al hombre que acababa de entrar. Vestía un severo traje oscuro de buen corte. Doris le reconoció por las gafas de montura dorada.

—Buenos días, doctor Wonkle —saludó con gravedad la doctora.

—Hola, doctora Lehman. ¿Alguna novedad? —Wonkle ni siquiera había dirigido una mirada a Doris.

—Algunas, doctor —asintió la doctora Lehman—. La enferma del 19 tuvo que ser enviada al pabellón G. Le dio un ataque muy fuerte. En cuanto a la señora Dietas... agredió a la enfermera. Está recluida en sus habitaciones, en tanto que usted la vea. Parece calmada, pero su mirada...

—Bien, ahora la veremos —Wonkle asimiló con frialdad profesional los informes—. ¿Nada más de particular?

—Bien, en cuanto a la señorita Wolrich... —La doctora señaló a la joven.

Wonkle pareció notar por primera vez su existencia en el despacho y volvió hacia ella aquellas ojos agudos, penetrantes, que brillaban intensamente tras las gafas.

—¿Qué le ocurre a la señorita Wolrich? —preguntó, suave.

—Se cansa de estar entre nosotros —sonrió la doctora—. Quiere irse enseguida.

—¿Por qué se quiere ir, señorita Wolrich? ¿Nos tiene miedo?

—Oh, no, doctor, les estoy sumamente agradecida por todo... —Doris casi se sentía culpable—. Pero yo... no deseo estar toda la vida encerrada en un sitio así...

—Un sentimiento perfectamente lógico —asintió con vaga sonrisa el psiquiatra—. Lo anormal sería lo contrario. Pero la doctora Lehman le habrá dicho ya que usted no teniendo familia en Nueva York, está mucho mejor entre nosotros hasta que...

—¡Pero es que tengo familia, doctor! —gimió la muchacha ansiosamente.

—Ah —Wonkle la miró fijamente—. Eso cambia mucho las cosas. Nadie se ha preocupado de avisar a la policía o a los hospitales de su desaparición. ¿Qué clase de familia?...

—Es un hermano, doctor —informó la doctora Lehman—. Pero algo... despreocupado.

—Ya. Bien, señorita Wolrich. Eso lo cambia todo. Puede ponerse en contacto con él, él puede venir a verla a usted aquí, y hablaremos de su alta en la clínica, reintegrándose a su vida habitual.

—Dígame sinceramente, doctor; ¿será fácil abandonar pronto este establecimiento?

—Claro que sí, señorita Wolrich. Todas mis reservas de ahora sólo tienen por guía ayudarla a usted. Como médico, no podría en conciencia dejarla a usted sin estar completamente curada. Estas heridas en el cráneo revisten a veces un cariz grave y dejan una huella terrible en el enfermo. Creo que no es ése su caso, y espero que sus dolores de cabeza cedan poco a poco y vuelva a ser la de siempre. Su hermano, al poderla atender en casa, suponiendo que se presentara un caso imprevisto, y traerla de nuevo a mi presencia, responderá a satisfacción a mi natural exigencia de médico, y usted podrá salir libremente de la clínica.

—Gracias, doctor Wonkle. Lo que no sé cómo podré pagarle...

—Olvide eso. Nuestro establecimiento depende en parte del Estado y en parte de capital privado, pero en estos casos trabajamos para nuestros enfermos sin remuneración alguna. Por eso la traje aquí la policía cuando recogieron su cuerpo de la avenida. El coche que la atropelló, como siempre sucede en estos casos, desgraciadamente, se dio a la fuga. Pudo haberla matado, señorita

Wolrich. En realidad, estuvo usted muy cerca de ello.

—Ya lo sé —Doris se mordió los labios, inquieta—. Me sentí tan desconcertada en medio de una ciudad como ésta, sin nadie esperándome en la estación, sin conocer ruada... Y llovía de tal modo, que no era posible encontrar ni un taxi libre. Salí a la avenida y me desconcerté por completo. Cuando quise aparcarme, ya tenía aquel coche encima de mí... fue horrible, doctor.

—No lo recuerde —sonrió Wonkle, dándole unos golpecitos afectuosos en el hombro—. Vamos, vuelva a su cama. La acompañaré. Después nos ocuparemos de avisar a su hermano.

Doris Wolrich salió del despacho de la doctora Lehman, acompañada del buen médico. El largo corredor, blanco, brillante, nítido, reflejando la luz solar que penetraba por las vidrieras escarchadas de los muros, le resultó a la joven ahora mucho más cálido y simpático que antes, cuando le empezó a agobiar su blancura y su frialdad, como si se sintiese encarcelada en una bruñida prisión de cromo, baldosas y esmalte.

Subieron hasta el piso superior, donde se hallaban las salitas individuales del pabellón femenino dedicado a Psiquiatría del *Manhattan Medical Center*, y el doctor Wonkle despidió afectuoso a Doris en la entrada de su habitación.

—Hasta luego, señorita Wolrich —dijo, antes de marcharse—. La señorita Grace le pondrá la inyección, y no tendrá que repetirla esta noche. Va usted mejorando, amiga mía...

Y cuando Wonkle, tras sonreírla con la boca y con los ojos, se alejó pasillo adelante, con su peculiar paso lento y reposado, Doris se sintió nuevamente optimista, feliz, como cuando partió en el tren hacia Nueva York, dejando atrás, por vez primera en su vida, el perfil familiar y tranquilo de Milledgeville, con su Calle Mayor, su City Hall, su Biblioteca Pública, su cafetería de la Lincoln Square, su parque lleno de niños y de graciosos patos sobre el estanque. Ahora, casi lo añoró, aunque todavía no había llegado a conocer de Nueva York más que su Gran Central Station, con las altas bóvedas de cristal y cemento, la salida ruidosa al exterior, la avenida charolada por la intensa lluvia, las luces reflejándose en el negro asfalto, un lejano resplandor de mil colores, todo luz y vida, la noche de Manhattan... y después la luz cegadora de dos faros que se le venían encima, un chirrido escalofriante, de frenos mal manejados,

el impacto del automóvil contra ella, una masa bruñida, reluciente, que le pareció negra, pasando sobre su pobre cuerpo, caído en la gran ciudad apenas entrevista...

Doris apartó la visión de sus ojos. Siempre que la evocaba, le dolía la cabeza de nuevo, como si el impacto se repitiese y las luces volvieran a girar en torbellino alrededor suyo. Tuvo que sentarse sobre la impoluta colcha para no perder el equilibrio. Si el doctor Wonkle la viese ahora... posiblemente no la dejaría abandonar el establecimiento. Sintió miedo, un miedo repentino y consciente. Se repuso casi en el acto.

Cuando Grace Dorrie, la enfermera rubia del pabellón F, que parecía sacada de una película en technicolor, la inyectó aquella tarde, vio en sus labios pintados una sonrisa animosa.

—Eso va bien, Doris —dijo la enfermera—. Cuando Wonkle reduce la dosis, es que ya quedan pocos días de estar aquí. Dichosa usted, que puede marcharse y no volver...

—¿Es que a usted no le gusta su profesión? —preguntó Doris, intrigada.

—¿A mí? —La enfermera puso el mismo gesto que le había visto a Marilyn Monroe en una reciente película—. La aborrezco. Quisiera tener un ratito entre mis manos al estúpido que me dijo que, convirtiéndome en una buena enfermera, podría conocer a chicos guapos, a oficiales del Ejército, arrogantes y enamorados, como Rock Hudson. Eso no pasa más que en el cine y en las novelas.

Doris se echó a reír, mientras Grace erguía su pecho, nada mal dotado, respirando honda y furiosamente. En aquel instante se abrió la puerta de comunicación con el quirófano, y Doris abrió mucho los ojos. Grace se dio cuenta de su expresión y se giró también. Quedó a media inspiración, mientras el recién llegado parecía fascinado por el busto de la rubia Grace y no se movía de la puerta. Doris temió que la enfermera se olvidase de expulsar el aire y se muriese allí mismo. Pero Grace se acordó de ello y respiró hondo.

—¡Cielos! ¿De dónde sale usted? —preguntó al que acababa de surgir del quirófano.

—Yo... Bueno... —El joven mostróse torpe, quizá porque eran dos mujeres, nada despreciables ninguna de las dos, quienes le contemplaban fijamente—. Soy el teniente Ross, Freddie Ross, de

los Veteranos del Pabellón B. El doctor Tarleton, director general de la clínica, me ha designado de sanitario de este pabellón. Tengo experiencia de Corea... ¿Son ustedes enfermeras de este pabellón?

—Sólo yo —Grace volvió a lanzar desafiadoramente su busto hacia adelante, pero ahora, no era para respirar—. Ésta es la señorita Wolrich, una paciente en vías de curación.

—Encantado de conocerlas a las dos —sonrió el teniente Ross, mostrando la doble hilera blanca de sus dientes. Era un mozo guapo, muy alto y atlético, lo cual justificaba la admiración de ambas mujeres al verle aparecer. Sus cabellos oscuros, algo rebeldes sobre la frente, la nariz recta, los ojos penetrantes, burlones, el hoyo profundo que partía su barbilla y la simpatía y vitalidad que su elevada figura vestida de caqui rebosaba, le hacían digno de destacar en cualquier sitio. Sobre la camisa militar lucía su corbata caqui, y los pantalones color avellana, sin vuelta, caían sobre unos zapatos marrón, relucientes.

—Es un placer, teniente —dijo ahora Grace, y era evidente que no lo decía por cumplido. Ensayó una sonrisa a lo Mammie Van Doren, que resultó deslumbrante—. Usted y yo seremos buenos amigos.

—Eso espero —Ross miraba, sin embargo, con mayor fijeza, a Doris. La joven, turbada, inició la salida.

—Bien, regreso a mi habitación. No estoy habituada a estar tanto tiempo levantada, y me fatigo. A propósito, señorita Grace; ¿dónde puedo llamar por teléfono?

—¿Al exterior?

—Sí. Tengo autorización del doctor Wonkle y de la doctora Lehman.

—Eso es diferente —Grace estaba deseando quedarse a solas con el guapo oficial—. Vaya a la centralilla y dígaselo a Anne Sewell. Ella le pondrá con el número que desee.

—Yo la acompañaré... —sonrió obsequiosamente Ross—. Anne le hará más caso si va acompañada de alguien que le merezca alguna confianza. Recuerde que en este pabellón hay maniáticas, esquizofrénicas y una serie de cosas raras. Nadie se fía de nadie.

A Grace no le hizo gracia alguna la cosa. Miró con cierto enfado a Doris y luego entornó los ojos al fijarlos en Ross. Pero el joven aparentó no verlo y se alejó de la salita con Doris Wolrich.

La centralilla estaba al extremo del largo corredor blanco a cuyos lados se abrían las puertas de las santas individuales. En aquel extremo justo frente al arranque de la escalera interior que conducía a los jardines del sanatorio y sótanos del edificio, mantenía su guardia diurna la telefonista, Anne Sewell. Ros la abordó sin entretenerse.

—La señorita Wolrich, convaleciente, tiene autorización del doctor Wonkle para llamar al exterior. ¿Puede establecerle la comunicación?

—Claro que sí. —Anne Sewell no era demasiado joven ni suficientemente atractiva, pero miró a Ross como pudiera haberlo hecho Jane Russell en una película apasionada—. ¿Qué número quiere marcar, señorita Wolrich?

Doris hizo un esfuerzo de memoria. Recordó el número que Marty la indicó en una de sus últimas postales y lo dio, sin que la telefonista hiciese comentario alguno. Ross se había apartado un poco, discretamente. Zumbó el cuadro telefónico cuando la Sewell terminó de marcar, y tendió a Doris el receptor con una sonrisa impersonal.

—Gracias —Doris tomó el aparato y esperó ansiosamente.

Una voz masculina interrogó:

—¿Dígame?

—¿Me hace el favor? Deseo hablar con Marty Wolrich —le temblaba de emoción la voz.

—¿Wolrich? —La voz sonó extrañada—. No conozco a ningún Wolrich. ¿Está segura de que es este número?

—Claro —repitió la numeración lentamente—. ¿Es ese teléfono?

—En efecto, señorita, pero aquí no hay nadie de ese nombre. A no ser que sea... uno de los que han traído hoy.

—No, no, claro que no —Doris negó vivamente—. Marty Wolrich vive ahí desde hace tiempo. No pudo equivocarle al darme el número.

—Lo lamento mucho, pero creo que sufre usted un error. Aquí *no vive* nadie.

—No le comprendo. Usted...

—Yo soy el encargado de día, señorita, pero eso no significa nada. Soy el único ser viviente de este lugar. Y usted debería saberlo.

—Pero... —Doris, confusa, advirtió cierto matiz extraño en la voz que le hablaba—. Pero ¿qué sitio es éste, por favor?

—El depósito de cadáveres, señorita...

CAPÍTULO II

—¡Eh, señorita Wolrich!

El teniente Ross corrió a auxiliarla en el momento oportuno, mientras la Sewell no sabía qué hacer, mirando estúpidamente cómo la joven soltaba el teléfono, se volvía lívida, hasta parecer un cadáver en pie y luego se abatía sin sentido en tierra. Pero ahí intervino la eficacia del joven oficial, demostrando su actividad como sanitario, ya que no hizo nada superfluo. Recogió a la joven en sus brazos, corrió con ella palillo adelante, se detuvo ante la primera puerta abierta que halló, y que resultó ser el gabinete de otra enferma, que miró con ojos de sorpresa la escena.

—Perdone, pero esta joven ha sufrido un desvanecimiento —dijo con rapidez el joven—. ¿Quiere avisar a la enfermera y pedirle que traiga un frasco de sales y algún estimulante?

Mientras la enfermera salía obedientemente, Ross tendió en el lecho a la joven, le desabrochó la blusa y mojó una toalla en el lavabo, poniéndosela en la frente y sienes.

Doris estaba muy pálida. Ross la contempló con admiración, diciéndose que era una muchacha muy linda, aun en aquel estado. Y tenía un algo espiritual, encantador.

Volvió la enferma, con la rubia Grace, que portaba las sales y una inyección preparada. Rápidamente, sin hacerle preguntas a Rose, demostrando que también ella era eficiente en su labor, miró a la joven, le puso las sales bajo la nariz y, al verla reaccionar, aplicó la inyección con rapidez en el brazo de la joven. Doris, lentamente, abrió los ojos y miró en torno suyo, sorprendida al principio. Luego, recordando algo, sus ojos dilataron enormemente. Ross y Grace se miraron preocupados, temiendo otra recaída. Pero Doris, aunque muy pálida, se mantuvo firme y se incorporó en el lecho.

—Dios mío, ¿qué ha ocurrido? —preguntó con debilitamiento en

su voz.

—Un desvanecimiento... —sonrió Ross—. Ocurre frecuentemente cuando se está débil aún. O también pudo ocurrir al sufrir una emoción fuerte. ¿Qué le dijo su hermano para sufrir usted esa impresión?

—Nada... Nada —Doris le hubiera explicado lo ocurrido. Pero estaban allí Grace y la otra enferma, mirándola con ojos interesados. Su terrible sorpresa les hubiera chocado mucho. Y no podía olvidar que estaba en un sanatorio psiquiátrico. Valía más callar—. Mi hermano no estaba en casa. Puede que fuese esa misma emoción la que... la que me hizo perder las fuerzas. Me había hecho tanta ilusión...

—Sí, es posible —admitió Ross, ocultando la extrañeza que le producía aquello—. Ahora descanse, por favor. Vamos, ¿se siente con fuerzas para volver a su habitación?

—Sí, creo que sí...

Salió, apoyada en Ross. El joven militar sujetaba con fuerza a la muchacha por la cintura. Obraba profesional, fríamente. Y sin embargo, la proximidad de Doris le producía una curiosa sensación, un raro cosquilleo.

—Si lo desea, yo volveré a llamar a su hermano —ofreció Ross por el camino.

—¡No, no! —Ella se detuvo a mitad del camino en el corredor. Miró con ojos dilatados a su acompañante—. No se moleste, teniente. Ya... ya llamaré yo después.

Ross permaneció callado un segundo. El silencio era tan denso en el sanatorio que sólo se oía el gotear cercano de una ducha mal ajustada. Era evidente que Doris temía la posibilidad sugerida por Ross.

El joven tuvo la seguridad de que allí estaba la razón de su desvanecimiento.

Sin insistir, continuaron la marcha hasta la habitación de la joven, a quién ayudó a tenderse en el lecho. Después, señaló el zumbador sordo que tenía sobre la cabecera.

—Si se siente peor, señorita Wolrich, llame en ese pulsador. Acudirá el enfermero de guardia en el acto. Yo pasaré a verla por la mañana. Buenas noches.

—Adiós, teniente, y gracias por todo.

Freddie Ross salió de la estancia. Sus pasos sonoros se perdieron por el largo corredor impoluto y frío. Doris Wolrich se quedó a solas con sus pensamientos en la blanca estancia. Al otro lado de las vidrieras opacas que velaban el enrejado de las ventanas, la claridad del día se había nublado. Como sus propias esperanzas.

Porque Doris pensaba en su terrible sucedido y no lograba verle razón lógica. Marty no podía haber equivocado el número telefónico. Y ella lo recordaba muy bien. Podía repetir cada una de sus cifras mil veces, sin equivocarse una sola. Pero aquello no era una casa, ni siquiera un lugar normal. Era la Morgue, el depósito de...

Horrorizada, ahuyentó la idea. No, no podía ser. Era como una pesadilla, como aquella misma gota de agua que martilleaba monótonamente en la ducha cercana, una pesadilla insistente, obsesiva... Doris cerró los ojos, como rehuyendo la visión de la misma. Y se durmió bajo los efectos del calmante inyectado por Grace poco antes.

Entretanto, Freddie Ross mantenía el teléfono pegado a su oído. Anne acababa de darle el número que ella recordaba haber marcado para la señorita Wolrich. Cuando la voz de la telefonista sonó de nuevo en sus oídos, Ross recibió el informe que esperaba.

—El número que usted solicita no pertenece a hotel, residencia o domicilio particular alguno —dijo la funcionaria de la central—. Es uno de los pertenecientes a la Morgue.

Ross sintió un escalofrío. Hubiera esperado cualquier cosa menos aquello. Dio las gracias, colgó el teléfono y miró a Anne Sewell de un modo que le preocupó a ésta.

—¿Qué le ocurre, teniente? ¿Se va usted a desmayar también?

—No, no —Freddie sonrió, recobrándose—. Pero comprendo las razones que hubo para cierto desmayo. Este asunto es estrictamente privado y no debe trascender, señorita Sewell...

—Claro, teniente. ¿Por quién me ha tomado?

Ross no objetó nada ahora. Descendió por la escalera interior, diciéndose cómo se le pudo ocurrir a Doris Wolrich llamar a semejante número. Aquello era muy extraño... *Mucho*.

Doris despertó sin saber concretamente por qué. Acaso porque un sudor frío cubría su piel, tal vez porque pasaron los efectos de la inyección, o quizá porque había experimentado una sensación

extraña, como si hubiera alguien en la habitación, con ella.

Estaba todo oscuro, profundamente oscuro. Era de noche, y ella aún estaba allí, en el lecho, en su habitación de la clínica. Una leve luz lejana se filtraba por los cristales translúcidos.

Alzó la mano y pulsó el botón de la luz. La lámpara azulada de su cabecera se encendió. Y Doris lanzó un terrible, un alucinante grito de horror.

¡Mirándola fijamente, inmóvil, rígido en la silla colocada frente a su lecho, estaba un ser humano! Un hombre pálido, delgado, vestido enteramente de negro, con unas gafas de vidrios azules, mirándola a través de ellas como una maligna ave de presa.

Doris saltó del lecho, corrió al pasillo blanco, solitario, repitiendo el grito de terror, que cortó el silencio con la brusquedad con que un afilado cuchillo cortaría la tenca cuerda de una guitarra...

Pero nadie apareció. Doris corrió pasillo adelante, cruzó frente a las duchas, siguió adelante, gritando siempre, desesperadamente, sin atreverse a volver la mirada, temiendo que aquel ser alucinante de gafas azules y pálido rostro corriese tras ella para llevarla consigo a un oscuro y siniestro lugar alejado del mundo.

Jadeante, agotada, lanzóse en brazos de la enfermera de noche, que acababa de volver la esquina del corredor. Doris, con voz entrecortada, gimió:

—¡Pronto, en mi habitación!... Un hombre... ¡Un hombre con gafas azules! ¡Deprisa...!

—Vamos, cálmese, ahora vamos hacia allí —dijo la enfermera, con el tono benévolo de las personas habituadas a tropezar con las más inverosímiles confesiones. Era evidente qué no la creía—. Si hay alguien, no podrá abandonar el pabellón. Nadie va a hacerla daño.

—Pero... pero no es posible... que un hombre como aquél se meta en mi cuarto durante la noche —jadeó Doris, al borde del histerismo—. La Dirección investigará... Eso no puede ser. Éste es un pabellón femenino, sometido a vigilancia...

—Claro, claro que sí —la enfermera no la creía, de eso estaba ya segura—. Por eso mismo debe tranquilizarse. Veamos a ese hombre. ¿Cuál es su habitación?

—La número 11, junto a las duchas del corredor.

Avanzaron hasta el número mencionado por Doris. En la noche, tras la interrupción de sus gritos, que no habían logrado llamar la atención en un lugar tan habituado a tales explosiones histéricas, nada volvía a quebrar ya el silencio, salvo sus pasos y el insistente gotear de la ducha mal ajustada. La enfermera mencionó algo sobre aquella maldita gota y su arreglo inmediato. Pero Doris no la hizo caso. Pensaba en aquellos fríos ojos, invisibles tras las gafas azules, redondas...

Cuando se acercaron a la puerta, Doris se adhirió a la mujer de blanco. Ésta, en cambio, no mostró temor alguno. Conduciéndola cogida del brazo, cruzó el umbral con firmeza.

La luz seguía luciendo, con su azul helado y espectral. Pero la silla estaba vacía, como la habitación. Ni rastro de ser humano alguno. A Doris, inmóvil bajo la mirada burlona y severa de la enfermera, el solo recuerdo del hombre con gafas azules le pareció fantástico, irreal... Pensó si lo vio realmente, si llegó a existir o fue solo un reflejo de sus sueños atormentados.

—¿Dónde está, ese hombre, señorita? —preguntó con frialdad la enfermera, sin quitar sus ojos de la joven—. No veo a nadie...

—Estaba... estaba aquí, yo lo vi. Era pálido, vestía de negro, y me miraba fijamente, como si quisiera atravesarme con su mirada.

—Ya. —La mujer de la bata blanca puso gesto dubitativo. Luego, señaló el lecho—. Quienquiera que haya sido, se marchó ya. ¿Por qué no se acuesta y descansa? No volverá.

—Pero... pero ¿no van a hacer nada por encontrarlo? —preguntó, angustiada, a sabiendas de que su pregunta resultaba absurda y ridícula.

—Naturalmente, hija. Descanse y acuéstese. Ahora mismo daré órdenes para que le busquen por todas partes. No podrá salir de este pabellón, esté segura. Y usted no correrá peligro.

Se acostó, ayudada por la enfermera, sin despegar más los labios, estremecida de terror. Pero ya no era un terror normal, hacia el hombre de las gafas azules o hacia el terrible lugar adonde telefoneaba aquella mañana. Era algo más inconcreto e instintivo. Sentía miedo de sí misma, de su cerebro. Muchas personas que sufren un accidente de automóvil suelen acabar enfermos de la mente, viendo cosas que no existen, imaginando fantasías.

Cuando la enfermera le dio las buenas noches, tras administrarle

un calmante. Doris Wolrich lloró en silencio, viéndose más abandonada y sin protección que nunca. Porque nadie en el mundo podría protegerla contra lo que ella temía, si era aquello realmente. Y en los ojos de la enfermera de noche, mujer experta en tratar desequilibrados, había leído la incredulidad, la compasión, la helada e impersonal indiferencia de la profesional ante un nuevo caso clínico.

De haber podido ver a la enfermera cuando ésta llegó a la centralilla telefónica, el temor de Doris se hubiese densificado mucho más. Porque la mujer puso una clavija en un orificio determinado y habló con gran autoridad cuando alguien se puso al otro extremo del hilo interior:

—Quiero hablar con el doctor Wonkle. Es urgente. Despiértelo si es preciso. Sí, se trata de uno de sus pacientes del pabellón F.

—Hable, teniente. No debe usted de ocultarme nada sobre un paciente. Como sanitario de este establecimiento, es una obligación. Un hombre que trata con enfermos mentales, debe de olvidarse de la compasión y obrar fríamente, de acuerdo con su condición. Usted ha sido enfermo mío, pero ahora es mi ayudante, Ross. Demuestre que me ayuda. ¿Qué le dijo ella ayer, después de la llamada telefónica que tanto la afectó, según la señorita Sewell?

—Ella no dijo nada, doctor Wonkle, pero yo averigüé algo —a Ross le repugnaba. Se sentía despreciable, igual a un confidente de la policía o cosa parecida—. Investigué sobre el número del teléfono adonde ella llamó. No era el de su hermano.

—¿Cómo lo sabe? Puede haber error.

—No creo que lo haya. Lo que a mí me contestaron es motivo suficiente para que una muchacha mil veces más fuerte que esa chica, sufra un colapso inmediato.

Wonkle adelantó el busto sobre el cristal de la mesa. Sus ojos brillaron astutos tras las gafas de dorada montura.

—¿Qué fue ello, Ross?

—El número que ella asegura que pertenece a su hermano, es el de la Morgue, doctor.

—¡La Morgue! El depósito... —Wonkle meditó, perplejo. No esperaba aquello—. Bien, ya lo ve usted. Una muchacha que llega a Nueva York desde un pueblecito. Sin familiar alguno que se interese por ella. Un hermano, fantasma hasta ahora, que no da señales de

vida ni se preocupa de ella, ni acude a recibirla a la estación... Un imaginario montón de postales escritas por ese hermano, que es lo único que falta en el bolso. Pudo extraviarse al caer a tierra el bolso abierto. Pudo ser robado. ¿Robado por *quién y para qué*? No tendría objeto ni sentido robar un paquete de postales iluminadas, con noticias de un hermano a otro. En cambio, le han dejado el monedero con bastante dinero como para tentar a cualquier testigo del accidente a robarlo. Y, sin embargo, no es así. ¿Ve algo raro en toda esa historia, teniente?

—Muchas cosas, doctor —tuvo que admitir Ross, en buena lógica. Wonkle tenía la tremenda cualidad de destruir dudas, de ir directo a la razón fría y escueta, como si perforase con un bisturí la capa de la superficialidad.

—Ahora examinemos el resto de los hechos —continuó el eminente psiquiatra—. Doris Wolrich recuerda un número de teléfono y lo asocia con su hermano, cree positivamente que es el suyo. *Está segura* de ello. Cuando sabe a qué clase de lugar pertenece, sufre una crisis. Que durante la noche se agudiza con la supuesta presencia, imposible por otra parte, en su habitación, de un hombre vestido de negro, con gafas azules, que parece mirarla amenazador, aunque no se mueve del asiento ni intenta, nada agresivo cuando ella huye. ¿Quiere un cuadro más completo de esquizofrenia y desequilibrio mental?

—¿Cree, entonces, que está loca, doctor? —preguntó Ross.

—No he dicho tanto. La locura tiene gradaciones, una escala sutil, que escapa al profano. No todo lo desequilibrado entra de lleno en el campo de la locura, teniente. Hemos de averiguar lo que oculta el pasado, la vida o la imaginación de la señorita Wolrich. Ella goza de mis simpatías, pero por ello mismo no puedo darla de alta sin más estudio de la situación.

—En definitiva...

—En definitiva, que la señorita Wolrich permanecerá una semana más en el pabellón F, sometida a estudio intenso y disimulado, mientras usted mismo, teniente Ross, se va a encargar de una investigación no clínica que deseo hacer.

—Le escucho, doctor.

Wonkle miró fijamente al joven militar. Sus agudos ojos estudiaron la expresión resuelta del mismo y acabó hablando con

tono seguro y decidido:

—Quiero que averigüe la dirección de ese supuesto Marty Wolrich, y si realmente existe o no. Haga lo que sea, engañe a esa chica o invente una historia encaminada a sonsacarle la dirección de su hermano y cuántos datos le sea posible obtener. Después, usted mismo irá a...

CAPÍTULO III

—Esa ducha conseguirá volverme loca, teniente.

—No se preocupe. Creo que esta tarde la arreglarán. No volverá a oír martillar esa gota dichosa sobre la piedra de la ducha, señorita Wolrich. ¿Se encuentra mejor?

—Creo que sí. —Pero no era sincera. Era evidente que sentía una falta de fe en sí misma de la que antes no escaseaba. A Ross le dio lástima su rostro pálido y ojeroso, tan diferente al de veinticuatro horas antes—. ¿Me dan hoy el alta, teniente?

Freddie Ross eludió su mirada y pareció muy interesado en la silla donde ella dijera que había visto al hombre de gafas azules.

—Es posible. El doctor Wonkle no ha venido todavía. ¿Fue ahí dónde... dónde...?

—Sí. Ahí estaba cuando abrí los ojos. —Doris se estremeció, sin mirar al asiento siquiera—. No me caben dudas, Ross crean lo que crean todos ustedes. Era un hombre sólido, de carne y hueso. Su traje era negro, azul marino acaso. De todos modos, muy oscuro. Y era pálido, delgado, sin expresión: No pude verle los ojos a causa de sus gafas de vidrios azules. Comprenderá que cosas así no se imaginan. ¿O... tal vez cree usted que sí?

No era una mera pregunta. No buscaba la creencia de Ross, sino la convicción de que su alucinación nocturna había sido algo más que eso. El joven calló unos instantes.

—Bueno, no es frecuente —acabó diciendo—. No tengo práctica en cosas así, pero he sido antes sanitario en hospitales de campaña y en una clínica militar de Phusan, en Corea, antes de ser herido en la cabeza y trasladado a los Estados Unidos. Pero jamás oí a nadie decir que viese en su delirio hombres con gafas azules. Sé poco de Psiquiatría, pero yo no diría nunca que usted pueda estar... trastornada.

—Gracias. —Doris le miró, agradecida de su vaguedad

consoladora, y Ross sintióse avergonzado. No era un modo noble de comportarse, pero peor era mostrarle sus dudas—. Creo que es usted uno de los pocos que me inspiran confianza y simpatía en este lugar. Me han mirado de un modo esta mañana la señorita Sewell y esa enfermera de cine...

—No se preocupe mucho por ellas. Son espíritus mezquinos y cerebros estrechos. Fíese de mí y yo la ayudaré en todo lo posible. —¡Oh, aquello era despreciable del todo! Sintió odio hacia el doctor Wonkle y sus ideas cerebrales sobre la pobre Doris Wolrich. Varió de tema, volublemente—. ¿Ha tratado de ponerse en contacto con su hermano?

—No, aún no. Luego llamaré —dijo ella, estremeciéndose—. Casi preferiría ir en persona a verle, cuando salga de aquí. Este establecimiento le deprimirá mucho si viene a verme.

—No es un mal sitio. Es blanco, ventilado, lleno de luz, de limpieza y comodidades...

—A pesar de todo, empiezo a odiarlo, Ross. Me siento como prisionera en una bella jaula bien bruñida y reluciente, pero hermética y hostil...

—No diga eso a nadie —la aconsejó Ross, noblemente—. Podrían creer que es claustrofobia e interpretarlo equivocadamente. Dígame, ¿vive muy lejos su hermano?

—No lo sé, no conozco bien la ciudad. Sé que es en la parte baja de Manhattan, pero no sabría ir sin alguien que me acompañase.

—Si no quiere llamarle por teléfono, por miedo a sufrir una nueva emoción, ¿por qué no le escribe una carta? Eso no la perjudicará, y puede informarle a él directamente.

—Es verdad. —Doris ponderó la sencilla idea—. No se me había ocurrido, de puro simple que es. Igual que ha recibido mis cartas desde Milledgeville, recibirá una desde aquí.

—Es natural —sonrió Ross—. Si la escribe, démela a mí sin decir nada a nadie. Yo la llevaré a su dirección o la enviaré por correo, si lo prefiere.

—Sería mejor por correo —dijo ella, más animada—. ¿De veras que lo hará, teniente?

—Claro que sí. Llámeme Ross. Soy su amigo para todo lo que sea preciso.

—Gracias, Ross, amigo mío —ella le miró con afecto. Acercóse a

él y le besó en la mejilla, irguiéndose sobre las puntas de sus zapatos—. Le daré luego la carta. Y llámeme Doris, puesto que vamos a ser amigos.

—De acuerdo, Doris —el joven sonrió y se tocó la mejilla con grata sorpresa—. No diga nada a nadie. Pasaré a recoger esta tarde su carta.

Cuando la alta figura varonil vestida de caqui se alejó corredor adelante, Doris Wolrich sintióse ligeramente aliviada. Era grato tener un amigo cerca. Sobre todo, cuando ese amigo era tan joven, atractivo y enérgico como el teniente Freddie Ross. Doris sentíase muy atraída hacia él. Hubo de hacer un gran esfuerzo de voluntad para dejar de pensar en él y disponerse a escribir la carta a su hermano.

—Calle 112, 939 —leyó Wonkle, pensativo—. Está muy alejado del centro, Ross. ¿Piensa ir ahora mismo?

—Sí. Cuanto antes vaya, mejor. —Ross recuperó la carta cerrada—. Me siento tan culpable como el hombre que traiciona a un amigo.

—¿Por qué? Usted no conoce a esa chica.

—Pero ella confía en mí, cree que soy su amigo.

—Es culpa de ella, no nuestra. En el mundo actual, nadie debe confiar en nadie.

—Pero ella no es del mundo actual. Viene de Milledgeville. Yo soy de un sitio parecido. Tiene una bonita calle central, unos cuantos edificios de alguna calidad y unos miles de personas sencillas y apacibles, que no falsean sus sentimientos ni traicionan a los que creen en ellos. Usted, doctor Wonkle, no creo que sepa nada de eso.

—Es una observación cínica, mi querido teniente, pero muy propia de un hombre nacido en un sitio de éstos —sonrió Wonkle con paciencia—. Los científicos no podemos sacrificar en aras de la amistad o de la confianza ajena, algo tan importante como es nuestra obligación profesional. Tal vez hagamos mucho más bien a esa chica traicionándola ahora, que siguiéndola el juego.

—¿El juego? ¿Cree que ella, miente a sabiendas?

—No. Puede mentir sin darse cuenta, como una autodefensa de su cerebro enfermo. Un ser desequilibrado es algo muy notable, teniente. A veces sabe engañar a todos, incluso a sí mismo. La parte

enferma de su mente, lucha desesperadamente por fingir una normalidad que no existe. Y al llegar a creerlo ella misma, la mentira es doblemente difícil de vencer. ¿Va a ir a la Calle 112 o no, teniente Ross? Si lo prefiere, puede echar la carta en cualquier buzón y dejar de lado el asunto. Ya ve que no leuerzo a traicionar a su... su nueva y encantadora amiga. Una enferma bella y joven es doblemente peligrosa. No quiero correr riesgos. Enviaré a alguien más desapasionado en el asunto.

—No, doctor Wonkle, iré yo. Marty Wolrich aparecerá, si realmente existe.

—Ahora ha puesto usted el dedo en la llaga, amigo mío —rió el psiquiatra, echándose hacia atrás, reclinado en el asiento—. Si realmente existe... Si realmente existe...

La Calle 112, situada en la parte alta de Manhattan, era una de las vías destinadas a una reforma absoluta, eliminando feas edificaciones de excesiva vetustez y ninguna belleza arquitectónica. Eran muchos los edificios actualmente en derribo. El fragor de las grúas, los barrenos y las transportadoras de tierra y piedras, llenaban la calle de trepidaciones. Cuando Freddie Ross llegó a la entrada de la misma, estaba anocheciendo. El río, cercano, arrastraba hacia allí, en brazos de la brisa nocturna, un frío húmedo y molesto. Las aceras, charoladas por la humedad que formaba brumas en torno a los grises edificios, estaban resbaladizas y poco transitadas.

Ross consultó las cifras escritas por la mano temblorosa de Doris Wolrich en el sobre. El 939. Era un misterio cómo aquella vía breve y angosta había alcanzado tal numeración. Ross se dijo que acaso empezase en el seiscientos o la numeración saltase de diez en diez. Pero de todos modos, el 939 existía.

Ross se encontró frente a él muy pronto. Y enseguida vio que algo debía de andar mal en aquellas señas, o éstas eran muy atrasadas y Marty Wolrich había cambiado de residencia. Porque aquélla era, precisamente, no sólo una de las edificaciones en derribo, sino la más avanzada en el mismo. Apenas quedaban dos muros en pie, como supervivientes sobre un océano de cascotes, tierra, basuras y cimientos desguazados, que mostraban sus oscuros boquetes, rodeados de vallas protectoras. Las excavadoras y las carretas de transporte de tierra armaban en el lugar un estruendo

infernál.

Un obrero a quien interrogó, sólo supo encogerse de hombros y decir algo que la excavadora ahogó totalmente. Ross quedóse mirando las obras de demolición con aire perplejo. Si no daba con un leve rastro, allí terminaba la búsqueda del hermano fantasma.

—Eh, amigo, ¿qué busca? —preguntó de súbito una voz a sus espaldas. Era la de un hombre alto, fornido, con gorro blanco, camisa polvorienta y rostro macizo, poco inteligente—. Aléjese de por ahí. Es un sitio peligroso. Puede caer algún cascote y hacerle daño.

—Buscaba a un inquilino de esta casa —dijo Ross, asiéndose a aquella última esperanza—. Me dijeron que aún vivía aquí.

—Como no sea en el alero... —graznó el otro, mirando a las desnudas paredes—. De todos modos, puede preguntar en la casa inmediata. Creo que el encargado de la tienda de animales disecados sabrá algo sobre muchos de los inquilinos antiguos de esta casa.

Ross dio las gracias al que debía de ser capataz de las obras y se acercó a las vidrieras polvorientas de la tienda de animales disecados. Un terrible buitre de pico ganchudo y ojos de vidrio absurdamente desorbitados le miró inquietante desde el escaparate. La puerta tenía colgado el rotulito indicador: «Cerrado».

Pero el oficial llamó con los nudillos en el vidrio insistentemente. Por fin, un hombre apareció, fugaz, tras las cortinillas astrosas de la puerta, examinó al visitante y desapareció de nuevo. Un segundo más tarde rechinó un pestillo mal engrasado y la puerta se entreabrió exactamente dos pulgadas. La nariz del hombre que apareció en su rendija no tenía nada que envidiar a la del buitre disecado.

—¿Qué quiere? —preguntó con aspereza el hombre de la tienda—. Está cerrado. Si quiere algún animal, vuelva mañana después de las nueve.

—No vengo a comprar nada —le atajó Freddie Ross—. Quiero saber algo sobre los vecinos de la casa en derribo.

—Se marcharon todos —dijo aquel tipo, con voz cascada—. Yo no sé nada. Adiós.

Pero Ross había interpuesto en la rendija su propio pie y mantuvo la puerta sin cerrar. Se ganó una colérica mirada. Pero no

se cerró la puerta.

—Espere, amigo —dijo, incisivo, el militar—. Se trata de una investigación especial del Servicio de Información del Ejército. ¿Prefiere que le deje una citación para acudir mañana al Tribunal de Justicia Militar?

El hombre pareció intimidado. De mala gana se echó a un lado. La puerta cedió.

—Bueno, pase —gruñó, irritado—. Pero sea breve. No tienen derecho a molestarme.

—Desde luego. Nadie le va a molestar. Es sólo una pregunta. Acerca de un hombre que vivía en el 939 de esta calle. ¿Conocía a alguien de allí?

El individuo vaciló, pensativo. Mientras, Ross examinaba el desagradable lugar. Olía extrañamente a animales sin vida. Los muros aparecían cubiertos de espantables cabezas y rígidas alimañas que parecían acechar a los intrusos de su santuario. En el techo, colgaban unas aves siniestras, de ojos relucientes, bien imitados en el cristal. Todo parecía allí muerto, incluso el viejo arrugado, de nariz ganchuda, que le miraba recelosamente mientras daba con la respuesta.

—¿El 939? —repitió—. Sí, es esa casa en derribo. Conocía a bastante gente de ahí. A Holstrom, el dueño de la pensión del quinto piso; a Mac Adams, el peluquero; a Rank, el paralítico de la planta baja, y a su enfermera, una chica demasiado llamativa, de quien decían que solía vérsela abrazada al paralítico del demonio...

—Eso no me interesa —atajó Ross—. Quiero saber algo de Marty Wolrich, un joven forastero que llevaba algún tiempo en Nueva York...

—¿Wolrich? —El hombrecillo miró con fijeza al militar—. Wolrich... No caigo...

—Puede que fuese un cliente de la pensión que usted ha dicho.

—¿Un huésped de Holstrom? —El otro dudó—. No sé... ¡Espere! Había un muchacho, un técnico en litografía, y forastero, que llevaba ahí tiempo. Una vez me compró una ardilla disecada, una pieza buena y no demasiado cara...

—Puede que sea ése.

—No, no creo que busque a ése —sonrió el hombre, meneando la cabeza de un lado a otro—. Aunque creo si se llamaba Marty o

cosa parecida, no recuerdo...

—¿Y por qué no voy a referirme a él? —se extrañó Ross—. Parece encajar en el que busco.

—Porque ese chico murió. Hace más de seis meses.

Freddie Ross permaneció callado. Pensó, por una fantástica asociación de ideas, en la respuesta del teléfono.

»—Es la Morgue...

Y aquel espantajo le decía ahora que el extraño hermano de Doris Wolrich estaba muerto desde hacía más de medio año...

—No creo que sea él, desde luego —sonrió—. Acaso nos hemos equivocado. ¿Está usted seguro de eso?

—Claro. Recuerdo que el entierro fue pobre, sin flores ni coronas. No fue nadie más que Holstrom y una chica vestida de oscuro. Yo comenté al decirme quién era el muerto: «¡Pobre chico! Y apenas hace un mes que le vendí la ardilla». Luego, Holstrom me devolvió la pieza. Había sido deseo del muchacho, antes de morir, tornarme la ardilla. Era un buen chico. No es fácil olvidar que murió, teniente.

—¿Recuerda a qué cementerio le condujeron?

—No lo sé —el hombrecillo pareció asombrado de la pregunta—. Pero por la dirección que tomaron... y por la pobreza de medios del muchacho, sin familia alguna aquí... puede que lo llevasen a «Nort West-Promontory Cementery». Sí, seguro que dará con su tumba allí.

—Gracias, amigo —Ross se encaminó a la puerta—. Algún día volveré a comprarle yo también una ardilla. Y no espere que se la deje en herencia.

Ross abandonó la pestilente tienducha. La puerta se cerró tras él. Estaba seguro de que su raro dueño le seguiría con la mirada desde detrás de las vidrieras. Pero no se volvió un solo momento. Por el contrario, alcanzó rápidamente el final de la calleja, que seguía trepando mientras el derribo continuaba a la luz de los focos de las brigadas de obreros. Tomó un autobús hasta la parte más alta de Manhattan y una vez allí buscó la combinación más directa para ir al pequeño cementerio del suburbio que le mencionara el dueño de la casa disecadora.

«Promontory» era una necrópolis de gentes humildes, de los desheredados de la fortuna. Posiblemente durase poco allí. El gran

Nueva York acabaría absorbiéndole con su extensión creciente y acaso pronto los grandes bloques de cemento y granito se elevarían sobre cimientos escondidos de humanos despojos. Ya alguien había propuesto al Municipio la construcción de un parque inmediato, y poco a poco éste ganaba terreno a la especie de loma donde los cipreses se alzaban, espirituales y tristes, hacia la altura.

Estaba cerrada la verja del cementerio cuando llegó Ross a él. Unas débiles luces amarillas dejaban el lugar en unas penumbras inquietantes para los espíritus débiles. A Ross no le asustaba la muerte. Y mucho menos su presencia más apacible y quieta.

Pulsó un timbre situado junto a la puerta de entrada. Tardaron en responder. Al repetir la llamada, un rostro enrojecido y obeso asomó tras la verja de entrada, mirando con sorpresa al nocturno visitante.

—¿Qué quiere, amigo? —preguntó, arrojando al rostro del teniente una vaharada de alcohol—. No son horas de venir a visitar a los familiares.

—No vengo a visitar a nadie. Busco una tumba.

—Todos buscan eso. Yo me refería a esa clase de visitas precisamente. No esperará encontrar aquí seres vivos. Yo soy el único.

Como en la tienda de bichos embalsamados. A Ross le impresionó la semejanza entre ambos lugares. Apartó la ridícula idea de su mente y siguió preguntando:

—Tampoco es de un familiar o de un amigo. Estoy investigando un grave asunto militar. Y creo que debería dejarme ver sus libros de registro en busca de un cadáver ingresado en este cementerio hace más de seis meses. Pero si prefiere ser citado a comparecer ante el tribunal militar...

Era curiosa la resistencia humana a comparecer en nada enojoso que no reportase más que molestias sin beneficios. De nuevo su truco surtió efecto y el funcionarlo de guardia allanó obstáculos.

—Está bien, está bien. Pase usted, si ha de ser breve. No quiero líos con tribunales militares ni civiles. ¿No recuerda la fecha o el mes en que ocurrió la defunción?

Ross denegó lentamente, añadiendo que sólo podía calcularse aproximadamente el mes. Entre mayo y junio se podía fijar con bastante exactitud la fecha del suceso. Cuando el hombre le condujo

a su oficina, mal iluminada y oliendo intensamente a *whisky*, situada en un edificio de dos plantas, inmediato a la puerta de entrada del cementerio, Ross añadió el nombre del difunto.

Buscaron en dos libros-registro, dando finalmente con lo que buscaban.

—¡Aquí está! —El dedo sucio del empleado señaló un nombre garabateado en el papel—. Vea, ése es su hombre, amigo: Marty Wolrich, grabador, domiciliado en Calle 112, 939, natural de Milledgeville, Ohio. Firmaron dos testigos del entierro: Edgar Holstrom, dueño de la pensión donde vivía, y... —El hombre achicó los ojos, examinando la firma siguiente— y Doris Wolrich, su hermana. Eso dice aquí. Enterrado el 15 de mayo.

Freddie Ross, excitado, acercóse al libro, examinó los nombres garabateados. Todo era así. Todo. Y Doris Wolrich, firmaba, al pie de la inscripción de ingreso en el cementerio.

—¿Puedo ver esa tumba? —preguntó, excitadamente.

—Claro. Venga conmigo. Yo le llevaré a ella. Tenemos todo bien ordenado, por calles y manzanas. Una vez hallada la fecha de ingreso, lo demás es fácil.

Salieron a la noche cuajada de cruces, cipreses y losas más o menos modestas, pero todas pobres, sencillas. Allí no había mausoleos ni panteones. La ciudad de los muertos durante la noche impresionaba al más fuerte de espíritu. Comprendía por qué aquel hombre tenía que beber. Aunque él mismo no supiese la razón de su embriaguez.



*«La ciudad de los muertos», durante la noche,
impresionaba...*

Encontraron la losa. Porque la tumba de Marty Wolrich tenía losa. Cuadrada, no muy grande ni muy buena. Pero el grabado sobre ella era visible, limpio, bien trabajado. Ross pudo leer la inscripción, a la luz cruda de la lámpara eléctrica que el encargado del cementerio empuñaba.

«Aquí yace
Marty Wolrich
que falleció a los 32 años de edad.
D. E. P.
Tu hermana Doris no te olvida».

CAPÍTULO IV

Doris sintió de nuevo miedo.

Porque había llegado la noche, y con ella el temor a que se pudiera repetir alguno de aquellos espantosos sucesos que, inexplicablemente, temía y esperaba.

La doctora Lehman, suave y tranquila, como siempre, la tomó aquella tarde la temperatura y le dio luego un consejo amistoso, mientras inscribía en el cuadro la cifra marcada por el termómetro.

—Duerma tranquila, muchacha. Y no se sienta inquieta por nada. No escandalice si no está antes segura de lo que ocurre. Piense que éste es un establecimiento donde las cosas raras se ven con escepticismo. No se deje influir por un sueño horrible o por una falsa visión. Tenga cuidado, señorita Wolrich. Se lo aconsejo... porque sé lo difícil que es convencer a un psiquiatra, ¿me entiende?

Ella asintió. Había entendido muy bien. Demasiado bien. Y eso la llenó de nuevos temores, en vez de calmarla. Si al menos estuviera allí su amigo, el teniente Ross... Pero desde que salió con su carta para Marty, no había vuelto. ¿Es que sucedería algo malo de nuevo? Confiaba tanto en Ross, en aquel guapo muchacho, fuerte y simpático, que sabía mirar turbadoramente a una chica...

Grace, la rubia a estilo de Hollywood, con su impecable bata bien planchada y su maquillaje perfecto, apareció en su cuarto a las nueve de la noche. Era la enfermera de guardia aquella noche, y eso tranquilizó algo a Doris. Al menos, tropezaba con alguien conocido, en quién confiar un poco más que en otras frías e impersonales enfermeras.

La muchacha le informó de un rumor que había captado aquella tarde, en una conversación entre la doctora Lehman y el doctor Wonkle. Según Grace, al otro día querían hacerle a Doris objeto de un «test» psicológico, para darse exacta cuenta de su estado actual y de sus reacciones. Esto la alarmó ligeramente. Pero Grace añadió

volublemente que sentía un absoluto desprecio por tal clase de pruebas y que hasta un niño de dos años era capaz de responder sensatamente a las preguntas médicas, si tenía bien el cerebro. Luego dijo algo que confortó a Doris y la hizo sentir una profunda gratitud hacia la rubia:

—Usted está tan normal como yo misma, o acaso un poco más. Si hubiera que someter a vigilancia médica a todo el que grita por las noches al despertar de una pesadilla, tendrían que meter en los hospitales a más de medio Nueva York. ¿Sabe que una noche creí yo ver una legión de serpientes escalando las patas de mi cama? Creo que grité hasta quedar ronca. Pero a nadie se le ocurrió pensar que estaba loca.

Doris meditaba, ahora, mientras la oscuridad se adueñaba de los jardines del centro médico, sobre aquella palabra: «loca». No, ella no lo estaba. Podía jurar que su mente era normal. Sin embargo, ya no hubiese podido jurar que el hombre de las gafas azules existía. Pudo ser una alucinación, aunque seguía siendo inexplicable. Luego estaba lo del teléfono. Entre una cosa y otra no existía relación posiblemente. Pudo equivocarse su hermano al escribir el teléfono, aunque es raro que esto suceda a un hombre que da el suyo propio y no uno ajeno. Además, coincidir con un lugar tan horrible y poco habitual... Nadie lleva en su libreta de apuntes el teléfono de la Morgue. El pensar en su libreta le trajo a la mente otro suceso extraño: la pérdida de las postales. Estaba segura de que las llevaba consigo. ¿O tal vez no? Acabaría por dudar de todo, si seguía vacilando.

Los ruidos fueron cesando en el edificio blanco del sanatorio. En el pabellón F sólo sonaban ya los rítmicos pasos de las enfermeras y sanitarios de guardia. Pronto pasarían con el habitual vaso de leche de todas las noches. Ello marcaría el fin de la jornada dentro del establecimiento sanitario. Era como el toque de queda en el cuartel, la orden muda de apagar las luces y entregarse al reposo. La hora temida por Doris Wolrich.

Grace llegó con el vaso de leche cinco minutos después de ponerse Doris el blanco pijama, uniforme de todos los enfermos de uno u otro sexo, y de meterse entre las limpias sábanas del lecho. En el corredor apagaron dos tercios de las luces, dejando solo lucir las indispensables que sumían en sombra apacible el largo pasillo.

Doris imaginó lo que sería desde fuera el espectáculo del alto pabellón semicircular, cuyo muro era una continuada cristalera translúcida, apagándose paulatinamente, convirtiendo su brillante luminosidad blanca en una claridad difusa, tenue, como una flecha de luz enfermiza, entre las tinieblas de la noche.

—Buenas noches, señorita Wolrich —dijo Grace, dejando la leche sobre la mesilla—. Procure tomarse la leche. Eso es un signo de normalidad a los ojos del médico. A mí, particularmente, no me gusta. Pero no la tire a ningún sitio visible. Lo revisan todo cuando dudan del estado satisfactorio de algún enfermo.

Grace era un encanto. Doris, en cuanto hubo salido la «glamurosa» enfermera, apresuróse a saltar del lecho, ir al lavabo, vaciar en él todo el vaso, y dejar correr luego el agua, hasta borrar la última huella de su «delito». Gozosa, como chiquillo que acaba de cometer una travesura difícil de probar, volvió a la cama y se arrebujó entre las sábanas.

Tardó mucho en dormirse. Dentro de su cerebro, las ideas formaban una atropellada cabalgata de confusiones apocalípticas. Vio a un ser monstruoso, negro, avanzando hacia ella con sus garras pálidas, engarfiadas hacia su cuello. Gritaba sin voz, en un pasillo blanco, sin fin, un pasillo blanco como la misma Muerte, como las manos terribles, alucinantes, de aquel ser obsesionante que, cual una nube de espeso humo, avanzaba flotando hacia ella, que corría hecha un pigmeo por entre altas y esquinadas paredes propias de una concepción surrealista, como si Dalí hubiese trazado los bocetos desquiciados de aquel ambiente. Y de pronto, el ser de pesadilla se diluía en el aire, transformándose en una gigantesca gota de agua verdosa, que caía sobre el pasillo blanco produciendo un ruido monótono, creciente, sobrecogedor...

Tac... tac... ¡Tac... Tac!... ¡Plop... Plop...!

Y aquella gota crecía, crecía, avanzaba hacia ella, o ella acaso era quien iba hacia la gota, como en volandas de una brisa maligna, cruel, que parecía reír agudamente al silbar entre los muros que, al igual que blandos relojes dalinianos, se transformaban y derretían, metamorfoseándose en gotas de agua, gotas que caían, hasta formar una espesa cortina de lluvia... Lluvia... Lluvia, focos, un coche rugiente que caía sobre ella como un cataclismo, aplastándola contra el suelo, que ya no era el blando embaldosado del hospital,

sino el negro asfalto reluciente de una calle ciudadana... La gente la rodeaba, reía, reía... Y el agua seguía... *Ploc... Ploc... Ploc...*

Se despertó bañada en sudor, comprendiendo entonces que llevaba algún tiempo dormida y asaltada por mil pesadillas extravagantes y horrendas. Se agitó en el lecho, inquieta, deseando gritar, pero consciente por otro lado de que si gritaba estaba perdida. Calló, pues, y miró en derredor. Por la puerta vidriera de su habitación, velada por cortinillas blancas, llegaba una claridad difusa del corredor. A su luz, Doris vio la desconcertante variación sufrida por algo de lo que había en su cuarto.

El vaso de leche de la mesilla estaba totalmente lleno.

Aturdida, pero llena del mismo terror de la noche antes, como si en la ahora vacía silla estuviese el monstruo de su sueño, miró aquel blanco líquido, que de inocente apariencia en su recipiente de cristal, había venido a cobrar súbita importancia, como si en su blancura estuviese la razón de sus alucinaciones. Porque ella estaba segura, todo lo *seguro* que puede estar una persona, de que aquel vaso de leche había sido *vaciado* poco antes por ella misma, arrojando su contenido al lavabo. Pero el vaso volvía a estar lleno, intacto.

Ahogó el grito de terror que pugnaba por escapar de sus labios. Se irguió, sintiendo que el frío sudor aumentaba, copioso, como la misma lluvia de su pesadilla. Las sienes le ardían, el dolor de cabeza se intensificaba, hasta lacerarle la nuca, frente y sienes. Hubo de apoyarse, para no caer al ponerse en pie.

—No puede ser... —gimió—. No... puede ser... posible... Yo... vacié ese vaso...

Pero ya no creía en sí misma, ni en su convicción, ni en su mente. Todo se bamboleaba en torno, como un edificio ruinoso, bruscamente abatido por un ciclón demasiado fuerte para sus pobres defensas. Doris recordó una frase de Grace:

»—A nadie se le ocurrió pensar que estaba loca... ¡Loca! ¿Estaba ella loca? ¿Era aquello locura?

Vació el vaso de leche en el lavabo. Hasta la última gota. Trató de escurrir tanto su contenido, que el vaso se deslizó de su mano y se estrelló contra el blanco lavabo. Los vidrios quedaron allí dispersos, ante sus ojos dilatados.

Sin saber por qué, pensó que debía recoger aquellos trozos de

cristal, antes de que nadie pudiera verlos. Era una idea estúpida, pero se arraigaba cada vez más en su mente. Hundió las manos temblorosas en la pila. Se clavó algunos vidrios, la sangre brotó de los cortes. Pero insensible a todo, como una demente auténtica, siguió recogiendo los fragmentos cristalinos, hasta apilarlos en sus palmas ensangrentadas, y luego miró en torno. ¿Dónde podía arrojarlos, de modo que nadie los viese? «¿Dónde, Dios mío?», pensó, angustiada.

Recordó lo próximos que estaban los lavabos y las duchas, en la puerta inmediata del corredor. Casi se podía percibir desde su estancia el gotear monótono y obsesionante del escape. Aquello le dio la idea. No era fácil que hubiese nadie en el corredor a tales horas. Su reloj de pulsera marcaba las tres y media de la madrugada.

Si alguien le hubiese preguntado en aquellos instantes por qué sentía un complejo culpable por el mero hecho infantil de haber roto un vaso de leche, Doris Wolrich no hubiera sabido qué contestar, pero la idea fija de su culpabilidad hubiese seguido latente en ella.

Entreabrió la puerta de la habitación y oteó el largo corredor. No había nadie. La claridad difusa parecía un sedante para sus alterados nervios. Doris salió, decidida, y avanzó hacia las duchas. Aquella puerta siempre estaba abierta. Se deslizó dentro con agilidad, entornando tras sí. Los lavabos se hallaban a la derecha, en hilera, mientras las dos cámaras de ducha formaban el ala contraria del lugar. Doris arrojó los trozos de vidrio en uno de los excusados y los vio desaparecer, con alivio inexplicable.

Después, se apartó, disponiéndose a salir. La gota de siempre tamborileaba sobre la piedra blanca del suelo, como un *leit motiv* sin variaciones. Doris prestó oído. ¿Sonaba como siempre? Evidentemente, no. Había en ella «algo» anormal, diferente. La recordaba demasiado bien para equivocarse. Ahora tenía un impacto más sordo, más amortiguado.

Sorprendida, se acercó a la ducha donde el ajuste estaba mal. La puerta entornada, de cristal escarchado, no permitía apreciar más que un borroso panorama blanco. Empujó la hoja y se asomó.

Doris Wolrich volvió a enfrentarse, en el silencio nocturno de la clínica, con el horror latente que la cercaba en angustiosa tenaza.

Sus ojos se dilataron, mientras la palidez más espantosa cubría su rostro y sentía vacilar todo en derredor suyo, hasta parecer que no quedaba más que el blanco brillante, cegador, de la ducha, con su horrible contenido, sobre el que la gota caía, persistente y lúgubre...

¡El mismo hombre de las gafas azules y el traje negro, pálido e inmóvil, yacía extrañamente retorcido en la piletta de bruñida piedra, con algo rojo y viscoso sobre su cráneo, recibiendo el gotear obsesionante sobre su rostro rígido!

Un alarido terrible, estremecedor, largo como el aullido de un perro ante el presagio de la muerte, escapó de los labios de la joven. Retrocedió, huyendo de aquel horrendo cadáver, y salió al pasillo, sin darse cuenta siquiera de que sus labios continuaban abiertos, profiriendo el mismo grito de angustia y de terror, que sacudía hasta el último rincón de la clínica dormida.

Corrió desesperada hacia el final del pasillo, sintiendo plomo en sus pies y corriendo con esa torpeza que en una pesadilla produce la sensación de que uno no podrá huir al peligro que le acecha. Resbaló en las baldosas, porque Doris iba descalza, detalle en el que ni siquiera se había fijado...

Rodó por tierra, golpeándose el rostro contra el suelo, aturdida. Una figura blanca apareció ante ella, y Doris alzó su cabeza, asustada. Tardó casi diez segundos en reconocer a Grace que, muy preocupada, llegó hasta ella y la ayudó a incorporarse, arrodillándose junto a ella.

—Vamos, vamos, señorita Wolrich, ¿qué es esto? —dijo suavemente la rubia—. Le dije que no se excitara por nada...

—¡Es horrible, Grace, es horrible! —Y se ocultó, sollozando, en el pecho de la enfermera, que la recibió, protectora—. ¡Es para volverse loca...!

—Sí, sí, querida, pero cálmese. Vamos, la llevaré a la cama...

—No, no quiero ir sola a ningún sitio... Me... me matarán como... como a él...

—¿Cómo a quién? —Doris sonreía indulgente—. ¿A quién han matado?

—Usted no me cree Grace, nadie cree nada de lo que digo —Doris hablaba atropellándose, precipitada, febril—. Pero esta vez es diferente... Vaya a la ducha, vea a ese hombre asesinado, lleno de

sangre, bajo la gota de agua... ¡Es horrible, Grace! ¡Ayúdeme a huir de aquí, ayúdeme a huir antes de que enloquezca del todo!

—Claro que la ayudaré, Doris —Grace habló gravemente—. Y si eso es cierto, vamos a saberlo ahora mismo y tenga por seguro de que el doctor Wonkle e incluso el propio doctor Tarleton sabrán lo que sucede. Guíeme. ¿Dónde ha visto ese... ese cadáver?

—Vamos, Grace, vamos —Doris se puso en pie excitada. Tiró de la enfermera pasillo abajo. Varias enfermas habían asomado en sus puertas, atraídas por las voces. Grace las miró duramente.

—Acuéstense todas, enseguida —ordenó con su voz impersonal—. ¡Deprisa!

Como accionadas por un resorte, las cabezas femeninas, desgredadas y pálidas, desaparecieron en su larga caja de sorpresas. Doris siguió camino adelante, guiando a Grace. Llegaron ante las duchas. Doris alzó un dedo índice tembloroso, inseguro.

—Ahí es, Grace. En la segunda ducha, la que no ajusta... No le he visto nunca... hasta anoche, sentado a los pies de mi cama. Es el mismo, el hombre de las gafas azules.

Algo cambió en Grace. Había oído hablar de esa historia. Y recordó las palabras con que el doctor Wonkle comentó el hecho: «Puede ser manía persecutoria o simple alucinación. De todos modos, algo muy alarmante. Todos ustedes saben que *nadie*, absolutamente nadie en este hospital, lleva gafas azules ni responde a esa descripción. Temo por la señorita Wolrich, si vuelve a ver a ese fantástico caballero enlutado»...

La enfermera dejó, en un solo segundo, de ser amiga de otra mujer en apuros. Estudió con rápida ojeada profesional la dilatada forma de sus pupilas, sus temblores excitados, su estado por completo anormal... Lo absurdo e inverosímil de su historia. Pero quiso llevar las cosas hasta el fin antes de aventurar juicio alguno precipitado.

—Espere usted aquí, Doris. Yo miraré ahí dentro. No se mueva...

Doris no se hizo repetir la indicación. No quería enfrentarse con el horror nuevamente. Que fuese Grace por sí sola quien comprobase la verdad de sus aseveraciones, contemplando al hombre asesinado en la ducha.

Grace llegó a la puerta de cristales, la empujó abriéndola lo preciso para mirar adentro. Permaneció así unos segundos, sin

reaccionar ni moverse. Cuando se volvió a Doris, su rostro no expresaba nada. Adelantóse unos pasos, hablando roncamente:

—Vamos, la llevaré a su cuarto. Ya ha sufrido bastantes emociones hoy.

—Pero... pero ¿verdad que ahora...?

—Ahora sí —dijo Grace sin cambiar de expresión—. Ahora es cierto. El doctor Wonkle será informado enseguida. Creo que mañana podrá usted abandonar esta clínica.

—Gracias, gracias, amiga mía —Doris volvió a sollozar, apoyándose en el brazo confortador de la enfermera. Ésta la condujo hacia la salida del pasillo—. Es usted la única en quien puedo confiar. Ni siquiera ese muchacho, Ross, se ha portado bien. No he vuelto a verle todavía...

—Vamos, deje de torturarse más. Todo está ya claro. No se preocupe por nada...

Doris notó algo singular en aquella voz. Ahora estaba segura de que existía algo falso en su tono, en su protectora y confiada expresión. Vio una mirada fría, severa, en el rostro cinematográfico de la rubia. Y retrocedió de golpe, asustada.

—¡No, Grace! Usted... usted no cree una sola palabra de lo que está diciendo... ¡Me engaña, sí, me engaña...! —corrió a la ducha—. ¡Me está engañando!

—¡Doris, espere! ¡No vaya ahí, se lo prohíbo! —gritó Grace, autoritaria, lanzándose tras ella.

Pero ya Doris había lanzado a un lado la vidriera de la puerta... y miraba con estupor, con infinita angustia, la vacía ducha, blanca y tranquila como siempre, sin nada ni nadie en su pileta, sólo recibiendo la eterna gota de agua, monótona y repetida...

—¡Dios mío! —gimió Doris, al borde del histerismo ya—. ¡Nadie! ¡Ha desaparecido!

Las manos de Grace, férreas y decididas, la sujetaron ahora por los hombros, apartándola de aquel sitio. Habló como enfermera, no como amiga:

—La dije que no mirase. Ahora ya lo sabe. Fue una alucinación, una más. Tengo que informar al doctor, es mi obligación. Creí que había algo de cierto en lo que usted vio. Pero ya lo ha visto. Se cree perseguida por falsos seres que sólo existen en su imaginación. Eso sólo se puede curar de un modo: continuando aquí.

—¡No!

—No sería leal ni digno ocultar todo esto a sus médicos, señorita Wolrich. Yo *debo* informar, mi conciencia y mi propia profesión me obligan a ello. Lo siento, créame...

Doris inclinó la cabeza abatida. Se dejó llevar a su habitación sin ofrecer resistencia. El *shock* era demasiado violento. En menos de medio minuto no desaparece un hombre muerto de una habitación situada en un lugar lleno de personas que acuden casi en el acto a sus gritos. Estaba lo bastante serena para darse cuenta de lo disparatado de todo aquello. Pero ella lo había visto ensangrentado, muerto... ¿O no le vio?

Otra vez las horribles dudas, los terrores inconcretos. Oyó una pregunta de Grace:

—¿Para que fue a las duchas a estas horas, señorita Wolrich?

—Quise... quise tirar los trozos del vaso de leche. Se me rompió, al tirar su contenido al lavabo. Me sentí culpable por eso y quise hacerlo desaparecer.

—Eso es ingenuo por completo —Grace seguía sin humanizarse—. Acuéstese. La administraré un calmante y dormirá toda la noche. Necesita reposo. Acaso mañana, a la luz del día, todo le parezca menos tremendo. Y puede que no sea tan grave como creí en principio.

Era evidente que mentía, llevada de la piedad propia de su trabajo. Pero ahora era Doris quien no creía en aquellas falsas esperanzas. Creían que estaba loca. Era casi seguro que dudaban de sus facultades mentales. ¿Pero acaso no dudaba ella también?

—Ya hemos llegado. Entre, señorita Wolrich, acuéstese enseguida —se detuvo en la puerta, su mirada voló a la mesilla de noche. Acometida de un nuevo terror, Doris siguió el rumbo de aquella mirada...

¡El vaso de leche seguía allí, *intacto*, lleno hasta los bordes!

—¡Eh, señorita Wolrich!

Demasiado tarde. Doris Wolrich se abatió de bruces contra el suelo, sin que los brazos de Grace llegaran a sujetarla.

CAPÍTULO V

Freddie Ross se puso en pie, dirigióse al gran ventanal de cristales escarchados y desde allí escuchó el resto de las explicaciones que Grace daba al doctor Wonkle. El terrible grito primero, la visita a la ducha, el regreso al cuarto, la nueva verdad que negaba otra de las acciones supuestamente llevadas a cabo por Doris Wolrich...

El sol hacía brillar bajo la cofia los dorados cabellos de Grace. Bajo el maquillaje se adivinaba el relajamiento muscular de la joven, tras una noche tan de prueba para ella.

—La pude acostar y, aprovechando su desvanecimiento, la inyecté un narcótico. Creí que sería mejor eso que un simple calmante. Estaba tan excitada, tan fuera de sí...

—Hizo bien, señorita —aprobó el psiquiatra, ceñudo—. Gracias por todo. Fue usted muy eficiente en un caso tan difícil. Realmente, no pudo hacer más.

Grace miró de reojo al teniente, que rehuyó su mirada. La chica se alisó los cabellos en un gesto de instintiva coquetería. Aun agotada por el sueño y el cansancio, seguía siendo una mujer impresionante. Pero Ross no parecía hacerla caso, y eso la irritó.

—Si quiere, volveré a cuidar de ella durante el día —dijo a Wonkle.

—No, gracias. Retírese a dormir, que bien merecido lo tiene. Ross cuidará de ella durante unas horas.

Grace, despechada, sabiendo lo que esa misión agradaría al oficial, salió del despacho, dando un portazo excesivamente fuerte. Pero Wonkle no se impresionó, preocupado por otras cosas.

—¿De modo —dijo finalmente, dirigiéndose a Ross—, que esa chica *sabía* que su hermano había muerto en mayo de este año?

—Ella misma asistió al entierro y a los funerales. Firmó en el registro del cementerio. Encargó el grabado de una placa de

mármol para la tumba. No cabe duda alguna. Eso, y el hecho de asociar el número de la Morgue con su hermano...

—Sí, también sé yo deducir las cosas, teniente. Sé lo que insinúa. La muerte de su hermano, único familiar que le quedaba en el mundo, la afectó tanto que perdió el equilibrio y, lentamente fue haciéndose a una idea fija, obsesiva, de que su hermano aún vivía en Nueva York. Y, tal vez en un curioso desdoblamiento de personalidad o en un acceso de carácter esquizofrénico, volvió a la ciudad, con el fantástico propósito de buscar al hermano, todavía vivo para ella.

—Es una hipótesis muy verosímil —opinó Ross.

—Mucho. Pero falta por encajar en ella al hombre de las gafas azules, a quien ella mató también, en sus alucinaciones. Es una desviación muy rara de la manía persecutoria. Porque el hecho de ver al hombre a los pies de su cama cuando despertó anteanoche, muestra, un ejemplo claro de persecución. Luego, el hallazgo del cadáver, la imaginaria rotura del vaso de leche y su sensación culpable por tan fútil suceso, ofrecen una compleja e indescifrable desviación de esa línea anterior. ¿Se siente *culpable*, *perseguida* o ambas cosas a la vez? Desde el punto de vista psiquiátrico, es todo un problema, teniente.

—Ya, lo sé, doctor.

—¿Ha averiguado de qué murió el joven Wolrich? —inquirió el médico.

—Sí. Después de encontrar su tumba, fui al barrio donde vivía, nuevamente. Los vecinos me dijeron que había dos o tres doctores frecuentemente visitando en la vecindad de aquella calle. Obtuve sus nombres y hablé con dos de ellos. El segundo resultó ser mi hombre. Es el doctor Bruce, y vive en la Diecisiete Oeste. Recordó el caso de Wolrich examinando una ficha. No hubo nada de notable ni de emocionante en su muerte. Un simple caso de difteria, mal curado, que resultó excesivamente adelantado cuando el doctor se hizo cargo del muchacho. No hubo solución.

—¿Eso es todo?

—Todo. Al grabador de la losa de mármol le hicieron el encargo por teléfono. Era una voz de mujer, llorosa y triste. Recibió el pago del encargo por un recadero. Ahí terminan mis investigaciones.

—Muy inteligentes y rápidas, teniente Ross —aprobó Wonkle—.

¿Ha sido usted detective alguna vez?

—Casi estuve a punto de serlo, doctor, cuando estalló lo de Corea —sonrió Freddie—. Me unía gran amistad con el inspector Fields, de la Oficina Federal de Investigación. Pero Fields se alistó con las fuerzas destinadas a Oriente, y allí acabaron mis ideas de detective. Porque el mismo Fields me animó a alistarme también, partiendo ambos para allá. No creo que Arthur Fields vuelva a los Federales ni yo tampoco siento ya interés por ese trabajo.

—Haría un buen detective, se lo aseguro —dijo Wonkle—. Y ahora hágame el favor de ocuparse de Doris Wolrich. Sabe usted lo suficiente para saber que no debe fiarse de ella, por muy persuasiva que se muestre. Las desequilibradas de esa clase son muy astutas y fingen maravillosamente. Sea fuerte, Ross.

—Lo seré, doctor —Freddie habló con entereza—. No es fácil engañarme a mí. Sobre todo, después de haber visto la tumba de Marty Wolrich.

—Creí que no volvería a verle, Ross.

—Estuve muy ocupado después de enviar su carta, Doris. No salgo frecuentemente de la clínica. Recuerde que yo también estoy convaleciente. Aproveché el permiso para hacer unas cuantas visitas y diligencias.

Hablaban ambos jóvenes en el pabellón F, en la salita de recreo de la planta baja. El sol entraba a raudales por una de las hojas abiertas del ventanal. Hubiera parecido el salón de cualquier club, de no haber sido por aquel enrejado que formaba una barrera, sutil pero tangible entre el sanatorio y los verdes jardines cuajados de flores otoñales.

—Han sucedido cosas horribles desde la última vez que nos vimos... —empezó ella, vacilante, mirando al joven con fijeza—. ¿Quiere saberlas?

Freddy Ross las conocía, bien. Pero fingió ignorarlas. Así que respondió:

—Cuéntemelas, Doris. Estoy seguro de que podré ayudarla.

—No es fácil —ella movió la cabeza con desaliento—. Todos me van abandonando a mis propias fuerzas. Ya ni siquiera yo misma sé por qué ocurre todo, ni qué es realmente cierto o falso. Llegué a creer por un momento que todo era una conspiración para volverme loca. Pero eso es absurdo, desde luego. ¿Quién iba a tener tal idea?

Nadie me conoce en Nueva York, nadie tiene motivos para hacer tal cosa...

—Claro que no, Doris. Abandone esas fantasías y trate de explicarse lo que sucede de otro modo. Cuando su hermano conteste a su carta, tal vez lo vea todo más claro...

—¿Mi hermano? —Ella sonrió con amargura. Ross, rápidamente, la escrutó en silencio—. Ni siquiera en él confío ya. ¿Dónde puede estar ahora?

—Usted no quiso que le buscase, Doris, recuérdelo. Pude haber ido a su casa y...

—Tenía miedo, Ross.

—¿Miedo? ¿De qué? —El joven militar no la perdía de vista.

—No lo sé. Era un miedo irracional, instintivo. A algo inconcreto. Posiblemente sin razón alguna, pero temía... temía que hasta él, Marty, se desvaneciese como un fantasma.

—Es una idea bastante rara. Usted sabe que tiene un hermano y que se llama Marty Wolrich, tiene su dirección, su teléfono... Se escriben los dos, se conocen bien... ¿Por qué temer nada de eso?

—Oh, Ross, por favor, no me acose a preguntas —Doris se pasó una mano por el rostro. La tersa frente se perló de sudor—. No podría resistirlas después... después del «test» de esta mañana.

—Perdone —Freddy sintió compasión por aquella desventurada criatura—. ¿Le hicieron muchas preguntas?

—Muchas... Y muy difíciles. No sé si contesté bien a todas. Al final, perdí los estribos y le contesté algo fuerte al doctor Wonkle, e incluso a la doctora Lehman. Me traían loca a preguntas, no pude resistir más.

—Es un mal sistema rebelarse contra ellos. Quieren ayudarla.

—No se ayuda atormentando. Quise hacerles comprender eso. Les pedí confianza, un poco de fe, para que yo misma no la perdiese del todo. Wonkle, finalmente, recogió los papeles donde había anotado mis respuestas, se limitó a gruñir un: «Gracias, señorita Doris», muy seco y formulario, y se marchó. Ella fue más locuaz. La doctora Lehman me aconsejó que obrase prudentemente y sin dejarme llevar por los nervios. Mi situación ha empeorado mucho en cuarenta y ocho horas. De una paciente en convalecencia, me he convertido en una enferma sometida a severa obsesión, con ficha roja en mi historial clínico. Usted sabe lo que es eso, ¿verdad?

—Sí —asintió Ross, sombrío—. Al menor fallo, puede ser trasladada al pabellón de los locos furiosos. La doctora Lehman la aconsejó bien, Doris.

—Aconsejar es fácil, Ross —se lamentó ella, acercándose al joven y poniendo una mano suya, blanca y fina, sobre el brazo del militar—. Pero yo necesito algo más que consejos. Preciso ayuda, ayuda de alguien, o terminaré en el pabellón K, para los furiosos. Nadie cree en mí, nadie se ofrece a auxiliarme como yo deseo. Cuando entré en este lugar, era una persona normal, un ser como usted, como el doctor Wonkle, como la enfermera Grace o como la doctora Lehman. Y ahora, ya me ve... Soy una ruina día a día.

Freddy acarició la mano de Doris, sintiendo la impresión de rozar a una paloma herida y desamparada, que buscaba el calor de su mano. Entonces dijo aquello que nunca debió decir y que le hizo arrepentirse al segundo justo de haberlo mencionado:

—A veces, Doris, sin saberlo nosotros mismos, creemos ser personas completamente normales y, sin embargo, algo dentro de nuestro ser no funciona bien y se manifiesta más tarde de un modo u otro. Recuerdo que un compañero mío de regimiento en Corea...

Vivamente, como impulsada por un martillazo en pleno pecho, Doris Wolrich echóse hacia atrás. Su mano huyó de la de Ross; la pobre paloma herida levantaba el vuelo, defraudada. Una expresión de tremenda decepción, de abatimiento sin fin, se reflejó en las pupilas azul oscuras.

—¿También usted, Ross? —gimió—. ¿También usted cree que estoy loca?

—Pero, Doris, yo no he dicho...

—Usted imagina, que yo entré ya enferma en esta clínica. Posiblemente me conceda la magnanimidad de suponer que la herida en el accidente de automóvil me sacó a la superficie el mal que estaba oculto... ¿No es eso lo que piensa, Ross?

—Doris, usted se equivoca...

—¡No me equivoco! —gritó ella, atrayendo la atención de los enfermos diseminados por la sala y de algunos sanitarios y enfermeras—. ¡Entre todos pretenden volverme realmente loca, quieren perderme para siempre! ¡Y en usted aún resulta más odioso, Ross, porque pretende ser amigo mío, como esa falsa de Grace lo único que hace es traicionarme, vigilar mis pasos como si fuese un

coleccionista acechando un ejemplar de su colección! ¡Pero yo soy un ser humano, y es inicuo lo que hacen conmigo todos ustedes!

—Por favor, Doris, cálese —suplicó Freddie Ross, viendo que ella era el centro de la atención general—. Esto sólo conseguirá perjudicarla más.

—¡No me importa! ¡Llévenme de una vez al pabellón de los locos furiosos! ¡Tal vez ellos sean más piadosos conmigo que ustedes mismos! ¡Les odio a todos, sí, les odio!

Y se incorporó, llorando desesperadamente, partiendo hacia la salida. En la misma puerta de entrada se tropezó con Grace. La rubia enfermera trató de asirla por las muñecas, para dominarla.

—Señorita Wolrich, por favor, domínese —regó, dulcemente.

—¡Domínese! —chilló ella, en pleno histerismo, luchando con la enfermera—. ¡Suélteme de una vez, maldita espía, o juro que acabaré volviéndome loca de verdad y la mataré con mis propias manos! ¡Suelte, Grace, por el amor de Dios!

—Déjela, Grace, será peor —dijo Ross, corriendo hacia las dos mujeres en pugna. Un par de sanitarios llegaba rápidamente, en auxilio de su colega. Mucho más rápidos que si hubiera sido Anne Sewell u otra cualquiera. Todos sentíanse extrañamente solícitos cuando se trataba de ayudar a la impresionante enfermera de cabellos rubios.

—Vamos, no sea chiquilla —insistió tercamente Grace, sin soltar a Doris.

Era evidente que había equivocado la táctica en aquella ocasión, como acertadamente intuyera Ross. Doris, en una violenta reacción, impropia de su grácil contextura, lanzó a un lado a la enfermera, gritando:

—¡Suélteme; cobarde! ¡Podría estranguladla con mis manos, para demostrarle que son ustedes las que me vuelven loca! —Y se perdió por el corredor, subiendo las escaleras hacia su piso, mientras Grace se incorporaba, ayudada por los sanitarios y por el teniente Ross.

—¡Cielos, qué fiera! —suspiró Grace, apoyándose más marcadamente en Ross y procurando rozarse con él cuanto le era posible—. No conozco a esa muchacha...

—Es lo malo de acorralar al gato inofensivo —dijo pensativamente Ross—. Acaba por mostrar las uñas y clavarlas en el

primero que le molesta.

—Yo pretendía ayudarla —dijo Grace—. Su histerismo no la va a favorecer nada.

—Todos pretendemos ayudarla. Y me pregunto si lo hacemos realmente.

Grace y Ross salieron de la sala de recreo encaminándose hacia la planta inferior, desde la que salieron al jardín. El día, aunque fresco y otoñal, lucía con buen sol. Algunos enfermos convalecientes paseaban entre los macizos de flores y los setos amarillentos. A Grace la complacía el paseo junto al atractivo militar. Pero Ross no parecía fijarse en los encantos físicos de la enfermera, invadido por otras preocupaciones. Ella habló con su más suave voz, como un ronroneo de gato mimoso:

—¿Está usted enamorado de esa chica, teniente?

—¿Yo? —Freddie miró de reojo a la muchacha—. No lo creo. Me es simpática y la compadezco. Pero eso es todo. Imagino que el amor es algo más fuerte que eso.

—¿No sabe lo que es el amor?

—Sé lo que es fijarse en una chica y salir con ella de paseo unos cuantos días. Cuando hemos visto si merece la pena, seguimos saliendo con ella. Si no, igualmente dejamos de salir, pero después de obtener lo que todo hombre persigue.

—Eso es un poco cínico —aseguró ella con coquetería—. Si usted saliese conmigo, ¿en cuál de esos dos grupos me seleccionaría?

—Dependería de usted. No puedo responder sin haberla acompañado por lo menos un par de días.

—Todo es empezar, ¿no, Ross? —Ella se esponjaba por momentos. Su voz se hacía más envolvente—. Esta noche, tengo libre en la clínica. Si el doctor Wonkle le autoriza, podemos ir a algún sitio...

Se pararon a mitad del sendero de arena salpicada de piedrecillas, justamente al lado de un macizo de rosas de invierno. Freddie clavó sus ojos profundos y chispeantes en ella. La observó a lo largo de su figura. Realmente era una muñeca encantadora. Vacía de cerebro, como deben de ser todas las muñecas encantadoras. Ella se irguió, recordando más que nunca a Marilyn Monroe. Ross meneó la cabeza de un lado a otro. Decididamente, el sitio había

sido bien elegido. Sólo que Grace no encajaba entre rosas de invierno y aroma de jardín fresco. Hubiera estado mejor entre copas de champaña, con traje de noche rojo, muy descotado, dejándose estrechar entre los brazos de un hombre.

—Lo siento, pequeña —dijo, burlón—. Pero yo no tendré libre esta noche. Podremos elegir otra cualquiera y entonces te diré lo que pienso de ti...

Irritada, Grace le replicó acremente:

—Muy honrada, «Excelencia», pero creo que no habrá otra noche. ¡Adiós, teniente!

Dio media vuelta y se alejó, con un contoneo impresionante de caderas. Ross soltó una risita y siguió su paseo entre rosas y aroma de tarde de octubre. Era difícil que se le volviera a presentar otra oportunidad de conocer más a fondo a la rubia enfermera, pero otras cosas más importantes llenaban su cerebro; y aunque no quería confesárselo a sí mismo, entre todas esas cosas no era la menos importante Doris Wolrich.

CAPÍTULO VI

—Aquí le dejo el somnífero, señorita Wolrich —dijo Anne Sewell, enfermera de guardia aquella noche, depositando sobre la mesilla un montoncito de seis píldoras—. Puede tomar cuantas desee, no son perjudiciales. Pero la dosis normal es de tres a cuatro. Descansará bien y no tendrá nuevas pesadillas ni nadie podrá despertarla.

—Gracias, señorita Sewell —dijo cansadamente Doris, acostada en el lecho, alzando con pesadez los párpados—. Las tomaré ahora, aunque dudo que las necesite. Estoy muy cansada.

—Es natural —la Sewell se acercó, solícita, a ella—. No debió de hacer aquello con mi compañera Grace. El doctor Wonkle, el propio doctor Tarleton, nuestro director, se han sorprendido mucho. Posiblemente le perjudique tal actitud.

—Me es lo mismo, puede creermelo —Doris cerró de nuevo los ojos y dejó caer la cabeza sobre la almohada—. Ya todo me da igual...

Anne Sewell se dispuso a decir algo. Finalmente, suspiró, encogiéndose de hombros y salió de la habitación. Doris Wolrich ni siquiera se movió.

Anne Sewell encontróse con Freddie Ross al final del pasillo, frente a las vidrieras blanqueadas del quirófano de urgencia del pabellón F. El joven militar llevaba unas fichas en la mano. Preguntó a la enfermera con interés:

—¿Cómo sigue la señorita Wolrich?

—Postrada —informó Anne Sewell—. Creo que ha entrado en un período de abatimiento tan peligroso como el de sus estallidos de cólera anteriores. La vigilaré cuidadosamente durante toda la noche. ¿Eso le tranquiliza, teniente?

Ross pasó por alto que ella le guiñaba el ojo y carraspeó manejando torpemente las fichas clínicas.

—Sí, gracias. ¿He visto por ahí a la enfermera Grace?

—No. Caramba, teniente. Es usted un hombre terrible. Tiene a todas revoloteando alrededor suyo. Por cierto que Grace parecía muy ofendida con usted cuando se fue. ¿Es que ha intentado besarla?

—No. Por eso se fue enfadada —dijo cínicamente el militar, siguiendo su camino, de cuarto en cuarto de las enfermas sometidas a observación. No quería ver a Doris. Sabía que ella no le apreciaba todo lo que él hubiera deseado. Y casi tenía razón. La había traicionado en todo, incluso con la carta dirigida a su hermano. Nada más natural que el rencor nacido en el alma de la muchacha hacia él.

Poco después, abandonó el edificio del pabellón F y se encaminó, a través de los jardines, hacia el cuerpo central de la clínica. Entregó los informes y novedades a la encargada de turno. Después, encaminóse al despacho del doctor Wonkle. El psiquiatra no estaba. La doctora Lehman, que salía del despacho con un bloc de notas y una pluma en las manos, le indicó brevemente:

—El doctor Wonkle tiene hoy reunión con los demás psiquiatras del establecimiento. Tardará algún tiempo en volver. Pero creo que el doctor Tarleton tenía interés en verle. Está arriba en su despacho.

—Gracias, doctora —Ross subió ágilmente las escaleras y pulsó el llamador de la puerta de madera donde, en letras doradas, cuidadosamente bruñidas, se leía:

DIRECCIÓN

—Adelante —dijo una voz suave al otro lado de la hoja.

Ross abrió, entrando en la estancia y encajando la puerta tras sí. El doctor Tarleton estaba tras su amplia y pesada mesa de tablero cristalino. Por contraste, las sillas y butacas, de liviano tejido tenso sobre el tubo cromado de su armazón, parecían extraordinariamente aladas.

—Ah, es usted, Ross —Tarleton era un hombre afable, casi untuoso, pero sin afectación. Obeso, de recio cuello, rojos carrillos y ojos hundidos. El blanco de su bata y el rubio canoso de sus lacios cabellos formaban un conjunto singular. Hubiese podido parecer un comisionista apacible y acomodado, de no ser por aquel atavío

propio de un médico. En realidad, Jules Tarleton era uno de los más eminentes psiquiatras de los Estados Unidos. Y, en todo caso, un hombre excepcional en su profesión y fuera de ella.

—Me ha dicho la doctora Lehman que deseaba usted verme.

—En efecto, Ross. Siéntese, muchacho.

Freddie tomó asiento en una de aquellas aborrecibles sillas de metal cromado, y esperó. Beatíficamente, Tarleton se cruzó de manos sobre el abdomen y continuó:

—Estoy bastante interesado en el caso Wolrich. Perdóneme si le considero como un «caso» propiamente dicho, pero no encuentro otro modo de adjetivar al misterio que rodea a esa joven. Podríamos definir tal misterio de dos formas diametralmente opuestas: una, como una serie de sucesos reales que rodean a esa muchacha angustiosamente. En tal caso, llegaríamos a la conclusión de que existe el hombre de las gafas azules, de que ese fantástico personaje a quién nadie vimos jamás, ha sido asesinado en una ducha del pabellón F, y, en conclusión, de que alguien tenía un interés determinado en inventar una conspiración a todas luces grotesca y espectacular en torno a Doris Wolrich. Nuestra propia lógica nos induce a desatender tal posibilidad por imposible y desquiciada. Nos queda, pues, la segunda y más lógica forma: la imaginación de Doris Wolrich inventa todo eso.

—Es una conclusión evidente, doctor —asintió gravemente Ross, pensando a dónde iría a parar el médico-director de la clínica.

—En cuyo caso, nos queda por resolver la mayor incógnita: *¿por qué?* Sí, ¿por qué esa chica ha llegado a tal estado? La lesión del automóvil es improbable que originase tal desequilibrio. Tenía que existir un precedente, algo anterior al accidente de Central Station...

—Ya he pensado en eso.

Tarleton se inclinó sobre la mesa, clavando los ojos en el oficial.

—Usted la conoce mejor que yo, teniente. ¿A qué conclusión ha llegado?

—A ninguna —Ross abrió las palmas de sus manos en ademán franco—. Lamento defraudarle pero no he resuelto nada. Parece normal a ratos. Otras veces, insiste en la realidad de lo que vio, hasta obsesionarse ella misma. Pero todo cuanto jura ver es absolutamente inadmisibile. Y carece de sentido.

—Eso es lo extraño. Carece de sentido —Tarleton reflexionó—. Aun en los locos, existe siempre cierta lógica, cierto método, por absurdo que sea. Pero en nuestra señorita Wolrich se quiebra la norma. Nada de lo que dice enlaza con lo demás. ¿Por qué? Volvemos a la interrogante anterior.

—Yo quería profundizar algo más en su caso, doctor —dijo Ross—. La chica me interesa y... bueno, es encantadora. Admito que me gusta bastante. Pero he perdido su confianza, no se fía de mí. Sería estéril cuánto intentase ahora.

—De todos modos, debe intentarlo, Ross. Por lo que sé, nadie en mi establecimiento goza de tanta aproximación con esa chica como usted. Explote eso, amigo mío, sin repugnarle su aparente traición para con ella. Es por su bien. Cale hondo en su mente, en su alma, descubra lo que nos tapa el velo. Puede ser su salvación, recuérdelo:

—Lo intentaré, pero no garantizo nada, doctor. Costará ganar de nuevo su confianza.

—Pues inténtelo a toda costa —Tarleton se frotó la barbilla—. Es un ruego, Ross —y pareció dar por terminada la entrevista. Freddie pensó que los conflictos que le planteaban a él no le ocurrían a nadie. Y poniéndose en pie, inclinó la cabeza.

—Haré cuanto pueda. Ya le iré dando cuenta de los resultados. ¿Va a seguir ella en el pabellón F mucho tiempo?

—No. En beneficio suyo, Ross, como si usted hubiese influido en ello a ojos de la señorita Wolrich, será trasladada al pabellón de reposo. Allí ocupará un apartamento para ella sola, cuidada por dos enfermeras, y podrá salir a la terraza y pasear por el ala del jardín que rodea ese pabellón. Sólo lo ocupan las pacientes adineradas. Pero en este caso iré contra las ideas un poco rígidas del doctor Wonkle y le ayudaré a usted... y posiblemente también a ella. Eso puede allanar sus dificultades. Me interesa mucho el caso Wolrich como profesional, teniente.

—Y a mí, doctor —dijo Ross, sin añadir nada más, sonriendo ampliamente—. Estoy seguro de que la idea dará magníficos resultados. Corre usted un riesgo grave... pero casi podría asegurar que le saldrá bien.

—Así lo espero —Tarleton se replegó en su butaca—. Buenas noches, teniente.

—Buenas noches, doctor Tarleton.

Radiante, salió al exterior. Pensaba que ahora era cuando acaso pensaban en serio en ayudar a Doris. Ni Wonkle, con su rigidez proverbial, ni la doctora Lehman, con sus limitados conocimientos de psicología, habían dado con algo verdaderamente eficaz como su director y jefe.

Cuando alcanzó el corredor, la telefonista del pabellón le tendió el teléfono.

—Preguntan por usted, teniente —dijo, con sonrisa deslumbrante—. Es del pabellón F.

Freddie tomó el receptor e inquirió:

—¿Dígame?

Una voz femenina, algo desfigurada por motivos que no entendió, le dijo con rapidez:

—Por favor, Ross, venga enseguida al pabellón. Tengo que hablar con usted.

—¡Pero si es usted, Grace! Creí que era su noche libre.

—Y lo es, Ross.

—¿Qué demonios hace entonces ahí?

—Ya se lo explicaré. Pero no se retrase, por todos los santos. Es muy importante lo que quiero comunicarle.

—Dígamelo por teléfono.

—¡No, cielos! —¿por qué su voz expresó tal premura?—. Es *personal*, privado...

—Bien, si es tan urgente y confidencial, ahora voy para allá.

—¡No tarde, Ross! Es algo muy serio, *algo fantástico*... Sólo me atrevo a decírselo a usted. ¡Apresúrese por lo que más quiera!

Ross colgó, preocupado, sin decir nada, por la sencilla razón de que ella también había colgado. Volvióse a la telefonista, con el ceño fruncido.

—¿De qué punto del pabellón F procedía esa llamada, señorita? —inquirió.

La funcionaría consultó el tablero precisamente cuando desconectaba la clavija y le informó con afabilidad:

—Del quirófano.

Freddie descendió con sus pasos elásticos y largos. ¿Qué diablos haría Grace en su noche libre, a aquellas horas, encerrada en el quirófano? No podía entenderlo.

Siempre había juzgado a la rubia enfermera como a esa clase de

chicas que en su día de fiesta van al cine o a un baile con uno o más chicos y terminan besándose en la cómplice oscuridad de un coche aparcado en cualquier parque poco frecuentado. En Grace era simplemente absurda aquella actitud.

Cuando avanzó por el jardín en penumbra, ante el gran edificio cuajado de rectángulos luminosos, sus preocupaciones iban en aumento.

Entonces sonó, vibrante y estremecedor, el timbre de alarma del sanatorio en la calma de la noche, hendiendo el silencio con sus metálicos aullidos. Ross, sintiendo un escalofrío de terror, corrió hacia el pabellón F. Pero ya cerca de él, encontróse con la doctora Lehman y con el doctor Harver, acompañados del enfermero Barrie y el sanitario Randsome, que corrían fuera del pabellón apresuradamente. Parecieron felices de ver a Ross.

—¡Dios le envía, Ross! —gimió Harver, cuya calva sudaba como nunca—. ¡Acompañenos, por favor!

—Pero es que me ha llamado Grace urgentemente y... —se excusó Ross.

—Esto es mucho más importante, teniente —le informó la doctora. Lehman, sin disminuir el paso—. ¡La alarma procede del pabellón K, y lo motiva la fuga de un loco furioso!

A Ross se le erizaron los cabellos. Sabía bien lo que significa en un establecimiento clínico la fuga de un loco furioso. Por muy grave que fuese lo que Grace tuviera que comunicarle, aquello era mucho peor. La rubia era una histérica llena de frivolidades. Y un loco furioso en libertad... era nada menos que eso.

—¡Vamos, doctora! —dijo Freddie, uniéndose a ellos—. Creí que la alarma sonaba aquí...

—No. Este pabellón está en calma, teniente —informó Harver, que corría bastante para tener los pies planos—. Ha sido en el K donde ha ocurrido el desastre. Dios quiera que lleguemos a tiempo.

Ya en todo el sanatorio, mientras el quinteto corría por los senderos de grava, se ponía enteramente en conmoción, dirigiéndole mucha gente uniformada de blanco hacia el alejado pabellón K, donde había, tenido lugar la temible fuga de un alienado.

Doris escuchó perfectamente la sirena de alarma, que continuó hasta herir los tímpanos de cuantos se encontraban en la clínica. Un

altavoz conectado en cada pabellón y en cada piso, repetía hasta el infinito la alarma, mientras en un cuadro anexo se encendía una luz roja sobre el número o letra del pabellón donde estaba siendo pulsado el timbre.

Las carreras por los corredores llenos de ecos invadieron de ruidos confusos el lugar. Doris, erguida en el lecho, lamentó entonces no haber tomado el somnífero que Anne Sewell le diera aquella noche. Habíase decidido a no ingerir droga alguna y a desafiar a la noche llena de terrores y de cosas oscuras.

Pero aquella alarma de ahora sólo podía significar otro siniestro peligro, que aunque no se relacionase con ella, contribuiría a excitarle los nervios. Alguien al pasar por delante de la puerta de su cuarto, había exclamado: «¡Es en el pabellón K, el de los furiosos!». ¿Qué podía suceder en aquel mundo cerrado, de seres al margen de la razón?

Doris quiso enterarse. Llamó a una enfermera que cruzó apresuradamente frente a su habitación, pero no la prestó atención. Entonces, se puso en pie, echando a un lado las ropas de su cama. Vacilante, caminó hasta la puerta. Asomóse, comprobando que no quedaba ya absolutamente nadie. Incluso la enfermera Sewell debió de marcharse hacia el punto de la alarma. Eso indicaba que era algo grave lo que sucedía.

Sin sentir miedo, por primera vez animosa desde hacía, varias noches, Doris avanzó por el corredor. Su figurilla, embutida, en el blanco, amplio y desgarrado pijama sanitario, tenía algo de cómica, perdida entre tanta blancura, pero en absoluto parecía una situación dramática. La fuerte luz del corredor, el rumor de voces en los jardines, daba algo de vida a aquel lugar que había llegado a temer con toda la fuerza de su ser.

Para convencerse a sí misma de que esto era así y no temblaría por encontrarse de nuevo ante las duchas donde hiciera su terrible descubrimiento de la noche antes, avanzó hacia ellas, se apoyó en la jamba de la puerta de entrada a los lavabos y miró hacia dentro. Todo igual que siempre. Limpio, bruñido, blanco. Blanco como un panteón o como un sudario. La idea era desagradable, pero a Doris Wolrich la asaltó con fuerza. Era como si a uno, para morir, le rodeasen de blanco, rehuendo el siniestro luto para envolverle en algo más siniestro aún.

Ahuyentó la idea. Era ridícula, y si seguía pensando en tales cosas corría el riesgo de volverse realmente loca. A través de la entornada puerta de la ducha, se distinguía parte de la pileta. Habían reparado la avería y ya no goteaba. Doris comprendió entonces por qué resultaba anormal aquel silencio. Pero había algo más que le rondaba la cabeza, algo que *no podía* ser. ¿De ahora, de cuanto estaba viendo? No, ella creía que no. Era algo ocurrido la noche antes, allí mismo, cuando el hallazgo del supuesto cadáver de gafas azules. ¿Pero qué era, Dios santo, qué podía ser lo que andaba mal y no acertaba a identificar?

Sí, era algo relacionado con la ducha. Ella entró, veinticuatro horas antes, en aquel mismo lugar, encontrándose frente a un cuerpo ensangrentado e inmóvil, bajo la monótona gota de agua... Huyó, gritando aterrada. Luego volvió con Grace y ya no estaba... De nuevo experimentó la sensación de aquel detalle mal encajado, de algo que *no podía* haber ocurrido de no ser que... De no ser que...

¡Sí, era *aquello*! Con ojos iluminados, Doris Wolrich se irguió. Si aquello era verdad, entonces es que después de hallar ella el cuerpo en la ducha... ¡Tenía que contar aquello, tenía que decírselo a alguien, para que investigaran y comprendiesen que ella, *ella* no estaba loca!

Miró en derredor. No, no había nadie que pudiese atenderla; todos habrían ido al pabellón K. Miró a la vidriera del fondo, la gran cristalera escarchada que formaba muro entre el corredor y el quirófano de urgencia. Casi siempre, la enfermera de servicio pasaba allí parte de la noche, sentada o dormitando. Eso lo sabían todos los enfermos.

Acaso Anne Sewell estuviese allí y no se hubiera ido al pabellón K. Ella era una mujer sensata, no la alocada de Grace. Ella la atendería, ella la creería...

Avanzó en línea recta hacia el quirófano. Empujó la puerta vidriera. Estaba abierta. Y la lámpara fuerte, sobre la mesa de trabajo situada en un rincón de la sala, encendida. Pero no vio al principio a nadie. Sólo la desnuda mesa de operaciones, las sillas cromadas, los dos armarios repletos de instrumentos brillantes, niquelados. El suelo relucía de puro limpio y blanco.

Fue al avanzar unos pasos más cuando la vio.

Estaba tendida en tierra, con el rostro vuelto hacia el techo, y los ojos muy abiertos, reflejando la luz potente de la lámpara. Vestía un traje de calle muy ceñido, pero quizás no tan ceñido como aquella banda de tela blanca en torno al cuello, que había convertido el rostro agraciado y frívolo de la enfermera Grace en una terrible faz amoratada y rígida, en la más tremenda expresión de la Muerte...

CAPÍTULO VII

Doris no gritó en esta ocasión. Sabía todo lo inútil y perjudicial que era. Tampoco se movió. Podía esfumarse aquel cadáver inesperado que surgía ante ella, por segunda vez en pocas horas. Y éste era *real*, no cabía duda alguna. Se inclinó y rozó con sus dedos la piel hinchada de aquel rostro que fue encantador y lleno de vida. Aún conservaba mucho calor. Hacía poco que fue estrangulada.

Ella misma estaba sorprendida de su serenidad. A fuerza de enfrentarse con horrores imaginarios o no, aquella realidad macabra la mantenía serena. Era como una confirmación de lo que imaginara poco antes, al recordar el detalle insignificante de la ducha. Había un ser diabólico, un asesino implacable suelto por los blancos pabellones de la clínica. Sus razones, sus motivos, todo, era un misterio. Pero aquel monstruo existía y además había pretendido enloquecerla *a ella*. Esto tampoco estaba claro por qué, mas Doris estaba dispuesta a jurarlo. Era la única explicación, aunque disparatada e incongruente.

¿Qué podía hacer ahora? Ante todo, llamar a la gente, mostrarles la verdad de lo que sucedía. Aquello lo resolvía todo, ya no podrían confinarla, acusándola de ver cosas que no existían. El cadáver de Grace, con sus rubios cabellos en desorden, como una llamarada de oro sobre el frío suelo, estaba allí, tangible, evidente. Y no se movería hasta que llegase alguien. Siguió inclinada junto a ella, serena y firme.

Cuando sintió subir apresuradamente las escaleras del pabellón, un alivio inmenso la invadió. Hasta entonces, había seguido temiendo que el cuerpo desapareciese ante sus mismos ojos, mostrándole el abismo de su mente. Pero Grace no se movía, jamás se podría ya mover. Y su presencia, más que asustarla, le daba fuerzas, la hizo sonreír. Tanto era lo que valía para un ser humano la convicción de que la razón no le ha abandonado.

La puerta volvió a abrirse. Ahora fue un hombre el que apareció, enmarcado en la vidriera opaca. Doris, volviéndose, pensó entonces que corría un peligro tremendo: que el propio asesino volviese al lugar del crimen. La mancha caqui que distinguió a través de la fuerte luz, le hizo suspirar aliviada. Irguióse, mientras el teniente Freddie Ross, con una exclamación de horror, avanzaba hacia el cuerpo de la víctima.

—¡Doris! ¿Qué significa...? ¿Y qué hace usted aquí? —preguntó ásperamente el joven, desviando la mirada de una a otra, de la mujer viva a la que yacía retorcida en el suelo.

—¡No estoy loca, Ross, no estoy loca! —exclamó, llena de júbilo la muchacha—. ¡Han asesinado a Grace, han asesinado a Grace, como antes lo hicieron con aquel hombre con gafas azules! ¡Véala, la han estrangulado!

—Sí, ya lo veo —Ross suspiró, resignado—. Veo que me retrasé en acudir.

—¿Qué se retrasó?... —Doris le miró perpleja.

—Sí. Creí que lo del pabellón K era más urgente. Y no era nada. El loco furioso se había metido en el montacargas de las cocinas, en un descuido del enfermero de guardia. Mientras que aquí una mujer me esperaba y... acudió la Muerte a verla, no yo.

—¿Ella... ella le citó?

—Eso es —Ross se inclinó junto al cuerpo, apartando a Doris—. Tenía algo grave que comunicarme. Pero no llegué a tiempo. ¡Que estúpido he sido!

—Es horrible lo ocurrido, Ross, pero no puedo lamentarlo mucho —dijo ella, con tono excitado—. Demuestra... demuestra que no estoy loca...

Ross estaba examinando el cadáver. Sus dedos tocaron la cinta blanca ceñida a la garganta, casi hundida en la carne. Luego rozó la piel, aún caliente. Volvióse con ojos fríos hacia la muchacha inclinada junto a él.

—Usted no puede lamentarlo mucho, ¿eh? —dijo, cortante—. No creí que su rencor por lo de esta tarde llegase a tanto, Doris.

—¡Pero... pero si no es eso! —Ella abrió mucho los ojos, enrojeciéndose—. No tenía nada contra esa chica, Ross. Sólo que su muerte demuestra... demuestra muchas cosas que ustedes no creían.

—Sí. Demuestra *una* cosa que *yo* no creía... —Examinó a Doris

con calma, su mirada fue de arriba abajo, mientras en ella nacía una indefinible inquietud—. ¿Dónde ha dejado el cinturón de su pijama, Doris?

—¿Eh?

—Le repito: ¿dónde está su cinturón de tela? Lleva el pijama suelto...

—Siempre... siempre me lo pongo así, Ross —ella tartamudeó, asustada. Su mirada voló al cuello de la enfermera, a su blanco lazo mortal—. ¿No estará insinuando que yo...? ¿Qué mi...?

—No insinúo nada, Doris. Pero usted está en el quirófano junto al cadáver de Grace, a quién juró matar esta tarde en el salón de recreo. No lleva cinturón del pijama, mientras que un cinturón *igual* al suyo se ciñe en torno al cuello de ella.

—¡Ross, eso es monstruoso! —exclamó ella, mirándole con ira—. ¡Hay miles de cinturones como ése en este establecimiento!

—De acuerdo. Pero a usted le falta el suyo. Muéstrmelo. ¿Y dígame por qué vino a un sitio donde no viene nunca? ¿Por qué precisamente esta noche, cuando han asesinado a Grace?

—¡Ross, no puede ser usted tan ciego, tan... tan inhumano como para acusarme de esto! Cuando yo llegué ella estaba ya muerta, puedo jurarlo.

—¿La vio entrar alguien?

—No...

—¿Puede demostrar que estaba en su habitación cuando ella fue asesinada?

—No sé cuándo la asesinaron...

—Entre el sonido del timbre de alarma y el momento en que yo he entrado, como no verá, no hay mucho tiempo. Si es como usted dice, el asesino no ha podido ir muy lejos. Incluso no podría salir de aquí, al entrar usted tan rápidamente. ¡Y aquí no hay nadie más que usted y ella!

—¡Ross! —Las lágrimas se agolparon en los ojos azules e inmensos de la muchacha—. Me está acusando seriamente de... de...

—Por el momento, no tengo otro remedio. Esto no es un lugar donde nadie pueda entrar asesinando a la gente, Doris. Ha de ser *alguien* de dentro el culpable. Nuestro error fue no despojarla del cinturón, como se hace con otros enfermos sometidos a observación.

Pero nunca la hemos considerado peligrosa, sino solamente un caso extraño. Ahora lamento mucho nuestro descuido, Doris. Sobre todo por usted. Si no logra dar con su cinturón del pijama, lo va a pasar muy mal...

Ella se apartó de él, angustiada, llena de horror. No por la acusación, no por lo ocurrido, sino porque era precisamente *él*, Freddie Ross, quien dudaba de ella, quien lanzaba la acusación violenta a su rostro. Y sin duda, *él* mismo la creía, firmemente.

—¿Cómo pude llegar a confiar en usted, Ross? ¿Cómo pude pensar nunca que usted me ayudaría, que sería un amigo para mí? ¡Qué estúpida, qué estúpida...!

Salió corriendo. Ross lanzóse a la puerta, pero se tranquilizó al verla meterse en su habitación y cerrar tras sí la puerta. Escuchó los violentos sollozos. Dubitativo, se quedó sin saber qué hacer. Luego, fue al teléfono del quirófano y alzó el receptor, sin apartar sus ojos del cadáver.

—Póngame con el doctor Tarleton, por favor. No me importa que se haya retirado. Dígale que es muy importante. Y muy grave, sí. Soy yo, el teniente Ross, del pabellón F.

Esperó. En aquel momento, Anne Sewell apareció en el corredor. Al ver abierta la puerta del quirófano se acercó. Al principio, vio a Ross. Luego su mirada bajó, y tuvo que apoyarse, muy pálida, contra la puerta.

—¡Dios mío! —gimió, controlando toda otra emoción extemporánea.

—Señorita Sewell —dijo Ross, tapando el teléfono—. Vaya junto a la señorita Wolrich y no se separe de ella. Busque su cinturón del pijama, sea donde sea. Si no aparece, no abandone a esa chica ni un solo segundo bajo ningún pretexto. Esto es un caso de asesinato, y si mis sospechas no están muy equivocadas, hay noventa y nueve probabilidades contra una de que haya sido cometido con el cinturón de Doris Wolrich.

Anne Sewell era eficiente; se limitó a asentir y partió hacia la estancia de Doris sin preguntar más. Ross volvió a destapar el micrófono y continuó, al oír la voz de Tarleton:

—Doctor, creo que debe usted ver lo del quirófano, antes de llamar a la Policía. Han asesinado a Grace, nuestra enfermera. Estrangulada con un cinturón de pijama sanitario... De momento,

Doris Wolrich es la única sospechosa. Tuvo el motivo, la ocasión y, probablemente, el arma homicida... Sí, doctor Tarleton, le espero.

Colgó el teléfono y quedóse quieto y ceñudo, Miró el cuerpo sin vida de la muchacha que unas horas antes le pidiera salir con él al cine o al baile. Ya no saldría con nadie jamás. Compasivo, tomó una de las sábanas plegadas, de la pila que había bajo la mesa de operaciones, y tendió una sobre su cuerpo. Sólo quedó la llama de oro de su melena asomando por la parte superior. Y una mano crispada, de uñas barnizadas en rojo sangriento...

El inspector Hannon, de la Policía Metropolitana, se secó el sudor de la frente cuando entró en el despacho de Jules Tarleton. El director del sanatorio, el teniente Ross, la doctora Lehman y el doctor Wonkle se volvieron hacia el policía en cuanto le oyeron entrar. En todos los ojos había expectación e interés.

Lanzando un bufido, Hannon tomó asiento en una silla cromada, gruñó algo sobre su incomodidad y acabó por quedar relativamente acomodado en ella.

—¿Qué, inspector? —preguntó Tarleton, incisivo.

—No lo sé —manifestó el policía con terrible sinceridad—. Esa chica parece a veces inocente. Otras, le coloca a uno unas historias tremendas sobre cuerpos en las duchas, hombres que la espían en sueños, vasos de leche que se van y vienen como si estuvieran de paseo. No lo entiendo.

—Eso se lo puedo explicar yo, inspector —sonrió Wonkle sin ningún humorismo.

—Pues hágalo, y pronto. De todos modos, me temo que incluso las razones y circunstancias de este crimen tengan que ser ustedes quienes las expliquen. Esa chica no es normal. Padece manía persecutoria o algo por el estilo. Cree que todos vamos contra ella y queremos volverla loca. Hay dos cosas evidentes, por el momento.

—¿Cuáles, inspector?

—No se tomó las píldoras del somnífero, aunque ella aseguraba haberlas tomado. Las encontramos todas. La enfermera Sewell aseguró haberle dado media docena de píldoras y esa misma cifra es la que tenemos. Cuatro de ellas estaban en el jardín, al pie de su ventana. Sólo conservaba las otras dos. En cuanto al cinturón del pijama, brilla por su ausencia. Ella ha mencionado que su cinturón tiene un descosido lateral, hacia el centro, y aunque hasta que se le

arranque del cuello a la víctima no podremos examinar con calma el utilizado para el crimen, casi aseguraría que está descosido en ese mismo punto.

—¿De modo que ella puede ser culpable, en su opinión, inspector? —inquirió Wonkle.

—Puede serlo. Evidentemente, lo es. Pero en cuestiones de la mente ustedes saben más que yo. Puedo arrestarla, y llevármela a Jefatura hasta que confiese o se pruebe su culpabilidad sin lugar a dudas razonables. Sin embargo, ¿será eso eficaz? Yo creo que no. Si ella mató a Grace, está loca, o al menos es anormal. Eso es incuestionable. En cuyo caso, prefiero que corra de su cuenta, aunque sólo de modo provisional, su confinamiento. Llévela a dónde no sea peligrosa, al pabellón de los locos furiosos, por ejemplo, y ténganla allí hasta que sepamos el resultado de la autopsia y otros detalles. Entonces volveré aquí y la someteremos a un nuevo y más intenso interrogatorio, que hoy sus nervios serían ya incapaces de resistir. De acuerdo con ello, dictaminaremos y podrá ser llevada a juicio bajo una acusación concreta, ya sea de homicidio en primer grado, ya sea de enajenación mental, en cuyos casos varía mucho el veredicto y la sentencia.

—Me parece muy humano, inspector —asintió Tarleton—. Usted propone que estudiemos a nuestra paciente, que exprimamos las posibilidades de una observación rígida y exhaustiva, para dar con la verdad de su mente.

—Eso es, más o menos, lo que propongo.

—Pero la custodia de un asesino, aunque sea cliente nuestro, es algo muy delicado...

—Lo sé. Dejaré aquí un número prudente de agentes armados. Pongamos media docena. Esta situación no puede prolongarse más de dos días. Dentro de cuarenta y ocho horas, como máximo, volveré a por ella en uno u otro sentido. Vamos a pedir informes sobre su comportamiento y modo de ser habitual en Milledgeville. Telegrafiamos a la Biblioteca donde ella trabajaba, enviaremos a algún detective que averigüe todo lo referente a su vida allí, a su trato con los demás. En fin, no quiero dejar nada al azar. Un asesinato es algo muy serio, y mucho más serio aún acusar a una persona, del mismo, sin tener completa certeza.

—¿Cabe la posibilidad de que no fuese ella la culpable? —

preguntó Ross, ansioso.

—Teniente, esa posibilidad cabe siempre en todo caso criminal —sonrió Hannon—. Pero no es frecuente. Nosotros dudamos mientras ello es posible, aunque estemos seguros de la culpabilidad de un acusado. En este caso concreto, puedo decirle que hay mil probabilidades contra una de que ella sea la autora del asesinato.

Dicho esto, el inspector se puso en pie y, despidiéndose de todos, se dispuso a salir. Antes de hacerlo, aún se volvió a Tarleton, ya con la mano en el picaporte, y dijo:

—Si algo anormal sucede, comuníquenmelo urgentemente. El sargento Folk quedará al mando de mis hombres. Él servirá de enlace entre todos nosotros, suceda lo que suceda.

—De acuerdo, inspector —sonrió Tarleton tristemente.

Una vez solo, el director de la clínica volvióse a sus colaboradores y habló:

—Bien, señores, ya ven ustedes nuestra desagradable y enojosa situación. Hemos de tomar inmediatamente la primera y más urgente medida de todas. Doctor Wonkle, disponga el traslado inmediato de la enferma Doris Wolrich al pabellón K, de locos furiosos, con vigilancia especial.

CAPÍTULO VIII

—¿Por qué está preocupado? Usted no tiene la culpa de todo esto.

—No se puede afirmar eso, doctor Harver —dijo lentamente Ross, tirando a un lado la baraja con la que pretendía distraerse en el soleado salón de recreo—. Todos podemos tener algo de culpa en lo que le ocurre a esa muchacha. Confió en mí, yo lo sabía, y no quise ayudarla.

—No podía usted ayudarla. Ni ninguno de nosotros tampoco. Doris Wolrich está loca, es evidente. Como médico, podría certificarlo ahora mismo, sin lugar a dudas.

—Hasta un especialista puede equivocarse alguna vez, doctor Harver.

—Lo admito. Pero este caso ofrece poco terreno a la discusión. Ella había peleado con Grace esa misma tarde...

—Era un motivo nimio.

—Precisamente son los motivos nimios los que inducen a un anormal al crimen. Si existiera el motivo razonado, plausible, entonces sería un ser perfectamente normal. Usted o yo podemos matar por odio, por egoísmo, por celos o envidia muy acentuada. Son sentimientos despreciables, pero humanos. Matar por una pequeñez, es un caso clínico. Ésa es el de Doris Wolrich, teniente. Así que quítese esas ideas de la cabeza. Usted ha obrado sensatamente. Hasta luego, muchacho.

El doctor Harver se alejó. El sol hizo parecer su calva una grasienta bola de billar. Ross se quedó solo en el salón de recreo. No era todavía hora de descender a él los enfermos. Se puso en pie, acercóse al ventanal del jardín, abierto de par en par y examinó con ojos nublados la edificación gris situada al final de la alameda, que una alta verja metálica rodeaba. Dos policías uniformados hacían la ronda alrededor de ella. El pabellón K. Se imaginó a Doris,

abandonada a su terrible suerte, hundida cada vez más en aquel pozo de sierpes humanas. Ahuyentó la idea con verdadero pánico y se alejó del ventanal.

Los sucesos de la noche anterior parecían ya muy lejanos. Ross pensaba que a cada momento podía aparecer Grace, con su impoluto uniforme, su sonrisa estereotipada y su tipo de «starlett» cinematográfica, saludándole volublemente. Era difícil imaginarla fría y rígida en una mesa de mármol del depósito de cadáveres, tal vez destrozada por la autopsia.

Se pasó una mano por la cabeza, sintiendo que le dolían las sienes. Debía alejar toda clase de pensamientos así. Él también había sufrido una lesión cerebral; no era conveniente torturarse con cosas que ya no tenían remedio.

Salíó al corredor y subió al piso donde estuviera antes Doris. Pasó frente a su habitación. Habíanse levantado las ropas de la cama y se palpaba casi la sensación de vacío. Ross dejó atrás la estancia. Acercóse a las duchas y entró, inducido por una curiosidad malsana. Todo estaba limpio y en orden, como siempre. Lo cierto es que tampoco esperaba encontrar cadáveres. Escrutó hasta el último rincón sin saber concretamente por qué lo hacía, y luego volvió al corredor. El sol inundaba de alegría la clínica. ¿Cómo podía haberse cometido allí un crimen pocas horas antes? Parecía todo tan lleno de vida y calma...

Siguió hacia el quirófano. No habían precintado la puerta porque no era precisa la medida, una vez trasladado el cuerpo de la enfermera.

Una cruz en tiza, trazada sobre los baldosines, señalaba el punto donde estuviera por última vez Grace. Ross examinó el lugar, después miró en torno. En un rincón estaba el armario lleno de instrumental de cirugía. Al lado, otro armario barnizado de blanco, con el rótulo «BOTIQUÍN». Inmediato, el cubo de metal cromado que se destinaba a los desperdicios. No habían tocado nada, y aún había dentro gasas y vendas sucias. Ross pasó por encima de todo ello la mirada. Meditó, en mitad de la estancia, sin saber qué hacer.

En aquel momento asomó un enfermero en la puerta. Llevaba un cubo y una escoba en las manos. Ross reconoció a Barrie.

—Buenas tardes, teniente —saludó Barrie, sonriendo—. La doctora Lehman me envió a limpiar esto. Hace dos días que no se

limpia. Creí que estaba vacío.

—No es nada, Barrie. Puede venir a limpiarlo dentro de unos minutos. Tengo poco qué hacer.

—Cuando usted quiera, teniente —Barrie desapareció, y Ross, que había empezado a pensar en algo cuando Barrie le interrumpió con su entrada, siguió meditando sobre lo mismo. Pero era un callejón sin salida, porque carecía de sentido todo lo que estaba ligando.

Miró la puerta vidriera. Sus cristales opacos no permitían ver lo que había tras ellos, si la habitación estaba en penumbra y uno venía de fuera. Una persona oculta en el quirófano, si era sorprendida por alguien... *podía* esconderse *detrás* de la puerta abierta, pegado al muro, y esperar la ocasión propicia para salir sin ser visto.

Le avergonzaba un poco aquella pesquisa ridícula, porque partía de una posibilidad remota e inadmisible: la inocencia de Doris y el afán de alguien por enloquecerla, dos cosas totalmente improbables. Pero que algo en su interior le inducía a no desechar por completo mientras no comprobase si era teóricamente posible.

Aquel hombre, quienquiera que pudiera ser, tenía que haberse pegado entre puerta y muro con sumo cuidado para no rozar el cubo de desperdicios y poner en alerta a Doris. Si ella nada había oído, era señal de que eludió ese roce. Actuando siempre sobre esa teoría, que hubiera hecho reír a Wonkle, a Tarleton y al inspector Hannon, Freddie Ross hizo el movimiento para rodear la puerta y salir sigilosamente. Inevitablemente, su pierna golpeó el cubo, produciendo un sordo tintineo. Aquello no podía ser así... o acaso la policía, en su pesquisa, hubiera cambiado de sitio ligeramente el cubo. Podía ser. Se inclinó para variar de posición el mismo y repetir otra vez la acción.

Entonces se quedó rígido, mirando al fondo del recipiente. Al tocar el cubo para trasladarlo más a la izquierda, lejos de la puerta de entrada, se habían movido unos algodones del fondo. Algo oscuro, brillante, destelló en el fondo.

Inclinó la mano, hurgó entre las gasas y trozos de apósito, hasta aferrar aquel objeto oscuro cuya naturaleza contrastaba un poco en el cubo. Eran cristales. *Cristales azules*. Trozos de unas gafas ligeramente cóncavas.

El fantástico hallazgo le dejó frío. ¡Gafas azules! De un golpe, brusca y violentamente, la teoría imposible se convertía en *la verdad*, única y casi indudable: Doris Wolrich no estaba loca, ni siquiera anormal. Podría ser culpable o no de aquel asesinato, pero el hombre de sus alucinaciones existía. Y si esto era cierto... ¿no podía serlo también todo lo demás?

—Gafas azules. Esto lo cambia todo, teniente Ross —y el doctor Wonkle examinó los vidrios extendidos sobre su palma rugosa—. Absolutamente todo.

—Eso creo, doctor —dijo el militar, con sonrisa radiante.

El psiquiatra le miró directamente a los ojos. Los suyos parecían agujas de hielo.

—Quiero creer que no ha «fabricado» usted esta prueba o cosa parecida, teniente.

—¡Pero, doctor Wonkle! ¿Cómo puede imaginar que yo...?

—Calle. Eso basta. O yo no conozco a la gente, o usted no intervino en esto. Pero me era lícito sospechar. Usted ama a esa chica. Usted haría por ella cualquier cosa, ¿verdad?

—Ahora sí, doctor.

—Y antes también. Pero eso, ni usted mismo lo sabía. Mientras que ahora lo sabe. Sabe que hará cuanto sea preciso por salvarla de... ¿de qué teniente Ross?

Un silencio espeso se abatió sobre ambos hombres. Wonkle dejó lentamente los vidrios sobre su mesa despacho. Ambos estaban solos y la puerta cerrada con llave por el psiquiatra. La conversación era estrictamente confidencial y de gran importancia para todos, especialmente para Doris Wolrich.

—No lo sé —confesó roncamente Ross—. De algo siniestro, horrible...

—Siniestro y horrible. Dos palabras muy sonoras, pero perfectamente huecas, Ross. Tiene que existir un motivo muy serio para intentar volver loca a esa chica. Ella no es de Nueva York, no conoce a nadie aquí. ¿Por qué han tramado todo ese complot para enloquecerla paulatina y seguramente? ¿Y quién, dentro de esta clínica, colabora en ello? Ésas son las dos grandes incógnitas que nos plantean estos inocentes trocitos de cristal.

—¿Piensa decírselo a la policía, doctor?

—No, Ross. No nos iban a creer. Unos meros cristales que usted

asegura haber hallado en el quirófano, ocultos en el fondo del cubo. Yo le creo, ellos no harían igual. Imaginarían que es una maniobra para apartar de nuestro establecimiento el escándalo.

—¿Qué podemos hacer, entonces? —interrogó Freddie, preocupado, perdidos unos cuantos enteros de su anterior optimismo.

—Esperar y hacer indagaciones por nuestra parte. A la luz de su descubrimiento hay otra nueva posibilidad que no debemos dejar de considerar.

—¿Cuál, doctor?

—Que la fuga en el pabellón K ha sido planeada intencionadamente, coincidiendo con el asesinato de Grace. Mientras todos acudían allá, en el momento de confusión se cometió el crimen en el quirófano. No puedo creer en una coincidencia de ambos sucesos. Usted me ha dicho que Grace le telefoneó, diciéndole que tenía algo muy grave que decirle.

—Sí. Ahora, recordando aquello, creo que estaba como *asustada*.

—Debió de descubrir algo que deseaba comunicar a alguien que le mereciese confianza. Y pensó en usted. Ella no hubiera tenido miedo de Doris. Era de otra persona, pues, y posiblemente de esta casa.

—Naufragamos en un mar de cábalas desquiciadas, doctor. Todo está oscuro.

—Todo no, Ross —Wonkle meditaba, mordisqueando distraídamente la uña de su dedo pulgar—. Todo no. Hay algo que podría jurar sin temor a equivocarme.

—¿Y es...?

—Que en el hermano de Doris Wolrich y en su muerte está la clave de todo esto.

Ross no dijo nada. Había pensado ya en eso. Y en el automóvil que atropelló a Doris en la estación Central, y en las tarjetas postales desaparecidas, y en una mujer enlutada que firmó en el registro del cementerio de *Promontory* como Doris Wolrich... Cada cosa iba adquiriendo por momentos proporciones gigantescas. Expuso la idea que más le preocupaba desde un tiempo atrás:

—¿Va a sacar a Doris del pabellón K, doctor Wonkle?

—No aún —dijo él, de modo desconcertante—. Sería como poner sobre aviso a nuestro misterioso enemigo. Ella seguirá allí un

poco más. Y entre tanto, usted y yo investigaremos a fondo, Ross...

Aquella noche, Freddie Ross maldijo estar de guardia en el pabellón D, muy alejado de los restantes, y sin posibilidad de contacto con Wonkle o con alguno de sus amigos. Ardía en deseos de averiguar cosas, de llegar al nudo del asunto, descifrando el enigma. Pero no podía pedir el relevo de la guardia al doctor Tarleton, o este recelaría que algo andaba buscando el joven.

Acudió, pues, puntualmente a su guardia del pabellón D, substituyendo al sanitario Randsome. Era el edificio destinado a veteranos de guerra, donde él ya estuviera hospitalizado al llegar de Corea en un transporte de heridos desde Phusan. Habló distraídamente, sin ningún entusiasmo, con el cabo Nielsen, el sargento Donovan y los soldados Potter y Wagners, compañeros de filas en la estúpida aventura sin gloria ni provecho de la península coreana, que tanta sangre estaba costando al país.

Lo que Ross no sabía es que en otro punto de la clínica, el especialista en Psiquiatría, Wonkle, estaba llegando rápidamente a conclusiones muy importantes...

El médico acababa de terminar una conversación interesante cuando abandonó el pabellón F. Dirigióse al K, por las sendas oscuras del jardín. Su rostro satisfecho demostraba que la verdad se iba acercando a él.

Entró en el edificio destinado a los furiosos. Una larga escalera ascendía al primer rellano. Allí, un agente uniformado, de los que el inspector Hannon dejara custodiando la clínica, dominaba perfectamente la entrada. Conocía bien a Wonkle y le dejó subir sin molestarle pidiendo contraseña alguna. El psiquiatra le saludó brevemente y siguió por el corredor, en busca de la segunda escalera, aquella que llevaba directamente a la planta de alojamiento de los locos. Era tan alta y empinada como la anterior, pero Wonkle no gustaba de utilizar ascensores. Subió ágilmente, pensando si encontraría allí a la persona a quién buscaba.

Se cruzó con una enfermera en el corredor del piso alto, donde se bifurcaban los caminos hacia la sala general de los más apacibles y las habitaciones individuales, herméticamente cerradas y vigiladas, de los casos agudos. En una de aquellas celdas blancas, con toda injusticia, estaba encerrada Doris Wolrich.

Wonkle no se preocupó por esto. Doris saldría pronto de allí.

Pero antes quiso tener una entrevista con ella. Primero hablaría a la joven, interrogándola del modo que fuese para saber si estaba acertado o no. Después, buscaría a la persona a quién él tenía precisión de encontrar.

Dijo a la enfermera, al cruzarse con ella:

—Llame al teniente Ross de mi parte al pabellón D, y dígame que quiero verle aquí dentro de una hora aproximadamente —consultó su reloj—. Sí, exactamente a las doce y media. Que le releve cualquier otro sanitario, por unos minutos.

—Bien, doctor. Iré personalmente a decírselo. Voy al pabellón A y me viene de paso.

Wonkle saludó con un gruñido al fornido enfermero que hacía guardia en el corredor y acercóse, introduciendo la llave en la cerradura de la blanca puerta metálica, en la que sólo una rejilla metálica permitía apreciar el interior, de muros desnudos y muebles metálicos, incómodos y pesados, adheridos al suelo. Doris, tendida en la litera igualmente metálica, alzó la cabeza al oírle entrar. No dormía, y Wonkle lo comprendió perfectamente.

—¡Váyanse, váyanse todos, por el amor de Dios! —gimió ella, con una voz apagada y rota, que resultaba irreconocible, su belleza natural marchitada por el sufrimiento de aquellas horas tremendas. El psiquiatra cerró tras sí—. ¿Por qué, al menos, no me dejan en paz, doctor? Hagan lo que quieran conmigo, confesaré lo que quieran, renunciaré a defenderme, todo lo que sea preciso, pero quiero descansar, estar sola, lejos de todos...

—La comprendo, señorita Wolrich —sonrió Wonkle, tristemente—. Sé que usted no mató a la enfermera Grace. Y sé también que está tan loca como puedo estarlo yo, por ejemplo.

—¿Eh? —Doris se irguió, sin poderse contener. Miró, atónita, al risueño psiquiatra que la contemplaba al final de la angosta habitación, blanca y opresora—. No le comprendo, doctor... Usted... usted me encerró aquí...

—Yo la encerré aquí, en efecto. Pero hay cosas que han cambiado mucho en poco tiempo. Ello no significa que vaya usted a abandonar todavía esta prisión. Pero vamos a hablar usted y yo un rato y... puede que su espíritu se calme definitivamente, mi pobre pequeña. Ha debido de sufrir usted mucho aquí, ¿verdad, señorita Wolrich?

Ross recibió el mensaje dado a la enfermera por el doctor Wonkle. Después de darle las gracias, acudió a pedir el necesario permiso al doctor Harver, director de aquel pabellón. El calvo hombrecillo impersonal escuchó su petición con un asentimiento.

—Está bien, Ross. Dentro de cuarenta y cinco minutos le enviaré un substituto provisional para su galería. Y antes de que se me olvide, quiero recordarle que usted deberá trasladar, antes del amanecer, el cuerpo del soldado muerto en este pabellón esta mañana, al depósito de cadáveres municipal.

—No sabía que hubiese ningún soldado muerto en el día de hoy, doctor —dijo Ross, desagradablemente impresionado.

—Lo hubo, desgraciadamente. Barnaby, aquel muchacho que nos trajeron de Corea la semana pasada. Sus heridas eran muy graves. Hemos podido conservar su vida casi nueve días, pero no pudo hacerse más. Un hombre con las dos piernas destrozadas y el pulmón perforado no hace, de todos modos, demasiado en esta vida.

—Pobre muchacho —dijo Ross, sombríamente—. Otra víctima de esa absurda guerra. Si al menos nos hubieran dejado bombardear Manchuria y cruzar el Yalu...

—Nuestra misión no es discutir eso, teniente —dijo Harver, secamente—. Ellos sabrán lo que se hacen. Por Barnaby, ya no se puede hacer nada. Encontrará el permiso de salida del hospital, con la furgoneta número catorce, en la oficina del piso bajo.

—Bien, doctor Harver. Iré, cuando vuelva a ser relevado de madrugada.

—Hasta luego entonces, Ross.

El joven militar salió del despacho de Harver. La muerte de un compañero de armas en la contienda coreana le había hecho casi olvidar el asunto que traía entre manos. Le sucedía siempre, cuando se perdía un nuevo peón de aquel trágico ajedrez manejado con alegre indiferencia por los políticos de Washington, que nada entendían de asuntos militares. Si a Mac Arthur le diesen carta blanca en el frente de Corea...

Regresó a la galería, donde paseó arriba y abajo durante un largo espacio de tiempo, consultando frecuentemente su reloj de pulsera. Cuando faltaban cinco minutos para las doce y media, llegó el relevo enviado por el doctor Harver. Ross le dio instrucciones al

respecto y partió hacia el pabellón K, sin pérdida de tiempo.

Ya antes de llegar a él, escuchó el revuelo, las carreras y voces procedentes del pabellón de los furiosos. Temiendo algo malo, Freddie aceleró el paso hasta convertirlo en franca carrera. Un policía uniformado le detuvo ante la puerta, hasta que vio su uniforme y Ross, nerviosamente, le mostró el pase interior de la clínica. El agente lo examinó y se hizo a un lado.

—Pase —le dijo—. Aunque no creo que le agrade mucho el espectáculo.

—¿El espectáculo? —Ross enarcó las cejas, inquieto, viendo con el rabillo del ojo a los enfermeros y personal sanitario que corrían de un lado a otro de los pasillos, alocadamente—. No entiendo...

—Ha sido el pobre doctor Wonkle, el médico psiquiatra —informó fríamente el policía—. Se cayó por la escalera del primer piso. Un desdichado accidente...

—¿Está muerto?

—Desde luego. Se rompió la nuca al rodar hasta abajo. Fue instantánea su muerte...

CAPÍTULO IX

Ross apartó al policía, a varios enfermeros que llegaban corriendo y alcanzó el cuerpo roto e inmóvil de Wonkle, al pie de la segunda escalera, cuando sólo había junto a él un agente de policía, una enfermera y un sanitario, los tres intensamente apurados, Ross inclinóse junto a él, examinó el cuello del médico y comprobó que era cierta la afirmación del policía. Nada podía hacerse ya por el desdichado psiquiatra. Junto a él, rotas, yacían sus gafas de montura dorada. El militar las contempló con fijeza y luego elevó los ojos hacia la larga hilera de escalones por donde rodara la víctima.

Eran, desde luego, unos tramos relucientes, blancos, donde fácilmente se podía resbalar y rodar de cabeza, en mortal caída. Pero resultaba extraordinariamente casual que fuera ése el caso de Wonkle, *precisamente* aquella noche.

En el pasillo alto, varios enfermeros miraban inquietos hacia abajo. Ross recorrió los rostros, sin apreciar en ninguno síntoma alguno de emoción especial. De todos modos, no era fácil que quien le empujó mostrase sus emociones públicamente.

Allí no había ya nada a hacer. Wonkle estaba muerto y ya no diría jamás a nadie lo que hubiese podido averiguar en la noche de su trágico fin. Oyó al policía, como si hablase muy lejos:

—Hagan apartar a todos de ahí y cubran el cuerpo con una sábana. Hemos telefonado al inspector Hannon y vendrá enseguida con el juez. Es un caso claro de accidente.

—¿Está usted seguro de eso, agente? —inquirió Ross con sequedad, incorporándose.

—Claro. ¿Usted no? —replicó el policía, sorprendido.

—No lo sé.

Y Ross se alejó, convencido de que no iba a poder demostrar a nadie sus sospechas. El asesino había sabido hacer las cosas. Wonkle

era la segunda víctima —¿o tal vez la tercera?—, pero eso no era probable que la Ley lo viese. Doris, culpable de la única muerte provocada evidente, estaba encerrada en aquel siniestro pabellón. Nadie buscaría nuevas teorías más complicadas.

El joven militar salió al jardín. Todo el sanatorio estaba ya alborotado, al conocer la noticia del mortal accidente. Se dio cuenta turbiamente de que le interrogaban el doctor Harver, la doctora Lehman, el enfermero Barrie, y que a todos les daba la misma respuesta, como un disco de gramófono atascado:

—El doctor Wonkle. Se ha matado en la escalera del pabellón K.

¡Se ha matado! Era absurdo que él dijese aquello, cuando sabía que no era cierto, que el mismo asesino suelto por las blancas salas de la clínica, había asestado de nuevo su golpe certero sobre el doctor Wonkle. Y todo por algo que aún escapaba a su imaginación...

Pensó en Doris. Aquello la hundía definitivamente. No había nadie ya en quién confiar. Incluso era probable que los vidrios azules, su única y pobre evidencia, hubiesen desaparecido de los bolsillos de Wonkle.

¡Los bolsillos de Wonkle! Pensó en ellos con insistencia. ¿Por qué? Era ingenuo esperar la presencia de una prueba en ellos. Pero entonces, ¿por qué pensaba en aquellos bolsillos una y otra vez? ¿Por qué...?

Lo asoció con Doris y tuvo la solución: las llaves del pabellón K. Era fantástico, una utopía nada consistente. Pero se podía intentar. Audazmente, jugándoselo todo sin posibilidad alguna de ganar...

Freddie Ross llegó a una decisión. Y cuando él se decidía por algo, lo realizaba contra todo y contra todos. Su primera providencia era llegar hasta aquellas llaves, guardadas en un bolsillo del médico muerto.

Volvió al pabellón K. Esperó allí la llegada del inspector Hannon y del juez. Cuando se procedió al levantamiento del cadáver y su traslado provisional a un quirófano del piso, Ross entró con el inspector, con el doctor Tarleton, la doctora Lehman y el doctor Harver. Escuchó con indiferencia la relación de los hechos porque nadie, en ningún momento, expresó siquiera la posibilidad de que aquello no fuese un accidente. Se lamentó la desgracia, se dijeron

cosas que a Wonkle le hubiera gustado oír sobre su persona y su profesión, y ahí terminó todo. Un agente dejó sobre la mesa, en un blanco pañuelo, los objetos encontrados en los bolsillos del psiquiatra. Ross se fijó bien en todo ello: no había ni rastro de los fragmentos azules.

Lo que parecía fascinarle era la presencia de un pequeño manojó de llaves, aparentemente iguales todas. Pero cuyo llavero, en forma de disco dorado, sólo tenían los especialistas, con entrada libre en todos los pabellones y estancias de su designación. Ross palpaba en su bolsillo su propio llavero, similar a aquél, excepto en el dichoso disco. Era muy atrevido lo que iba a intentar. Pero acaso resultase...

Al dirigirse todos a la salida del quirófano, dejando el cuerpo de Wonkle sobre la mesa de operaciones, en espera de su posterior traslado al depósito, un agente recogió el pañuelo con los objetos. Y fue entonces cuando Freddie chocó con él, arrojando todas las cosas al suelo.

Balbuciendo una excusa, Ross inclinóse velozmente, adelantándose a la acción del policía. En su puño cerrado, iba el nuevo llavero. Rápido, recogió casi todos los objetos caídos, cambiando un llavero por otro. Con la mano derecha libre, tendió al agente cuánto alcanzó, mientras el mismo policía los unía a los suyos propios.

—Soy un torpe —sonrió Ross—. Perdóne.

—No tiene importancia —el agente contó por encima el número de objetos, teniendo a Freddie en vilo, por si advertía el cambio. No fue así y el otro dióse por satisfecho al comprobar que no había perdido nada.

—Ha sido una lástima —oyó decir Ross, al salir, en boca del doctor Tarleton—. Nuestro más eminente psiquiatra, perdido para siempre. Mi establecimiento pasa una mala racha estos días. Un asesinato, la muerte de un paciente militar y un accidente también mortal en menos de veinticuatro horas. Verdaderamente deplorable, inspector...

—Yo también lo lamento, doctor. Pero en estos casos no interviene mi jurisdicción para nada. Deseo hablar con usted ahora acerca de la paciente, la señorita Wolrich, pero si se halla afectado por la desgracia, preferiría que conversásemos mañana por la mañana.

—Sería preferible, inspector, desde luego.

Ross ya no escuchó más. Salió al jardín, acariciando entre sus dedos las preciadas llaves. Tenía el tiempo en contra. Antes del amanecer, era forzoso dejarlo todo hecho o fracasaría el plan. Ciertamente que aún quedaba lo más difícil, pero con aquellas llaves en la mano, como un «ábrete, sésamo» de efectos seguros, su decisión y su astucia pondrían el resto. Cuando hubiese transcurrido un tiempo prudencial y reinase la calma en el pabellón K...

A las cuatro de la madrugada, Freddie Ross dejó su turno en manos de otro enfermero. En el pabellón de los veteranos había tranquilidad absoluta, lo cual le ayudaba considerablemente. Abandonó el edificio, saliendo al jardín.

Confiaba en que el asesino no le vigilase a él también. La idea de que en la oscuridad del jardín pudiese ocultarse un criminal despiadado, no le hizo mucha gracia. Pero avanzó decidido, recordando los incidentes de la fuga del loco la noche anterior. Aquello podía ayudarle mucho... siempre que la alarma no se extendiese antes de tiempo.

Entró sin dificultades en el pabellón K. El policía le saludó, desde su puesto de guardia. Ross respondió, pensando que lo difícil sería volver a salir cuando todo estuviera hecho.

Subió la primera escalera, después la segunda, donde Wonkle encontrara la muerte, y alcanzó el corredor de las habitaciones de los locos. Allí el silencio no era tan absoluto como en otros pabellones. En algunas de las estancias de casos agudos, chillaban o gemían los pacientes. Algún desdichado, más lejos, canturreaba con horrible tono una canción de cuna irlandesa. La idea de que Doris llevaba allí un día entero le sublevó. No había enfermera alguna en el corredor. Sólo una, posiblemente dormida, al final del corredor, tras las vidrieras de la sala general. En cambio, en el ala de habitaciones cerradas, únicamente un sanitario haciendo solitarios con una baraja en su mesita, crudamente alumbrada por una pequeña lámpara de buena potencia.

El hombre alzó la cabeza al oír pasos en el suelo embaldosado.

—¿Qué busca, teniente, por aquí a estas horas? —preguntó el enfermero.

—El doctor Tarleton quiere saber cómo sigue la paciente Doris Wolrich. Ya sabe, la que estranguló a Grace anoche...

—Oh, esa chica —el enfermero sacó un as, sonrió ampliamente y luego se encogió de hombros—. Parece que está tranquila. El doctor Wonkle estuvo a verla poco antes de matarse. ¡Pobre hombre!

Ross se envaró al saber que Wonkle estuvo allí. Aquello no lo sabía él. ¿Qué pudo ir a hablar con Doris Wolrich? Aparentando naturalidad, avanzó hasta quedar junto a la mesa del enfermero. Éste tiró a un lado un inoportuno nueve de pique, al que siguió el rey de trébol, una carta que colocó en su sitio con satisfacción.

—Traigo un pase del doctor Tarleton para ver un momento a la enferma —dijo Ross, introduciendo la mano en su camisa caqui.

—¿Sí? —El enfermero se sorprendió—. ¡Qué raro! Nunca permiten a nadie venir a este ala del pabellón, teniente.

Ross extrajo un pase azul de la oficina de Tarleton. Tenía varios, extendidos en blanco. Había falseado el número del piso del pabellón, pero no era fácil advertir la falsificación. El enfermero lo leyó por encima, sobre todo al ver en la mano de Ross el llavero con el disco dorado.

—Ah, ya veo que trae las llaves y todo. Eso basta. Pase, y sea breve, teniente.

Ross introdujo la llave en la cerradura. Afortunadamente, era una llave maestra, común a todas las celdas individuales. Mientras lo hacía, un sudor frío bañaba las palmas de sus manos. Sentía fija en él la mirada curiosa del enfermero y la de unos ojos negros y relucientes, desde el otro lado de una puerta de aquéllas. La voz lejana cantaba ahora su canción de cuna como si fuese una letanía o un réquiem. Se estremeció. Aquel ambiente le angustiaba.

Algo se rebulló dentro de la habitación cuando Ross franqueó la entrada, cerrando rápidamente tras sí. Una figurilla se agitó en la cama. Ross habló rápidamente:

—Por Dios, no grite ni demuestre sorpresa. Soy yo, Ross.

—¡Dios mío! —La voz de la muchacha sonó, llena de esperanzas—. ¿Me van a sacar ya de aquí?

—Al menos lo vamos a intentar —dijo él, rápidamente.

—¿Le envía el doctor Wonkle, Ross?

—El doctor Wonkle no puede enviar ya a nadie, Doris. Se mató por la escalera después de venir a verla a usted.

—¡Cielos! —Ella ahogó un gemido de angustia y decepción—. Entonces, seguimos igual. Pero ¿de veras fue «caída»?

—Ésa es la versión oficial. Yo creo que le empujaron, pero mi opinión no cuenta. Wonkle era el único que podía ayudarnos. Ahora, estamos solos por completo. Escúcheme bien, Doris.

—Le escucho —la respiración de la joven era agitada.

—He preparado un uniforme nuevo de enfermera en el montacargas de las cocinas, que comunica con el primer piso de este pabellón. Si nadie se mete por medio, complicándolo todo, tendremos el montacargas abajo. Usted se pondrá ese uniforme y saldrá conmigo por la puerta principal, completamente al descubierto. La audacia será nuestra mejor arma, en esta fuga. Y con suerte, podemos abandonar el pabellón K.

—Bien. ¿Y después...?

—Después... Dios quiera que todo salga lo mismo. Adelante, Doris. Vístase.

—Pero ¿y ese hombre, el enfermero?

—De ése me cuido yo. Prepárese, Doris. Grite algo, lo que quiera... Pero no demasiado.

Ella vaciló un segundo. Luego, lanzó un chillido ahogado, se agitó produciendo un gran ruido, y Ross añadió su parte, descargando unos golpes en los muros. Acercóse a la puerta y llamó, ronca pero fuertemente:

—¡Eh, enfermero, venga deprisa! ¡Se ha puesto furiosa, ayúdeme!

—¡Maldita sea! —Gruñó el otro, soltando reñidamente sus naipes—. ¡No saben tratar a los chiflados...!

Entró apresuradamente en la estancia. Nunca supo lo que sucedió. Porque algo duro, rígido y violento, que acababa, de extraer Ross de su camisa, se estrelló contra su cráneo abatiéndole como un saco pesado contra el pavimento. Rápido, Ross cerró la puerta de nuevo. Vivamente, apremió a Doris:

—¡Rápida, Doris! ¡Tenemos que aprovechar cada segundo, antes que noten la ausencia del enfermero!



Se inclinó, mientras ella se cubría con su burdo pijama de una pieza, propio de los furiosos reclusos en el K, y ató las manos a la espalda del enfermero, con su propio cinturón de piel, dejándolas bien aseguradas. Luego, metió en la boca del hombre un gran pañuelo hecho una pelota. De ese modo quedaba a buen recaudo

por el tiempo preciso.

—¡Vamos, Doris! ¿Estás lista ya?

—Sí. Adelante, Ross.

Salieron al corredor. No había nadie a la vista. Cerraron la puerta y avanzaron por el pasillo cautamente. Cualquier intruso que asomara, echaría a perder todo el plan tan desesperadamente puesto en práctica.

—Creo que esto no puede salir bien, Ross —susurró ella.

—¡Chis! —Ross la miró compasivo, al notar a la fuerte luz del corredor sus profundas ojeras violáceas y su demacración. Doris no era ni sombra de la que conociera días antes—. Sígueme y no malgastes energías en hablar. Puedes necesitarlas luego.

Ella obedeció, callando todas las preguntas que deseaba hacer. Siguió al militar en dirección contraria a la escalera y a la bifurcación de galerías. Al fondo, la puerta blanca del montacargas asomó, inmediata a la habitación donde las enfermeras preparaban las bandejas de la comida para los enfermos, según iban subiendo los alimentos de las cocinas.

Aquellos pasos hasta el anhelado punto de destino, fueron los peores. A Ross se le hicieron una verdadera eternidad. Pero cuando alcanzaban el montacargas, sucedió precisamente lo que tanto temían.

Un rumor de voces llegó hasta ellos. Procedía del pasillo inmediato al montacargas y parecían dos voces, una de hombre y otra de mujer. Ross obró con premura. Abrió la puerta del montacargas y metió casi a empellones a Doris en su angosta cavidad, encima del blanco y planchado uniforme de enfermera allí colocado. Él, rápido, cerró la puerta y se metió como una centella en el cuarto de distribución de comidas, en medio de pilas de platos de metal, cubiertos y vasos igualmente de estaño o lata. Conteniendo la respiración, aguardó.

Una enfermera y un sanitario aparecieron, deteniéndose junto a los cristales de la entrada. Ross captó fragmentos de su insulsa conversación sobre la conveniencia de inyectar adrenalina a un individuo de la sala general con ataques frecuentes, y que ahora se encontraba en una de sus graves crisis. Otra eternidad transcurrió, hasta que la pareja se alejó, definitivamente.

Rápido, Ross volvió al montacargas y se asomó. Doris, entre

asustada y tensa, le sonrió débilmente. Habíase puesto la bata de enfermera e intentaba hacer lo mismo con la cofia en el estrecho recinto. No perdía el tiempo. Ross le aconsejó:

—No olvides las medias blancas, Doris. Un detalle así sería funesto. Los policías se fijan en todo, y hay por lo menos dos o tres entre los cuales tendremos que pasar.

Ella asintió. Ross se metió con ella en el montacargas, cerró como pudo la puerta desde dentro y tiró con suavidad de la cuerda del contrapeso, descendiendo a buena velocidad, chirriando el mecanismo endiabladamente. Doris, aferrada a él, hizo un alto en su atavío.

Cuando el montacargas se detuvo, estaban en el sótano del pabellón. Al final de un oscuro pasillo desierto, brillaba la luz anaranjada de las cocinas. Mientras Ross se volvía de espaldas, Doris se puso las medias y los zapatos que le proporcionara Ross. El joven tampoco había descuidado un detalle.

—Bien, ya estoy —dijo Doris en un susurro.

Ross giróse hacia ella. Estaba muy linda de enfermera, a pesar de su desmejorado aspecto físico. El joven no pudo por menos de compararla con la agresiva belleza de Grace, y Doris venció por muchos puntos en su criterio. Era una criatura encantadora y desvalida.

—Vamos, entonces. El policía de guardia ante la puerta de las cocinas me conoce menos que el de la principal y siempre será menos arriesgado.

Había un solo agente uniformado, que les miró curiosamente al salir ellos. Sobre todo fijó la mirada en Doris, que inclinaba ligeramente los ojos, pero sin esquivar la cara al policía. Al saludo de Ross, llevóse la mano a la gorra y gruñó algo, sin prestarles más atención. Con un hondo suspiro apenas contenido, ambos jóvenes salieron al frío de la noche que llenaba el jardín de estrellas. Pronto palidecerían con la llegada del día. Doris respiró la brisa a pleno pulmón.

—¡Es maravilloso, Ross! —dijo—. Esas flores huelen como nunca... y las estrellas son maravillosas desde aquí.

—Las estrellas son siempre hermosas, Doris. Lo serán más, fuera de este edificio.

—¿Cree que lo va a conseguir?

—A ello vamos. Sígame como hasta ahora. Falta poco para amanecer. Necesitaremos correr un poco. Va, usted a salir de la clínica, en lugar de un pobre soldado muerto hoy, de resultas de sus heridas. Al menos, su sacrificio habrá servido para salvar a un semejante, si no para algo mejor. A él ya le da igual este depósito que otro. No protestará por ello, Doris. Usted, ocurra lo que ocurra, no se mueva de donde yo la pondré y...

CAPÍTULO X

A las cinco menos diez, la furgoneta del depósito de cadáveres salió de su aparcamiento subterráneo. Dentro del depósito, escondido dentro de un armario horizontal, quedaba el mismo cuerpo que, oficialmente, salía con aquel vehículo para la Morgue. Pero una forma inmóvil, rígida, iba en su interior, cubierta por la blanca sábana.

Freddie Ross, al volante, iba con las mandíbulas encajadas, algo más pálido que de ordinario. Pero sereno, tranquilo, decidido a todo.

—¡Alto! —ordenó una voz cuando alcanzó la verla de salida al exterior. Dos agentes se acercaron a la furgoneta. Uno de ellos se aproximó a la portezuela, mientras el segundo lo hacía a la puerta posterior del vehículo. Roso sintió un fino sudor humedeciéndole la piel tersa de su frente. Con el rabillo del ojo le vio a través de la ventanilla posterior de la cabina, abriendo la puerta de par en par, escrutando el frío interior metálico del coche, con intenso olor a ácido fénico y a desinfectantes.

—Hola, agente —saludó el joven, con una sonrisa—. Soy el teniente Freddie Ross, del servicio sanitario de la clínica. Conduzco el cuerno del soldado Barnaby al Depósito Municipal de cadáveres.

—¡Hum! A la Morgue, ¿eh? Un viaje de placer —el otro examinó el pase firmado por el doctor Harver y sellado en la Dirección, autorizando la salida—. Tenemos que examinar todo lo que sale, teniente. Ya sabrá usted, por esa chiflada peligrosa que tienen encerrada ahí dentro...

—Ya sé, ya... —Ross sudaba copiosamente ahora. Sus dientes se le clavaban en los labios. Por la ventanilla vio al otro policía, en la trasera, acercándose a la sábana blanca y tomándola por una punta para alzarla.

Allí se terminaba todo. Ross se dispuso a pisar el acelerador,

partiendo como una saeta en cuanto el otro alzase la tela reveladora. En aquel momento, cuando el policía le reintegraba su pase, gritó a su compañero:

—¡Eh, Butch, deja eso! Es un fiambre para la Morgue.

El otro soltó la sábana como si quemase. Hizo un gesto de aprensión y cerró las portezuelas. Ross tragó saliva y hubo de contener el hondo suspiro que pugnaba por escapar.

—Adelante, amigo —dijo el policía—. Buen viaje y no se quede por allá.

Rió su gracia, y aunque el chiste no era de buen gusto, Ross soltó una seca carcajada que le sirvió de expansión a los nervios contenidos. Hizo un ademán alegre con la mano y partió a buena marcha, dejando atrás el edificio gris y blanco del establecimiento, cuyas letras luminosas, «Manhattan Medical Center», quedaron bien pronto atrás como, un lejano recuerdo angustioso en sus mentes. Volvióse y golpeó los cristales, con lo que la sábana se agitó, fue echada a un lado, y el supuesto «cadáver» saltó, lleno de vida. Ross frenó al borde del sendero flanqueado de setos, que Riverside Drive abajo conducía al corazón de la isla de Manhattan. No pasaban más que algunos coches en ambas direcciones pero ninguno prestó especial atención a aquel que, con los emblemas sanitarios en sus portezuelas y carrocería, se detuvo un instante, permitiendo salir del compartimiento trasero a una linda enfermera que pasó a ocupar el asiento contiguo al volante. Ni mucho menos se hubieran preocupado de ver lo que luego siguió.

Porque Doris Wolrich, con los ojos llenos de lágrimas, se arrojó en brazos de Ross y respondió al beso apasionado que el joven militar le dio en los labios, musitando:

—Freddie, amor mío... Gracias por todo...

Y Ross, en vez de contestar a eso, siguió besándola.

—«... Los fugitivos del “Manhattan Medical Center”, señoras y señores radioyentes, son el teniente Frederick Ross Tamblyn, vestido con el uniforme de su graduación, y la enferma Doris Wolrich, natural de Milledgeville, vestida de enfermera según un agente de policía que la vio salir sin sospechar quién era. Ella es una loca homicida peligrosísima, y se supone que el teniente Ross tampoco debe hallarse en el uso completo de sus facultades mentales, según testimonio especial del doctor Tarleton, director del

establecimiento médico. Procedemos ahora, señores radioyentes a describirles del mejor modo posible a estos dos peligrosísimos sujetos, actualmente en libertad en nuestra ciudad, y a quienes la policía persigue tenazmente...».

Ross cortó la emisión. Consultó después su reloj. Eran las ocho y media de la mañana. Habían tenido disponible más tiempo del que en un principio esperase. Pero ahora ya había estallado la bomba. Y hasta en una ciudad tan grande como Nueva York, huir de una legión de policías es tarea de titanes. Ross sabía eso.

—Bien, Doris, ya estamos en danza —dijo, volviéndose hacia la muchacha—. No nos conceden mucho descanso.

—Ha sido una locura, bien mirado —dijo ella, alzando la cabeza sin moverse del borde del lecho en que estaba sentada en aquel hotel de Fulton Market, al extremo sur de la ciudad—. Volveremos allá, en peores condiciones que antes.

—No volveremos, si ello es humanamente posible, Doris. Tenemos que investigar juntos, querida. Investigar el misterio que te rodea, por qué Grace y Wonkle fueron asesinados, por qué apareció el cadáver de aquel hombre de gafas oscuras, por qué se rompieron aquellas gafas, por qué se evaporó el cuerpo, por qué quisieron volverte loca...

—Investigar todo eso... huyendo de la policía, de un millón de seres que oirán nuestras señas por la radio, que verán nuestras fotografías en la Prensa. ¿No es un poco difícil eso, Ross?

—Mucho. Pero tenemos datos en qué basarnos, Doris. Sólo nos falta método, tiempo. Éste es el que no nos sobra. Veamos, Doris. ¿Tú qué harías ahora?

—Convencerme a mí misma de que no estoy realmente loca. Tener una prueba, concreta de que la conspiración contra mi existe, aunque me parezca absurda.

—¿Cómo obtendrías esa prueba?

—Dejé encargado en Milledgeville a mi cartero que me reexpidiese a Lista de Correos de Nueva York, toda la correspondencia que recibiese. Yo avisé telegráficamente a Marty de mi llegada. Pudo cruzarse con alguna tarjeta suya...

—Bien. Vamos a ir allá. El dueño de este hotel no nos denunciará, aunque vea nuestra fotografía en los diarios. Me conoce hace años y me debe algunos favores. Por eso vine contigo aquí.

Dentro de un momento me subirá ropas de paisano, hasta que pueda ir a comprar yo mismo algún traje confeccionado. Una vez cambiado, iremos a Correos. Pero ya te he dicho que Marty...

—Sí, lo sé. —Volvió a nublarse el rostro de la joven. Las lágrimas asomaron a sus ojos—. No puedo creerlo, Ross. Y esa historia de la lápida, y de la hermosa enlutada...

—Bien, eso lo aclararemos más tarde, Doris. Ahora, vamos a ir a Correos.

—No hay más que esto, señorita —informó cortésmente el funcionario postal, tendiendo a la joven una tarjeta con las señas tachadas en rojo. A Ross le dio un vuelco el corazón cuando vio el brillante colorido de la Quinta Avenida en la fotografía de aquella postal. Doris suspiró hondamente y se apartó de la ventanilla, antes de que su rostro se grabase excesivamente en la memoria del funcionario.

—¿Lo ves, Ross? —gimió ella, tendiéndole con mano temblorosa la postal—. Marty vive. Y toda mi historia era cierta.

Ross tomó la tarjeta. Estaba escrita parcamente, con buena letra y tinta de color verde fijo.

«Querida hermana:

»Espero me avises a tiempo tu llegada a Nueva York, para irte a recibir a la estación, pues en una ciudad tan grande como ésta, te perderías. Si por cualquier causa no pudiese acudir a la estación a por ti, telefonéame desde el mismo andén al teléfono que sabes. Te quiero mucho y estoy deseando verte. Mi trabajo va bien, como siempre. Te tengo preparados algunos regalos.

»Tu hermano,

»Marty».

Ross se la devolvió, pensativo. Vestido de paisano, con gafas de sol oscuras, parecía diferente. En cuanto a Doris, con sus modestas ropas actuales y maquillada cuidadosamente, tampoco guardaba gran semejanza con la descripción radiofónica.

—Demuestra que tú tenías razón. La fecha es de este mes, igual que el matasellos. Pero no prueba que Marty esté vivo. Es más, si es

cierto lo que yo sospecho, alguien, antes de morir él, le hizo escribir una serie de tarjetas para ser enviadas espaciadamente, dando la impresión de que vivía.

—¿Pero por qué?

Habían salido a la calle. Un mozalbete voceaba la segunda edición matinal del «Herald Tribune», con su primera página dedicada a la fuga de una loca peligrosa y de su cómplice. Pasaron rápidamente junto a él, echando una ojeada a las fotografías defectuosas de la portada.

—¿Por qué? Eso es lo malo de este asunto, Doris. ¿Por qué? Todo tiene una razón en el mundo, pero esto no parece tenerlo. Se ha dejado todo dispuesto de modo que parezca que tú sabías ya el fin de tu hermano y has sufrido con ello tal impresión que imaginas recibir cartas suyas y vienes en su busca. Yo sólo veo, en buena lógica, una razón para hacerte aparecer como tal y ser recluida: que no sigas adelante buscando a tu hermano.

—Tampoco eso lo veo claro, Ross. Él murió de difteria, según me dijiste...

—Eso creen. A veces, un médico puede equivocarse. O pueden inocular a un hombre el virus de cualquier enfermedad. Se ha hecho otras veces. Marty pudo ser *asesinado*, Doris.

—¿Él? Es absurdo...

—También lo es que alguien utilizase tu cinturón para ceñirlo a la garganta de Grace, cuando ésta había descubierto algo importante. O que se empujase a Wonkle por la escalera. Y sin embargo, se hizo. Todo por el mismo motivo. Siempre he creído, desde que vi aquellos cristales azules, que encontrando a Marty Wolrich encontraríamos la verdad. Pero no podemos meternos en su tumba, sino ir más allá, a su vida, a su muerte...

—Wonkle también me dijo algo al respecto anoche, cuando me visitó —dijo Doris, sin cesar de caminar al lado de Ross por las transitadas calles de la ciudad—. Creía que alguien me llevó premeditadamente a la clínica de Tarleton, porque una persona de la misma estaba en contacto directo con quién me atropelló a la salida de la estación. No sé si pensaban matarme o simplemente aturdirme para ser conducida allí. Pero creo que todo es rebuscado y cruel, Ross.

—Rebuscado y cruel. Así es todo el asunto, Doris. Por eso habrá

que retorcer mucho las cosas para llegar a una conclusión. Ven, creo que necesitamos tomar algo caliente. En ese bar repondremos fuerzas.

—¿Y si alguien nos reconoce, Freddie? —preguntó ella, resistiéndose a seguirle.

—Querida Doris, no hay mejor medio de huir de la picadura de la abeja como sentarse junto a su colmena. Creo que cuanto más se esconde uno, tanto peor.

Entraron en un bar restaurante de la Calle 40. Ocuparon una mesa arrinconada, y pidieron un frugal desayuno. Ross, tomando entre las suyas una mano fría de Doris, habló gravemente:

—Háblame de Marty. ¿Qué puedes contarme de él?

—Muy poco. Lo mismo que le dije a Wonkle, cuando me visitó en la celda.

—Wonkle ha muerto. Repítemelo todo *a mí*, querida. Confía en este pobre loco que se ha metido a detective, con un poco de caballero del Rey Arturo y otro poco de Rocambole. Anda, Doris. No omitas nada, pequeña.

Ella sonrió, animada, reclinóse sobre el verde tapizado plástico de su butaca y empezó suavemente, con voz sólo audible para Ross:

—Verás, Freddie. Marty vivía bien en Milledgeville. No le faltaba trabajo en el diario local, el «Clarion», ni tampoco en la industria de artes gráficas del gordo Sam. Pero él aspiraba a más, y decidió venirse a Nueva York. Siempre gastó demasiado dinero. Le gustaban las chicas, ¿sabes? Demasiado. Creo que su idea de marcharse de la ciudad fue por cierto enredo con una muchacha. En resumen, yo tuve que reunir casi todos mis ahorros para que él se marchase una madrugada, en el primer tren, a Nueva York. Marty tardó algún tiempo en escribirme. Cuando lo hizo, fue para enviarme su primer dólar, ganado honradamente en esta ciudad, trabajando en una buena empresa industrial, la «Graphical Eastern Corporation», de ediciones para el extranjero o cosa parecida. Tenía un buen sueldo y no me necesitaba ya. Me devolvió céntimo a céntimo lo que le presté, diciendo que guardase siempre aquel primer dólar, para algún día ponerlo en un marco con un rótulo que dijese: «Esto se lo arrancó Marty Wolrich a la jungla de cemento y asfalto del Hudson, después de sudar lo suyo». Siempre tuvo buen humor.

—Bien, ¿y qué ocurrió después?

—Marty prosperó aún más. Quería que viniese a reunirme con él, y dejara mi viejo museo de libros y de gentes apergaminadas, como él lo llamaba humorísticamente. No pensaba hacer tal, pero sí venir a verle y pasar un mes de vacaciones en el sitio que más deseaba conocer: esta maravillosa ciudad. Por cierto, que sobre el mes de mayo me escribió una larga carta, cosa poco habitual en él que, como siempre decía, con una buena postal en color me daba una alegría y con dos líneas quedaba bien. En esta carta me dijo que, lamentándolo mucho, quería pedirme que no viniese a Nueva York hasta que no mejorasen las cosas, que había tenido un revés y que se encontraba algo indispuerto de resultas del mismo. No me dijo qué clase de revés era, pero yo me alarmé y quise saber algo más, escribiéndole acto seguido, para interrogarle sobre lo sucedido. Su siguiente respuesta fue otra postal, ya más optimista, diciendo que se encontraba perfectamente, que todo fue debido a un mal momento, y que podía venir cuando quisiese. Volvía a ser el de siempre y bromeaba, diciendo que si quería podía enviar al diablo aquel dólar primero, que esta ciudad era un asco y que se iría en cualquier momento a otra mejor, aunque fuera en otro país. Marty nunca fue demasiado constante en sus cosas.

—¿Y dices que esa carta fue enviada en mayo? ¿Recuerdas qué fecha llevaba?

—No, pero... puedo fijarla sobre los días 10 al 18 de mayo.

—Y tu hermano fue enterrado en «Promontory» el día 15 de mayo, Doris...

CAPÍTULO XI

Doris miró a Ross con ojos muy abiertos. Tembló su pulso al tragar el café puro, con unas gotas de leche. Fuera, a través de la vidriera, vieron pasar a un agente de uniforme. Ambos volvieron rápidamente la cabeza, dándole la espalda. Pero el policía continuó y se fue. Doris respiró hondo antes de continuar en tono vacilante:

—Tal vez... tal vez esa carta fue la última que escribió *por propia voluntad*.

—Es muy posible. —Ross estaba ceñudo. Ideas opuestas le danzaban por la cabeza. Trataba en vano de agruparlas, de formar un todo homogéneo. Pero era imposible de momento—. Tenemos que buscar a alguien en Nueva York, Doris, a alguien a quién ni siquiera conocemos ni sabemos dónde vivirá ahora.

—¿A quién, Freddie?

—Se llama Holstrom y tenía una pensión en la Calle 112. Allí vivía tu hermano, Doris.

—Es cierto. Mencionaba a un tal Holstrom en una de sus postales... o acaso fue en aquella carta, no sé. Decía que era un buen hombre, pero algo raro.

—El mundo está lleno de buenos hombres algo raros, que cometen crímenes por odio, por dinero o... por mujeres. A tu hermano le gustabas éstas, ¿no?... Es raro que no tuviese novia en Nueva York.

—Sí, es raro. Yo sé lo pregunté en una de mis cartas. ¿Sabes qué contestó? Que sólo le gustaban las chicas con las que no hay complicaciones, y que Nueva York estaba lleno de ellas. No hacía falta tener novia formal para ir con una chica al cine o de excursión... o a cualquier sitio.

—Imaginemos que decía la verdad. Cualquier mujer puede complicarle a uno la vida.

—Incluso yo, ¿verdad? —sonrió ella, rozando su mano sobre el

mantel de la mesita.

—Incluso tú —sonrió Ross, dejando encima de un plato un billete de dos dólares y poniéndose en pie—. Vamos, Doris. Hay cosas que hacer. Tengo una idea. Es algo fantástica y puede que no signifique nada. Pero vamos a ir a las oficinas de un diario cualquiera.

—¿Te has vuelto loco, Freddie? Nos reconocerán en cuanto entremos.

—Eso mismo es lo que todos supondrían. Por eso a nadie se le ocurrirá asociarnos con los fugitivos. ¿Quién se iba a meter por sí solo en la boca del lobo?

—Tú y yo —dijo Doris, sonriendo aunque todavía asustada.

—Exactamente. Eso es lo que vamos a hacer enseguida, cariño.

Y salieron rápidamente del café, chocando casi con un puesto de periódicos lleno de distintos diarios cuyas primeras páginas eran todas lo mismo: gruesos titulares y dos fotografías que raramente variaban. Las de los fugitivos del «Manhattan Medical Center».

Un taxi les llevó a las oficinas del «Daily» en menos de cinco minutos. Entraron los dos en el vasto edificio de piedra, mármol y cemento, acercándose a la parte rotulada: «Archivos - Biblioteca».

—Entra, Doris. Eso es tu especialidad, ¿no? Creerás hallarte en Milledgeville de nuevo. No tengo mucha práctica en fisgonear bibliotecas, pero tú puedes ayudarme. Búscame el tomo de ejemplares archivados, correspondiente al mes de mayo de este año.

Doris no dijo nada. Sin separarse de Ross, mirando a uno y otro lado recelosamente, pasó por entre las hileras de mesas de brillante madera barnizada, los bancos y las estanterías donde más de cincuenta años del «Daily» se acumulaban para la posteridad. Eligieron una mesa algo alejada de las demás, Doris fisgó en una estantería y regresó con un grueso tomo rotulado con la indicación «Abril - Mayo - Junio», y la fecha de aquel año. Ross lo tomó casi febrilmente de sus manos, lo extendió sobre la mesa y lo abrió, hojeando rápida y seguramente, en busca de lo que posiblemente ni siquiera existiese más que en su imaginación. El día 10, aparte de las noticias poco halagüeñas del frente coreano y unas declaraciones poco sensatas de Truman, no había virtualmente nada. El 11 seguía en el mismo tono, con la única excepción de un crimen pasional cometido en Queens, profusamente ilustrado con fotografías poco

decentes. El 12, nada. El 13, tampoco. Pero el día 14 apareció «aquello».

Ross lanzó una exclamación de júbilo incontenible. Nervioso, ante el asombro de Doris, mostró la tercera página del diario, adonde se había relegado la información, por la mayor importancia de las noticias bélicas y políticas del momento.

—¡Mira, Doris, *esto* es lo que yo buscaba!

Ella se acercó más aún a Ross, clavó los ojos en los titulares gruesos, en la información que, en letras más reducidas, seguía debajo:

«Importante falsificación de moneda descubierta por agentes del

F. B. I.

»Tras activas e inteligentes pesquisas, la Brigada especial de Investigación Federal sobre la Moneda, ha dado con la más importante falsificación de billetes de uno, cinco y diez dólares últimamente realizada. Apresados casi todos los componentes de la organización, sólo dos personas han escapado a la acción de la Justicia, por desconocer sus nombres los mismos componentes de la banda de falsificadores: son éstos el jefe o director de dicho delito y el grabador que logró unas planchas casi perfectas. Las planchas, asimismo, no han sido localizadas. El

F. B. I.

sigue activamente sus investigaciones y confía en una rápida, solución de este delito. Véanse crónicas de nuestro reportero especial, en las páginas siete y once, con amplia información gráfica del suceso y de las detenciones».

Rápido, Ross giraba páginas hasta llegar a las indicadas. Fijó la mirada en las reproducciones de los billetes falsificados. Doris, sin acabar de comprenderlo todo, preguntó a Ross:

—Pero... ¿qué significa eso, Freddie? ¿Qué relación puede tener con nosotros?

—Doris, tu hermano te pidió que guardases su primer dólar ganado en Nueva York. ¿Lo guardaste como él te dijo?

—Sí, Ross, pero no veo...

—¿No puedes recuperarlo de algún modo, solicitar a Milledgeville que te lo remitan?

—Pero si lo llevo siempre conmigo, Freddie. Siempre...

Aquello era demasiado hermoso para ser verdad. Ross, nerviosamente, apremió a la joven:

—Cielos, bendita seas. ¿Dónde lo llevas? Necesito verlo un instante tan solo.

Doris hizo entonces algo asombroso. Se despojó de la ancha pulsera de oro que ceñía su muñeca. Sonriéndole algo desconcertada a Ross, presionó ligeramente, abriéndose la misma en dos. Su interior, hueco, apareció ocupado por varios billetes verdosos. Ella sonrió, ahora amplia y malintencionadamente.

—Las provincianas somos desconfiadas, Freddie. Me dijeron que tuviese cuidado en la ciudad. Podían quitarme el bolso en un descuido y dejarme sin un céntimo. Guardé dinero en esta curiosa, pulsera, que siempre llevo conmigo. Y entre ese dinero, casi como un talismán, está el dólar de mi hermano. ¿Para qué lo necesitas, Freddie? No puedes suponer que Marty fuese el grabador de esos... de esas falsificaciones.

—No sólo lo creo; estoy seguro de ello, Doris, por mucho que te duela. —Recogió el billete enrollado que ella le tendía. Parecía completamente legítimo. Lo confrontó con el facsímil del diario y leyó el pie impreso. Examinó el billete cuidadosamente. Triunfal, lo mostró a Doris—. ¡Acerté, Doris! El diario indica que hay un leve error en la reproducción de la firma del Tesorero. Mírala aquí. El grabador falló en eso. La letra L de la firma está partida por la mitad, apenas visiblemente. Pero es la única, diferencia entre los legítimos y los falsos ¡El billete primero que Marty dijo haber ganado, era falso, Doris! ¿Ves ahora claro en todo este enigma?

—No, Freddie —ella recogió su billete, abatida—. No puedo creerlo. Marty no era...

—Marty era un hombre que aspiraba a mucho, tú misma lo has dicho. A veces, la lucha en la vida no da el resultado que esperamos. Unos, se resignan y siguen luchando. Otros, creyéndose menospreciados por la sociedad que les rodea, quebrantan sus normas. Delinquen. Marty, con ser un buen chico y ser tu hermano, pudo ser de éstos. Es más, lo fue. Y casi podría jurar dónde estaba la guarida del jefe de esa organización con quien no dieron nunca los

federales.

—¿Dónde?

—En casa de Holstrom. Al descubrirse todo, se asustaron. Pero posiblemente Marty se asustó más que Holstrom... y hubo que eliminarle.

—¡No!

—Ya te he dicho que lamento dañarte, pero hay que desnudar la verdad para ver en las tinieblas, Doris. Es evidente que Holstrom evitó alguna tontería de Marty, terminando con su vida rápidamente. Aprovecharía alguna dolencia suya, o simplemente le inculcó bacilos de la enfermedad. Suele hacerse demasiado frecuentemente. Y ten en cuenta que tropezamos con un criminal implacable, cruel e inteligente. Muerto tu hermano, todo se arreglaba para él. Pero entonces llegas tú. Vete a saber de qué modo, obliga a Marty a escribir un montón de postales ya fechadas, que va enviándote espaciadamente. De ese modo, para ti tu hermano sigue vivo. Si algún día vienes a verle, Holstrom ya habrá huido. Pero llegas antes de lo que cree, y Holstrom decide contrarrestar ese peligro. Sabe cuándo llegas y trata de matarte o de herirte simplemente con el coche, para desarrollar posteriormente su plan. Él mismo, o un cómplice suyo, te recoge en el lugar del accidente y te lleva a la clínica, donde ya cuenta con alguien que trabaja para él. De ese modo, te envuelve en una sutil tela de araña. Lo que no comprendo es esa cadena de crímenes estúpidos, el papel jugado por el hombre de las gafas azules, para morir luego a manos de sus propios cómplices. Era más sencillo, menos complicado, asesinarte *a ti*. Pero Holstrom es un ser retorcido, tortuoso. En todo lo que ha hecho ha demostrado serlo.

—Entonces, ya conoces la verdad —dijo Doris, aun resistiéndose a admitir que Marty hubiese sido alguna vez un delincuente vulgar, un falsificador de moneda—. ¿Y qué vamos a hacer para demostrar todo eso? El tiempo se agota, el cerco se estará estrechando y pronto caeremos de un modo u otro.

—La lucha es desesperada, sí —admitió Ross, mordiéndose los labios—. No podemos confiar en nadie, estamos en un callejón sin salida. Pero voy a hacer la jugada final, Doris. Es arriesgada, nos enfrentamos con un simple «farol», todo lo más una pareja sencilla, frente a un póker o una escalera de color. ¿Estás decidida a correr

ese riesgo?

Doris sólo meditó unos segundos. Cuando miró a Ross a los ojos, demostró que sólo confiaba en él y que él era la única persona amada que tenía en la vida.

—Haz lo que quieras, Freddie, amor mío —dijo—. Te seguiré hasta el fin.

—Gracias, Doris. Si sale bien, estaremos salvados. Si no...

No dijo más. Tomó un pliego de papel con el membrete del diario, sentóse a la mesa y escribió rápidamente unas líneas. No fue una carta breve, pero Ross escribía con sorprendente velocidad. Llenó una carilla, dobló el pliego y tomó a Doris del brazo, llevándola nuevamente fuera del archivo.

—Vamos a desarrollar la segunda parte de la jugada. El verdadero «farol», Doris.

Llegaron a las oficinas del diario. Una larga hilera de ventanillas en un muro de cristales opacos, mostraba diversos rótulos. Se dirigieron al de anuncios. Ross pidió al hombre de la ventanilla, procurando mantener a Doris fuera de la vista del empleado:

—Deme un sobre, por favor, y un impreso para insertar un anuncio en el «Daily».

Amablemente, el hombre le entregó ambas cosas. Ross extendió el sobre. Doris siguió la pluma del joven, leyendo la dirección del destinatario:

«Mr. Arthur Fields

Crescent Residence. Calle 17, núm. 1264

Ciudad».

Le tendió el sobre, indicándola:

—Ten. Franquéala y échala en un buzón de urgencia. Hay dos o tres en el vestíbulo del diario. Procura que nadie se fije demasiado en tu rostro.

Doris partió. Ross, entretanto, extendió el anuncio con letra clara, con tipo de letra de imprenta mayúscula. El empleado leyó el texto, contó las palabras y le preguntó las condiciones en que deseaba la inserción del anuncio.

—Póngalo en todas las ediciones diarias, en primera página, con tipo visible. Basta con que lo repitan un par de días o tres.

El hombre enarcó las cejas sorprendido, miró al anunciante y gruñó:

—Le va a salir un poco caro esto, señor. Sólo dos días, en esas condiciones, suponen cuatrocientos veintiocho dólares con setenta centavos.

Suspirando, Ross tendió al empleado cinco billetes de cien dólares. Cuando los hubo entregado miró con lastimoso pesar el último billete que guardaba en el bolsillo. Si aquello no surtía efecto, no les quedaría dinero.

Alejóse de la ventanilla con el resguardo correspondiente. El hombre le aseguró que en la primera edición de la tarde, el anuncio aparecería en el extremo inferior de la columna tercera o cuarta de la primera página, en un recuadro de unos cinco centímetros de alto por otros tantos de ancho.

Reunióse con Doris en el amplio vestíbulo del edificio, cuando ella acababa de echar la carta en un buzón de urgencia. Tomándola del brazo, salieron. Gentilmente, un agente de policía mantuvo la puerta abierta para que ella saliese. Ross le dirigió una sonrisa agradecida y procuró alejarse luego a la mayor velocidad posible, calle abajo. Ella, conteniendo la respiración, no le preguntó nada hasta alcanzar la esquina. Mientras subían a la estación, para regresar a su apartado hotelucho y escondite de Fulton Market, Doris le preguntó en voz baja:

—¿Quién era el hombre a quién dirigías esa carta, Freddie?

—Un antiguo inspector del F. B. I., Doris. El único que puede sacarnos las castañas del fuego si está todavía en Nueva York. Si no, es que estará todavía en Corea, y estaremos más perdidos que si nos entregáramos desarmados a una tribu de caníbales. Sobre todo, cuando salga el anuncio.

—¿Pero qué clase de anuncio era ése?

—Ya lo verás cuando salga esta tarde en la edición del «Daily». Algo así como una carga de dinamita envuelta en papel y tinta de imprenta. Ya veremos a quién hiere cuando estalle.

No hay cosa más angustiosa y molesta que esperar algo que uno no sabe lo que es, pero que muy bien puede ser un buen trastazo o un inesperado ataque de la policía o de una banda de malhechores y asesinos.

Ross, en pie frente a la ventana, fumaba nerviosamente, mirando

la sucia superficie del río, surcado por infinidad de transbordadores, *ferries* y remolcadores humeantes que ennegrecían las desconchadas y grises fachadas ribereñas. Al otro lado del brazo de agua, *docks* y desembarcaderos de New Jersey, tan sucios y brumosos como los de este lado del río, se perdían en un cielo plomizo, de tarde típicamente otoñal. Soplaban una fresca brisa que estaba acumulando nubarrones feos sobre Manhattan, y aun sin respirarlo se podía intuir la humedad que traían conmigo. Pronto llovería, si Ross no se equivocaba en sus predicciones meteorológicas.

Doris, entretanto, trataba inútilmente de combatir su inquietud con un ingenuo rompecabezas cuyas piezas se extendían por toda la mesita desordenadamente. Fatigada por su torpeza, Doris pasó la mano por las piecitas ya ordenadas, mezclándolas con irritación. Sólo eran las cinco y media de la tarde. Pronto saldría la primera edición vespertina del «Daily», y Turner, el dueño del hotel, había quedado en subirles un ejemplar en cuanto apareciese. Inevitablemente, Doris pensaba en las horas del atardecer pasadas en la clínica, cuando veía el aire, la luz y la ciudad a través de aquel enrejado infranqueable, como condenada a prisión.

Las cosas no habían cambiado mucho. Podía salir, sí, pero ¿cuánto tiempo podría caminar por las calles repletas de gente, sin que un policía la frenase, pidiéndole su documentación o rogándola que le acompañase a Jefatura, porque alguien la había reconocido a través de las fotografías de la Prensa? Sí, fundamentalmente, seguía tan prisionera como antes. Y con la agravante de que su salvador también se veía ligado por las mismas ataduras que ella. Miró a Ross casi compasivamente.

Golpearon la puerta de la habitación. Ambos se miraron, tensos. Ross la ordenó silencio con la mano, y avanzó, preguntando:

—¿Quién es?

—Yo, Turner, señor Ross. Le traigo el diario.

—Gracias, Turner. Échelo por debajo de la puerta, por favor.

El grueso diario vespertino asomó por la rendija. Ross inclinóse y, ávidamente, lo recogió, mientras Doris se ponía en pie y corría junto a él. Dos pares de ojos inquietos recorrieron las ocho columnas de la primera página, sin advertir casi que los grandes titulares de la misma se referían a ellos, mencionándoles como los dos «peligrosos fugitivos de un sanatorio psiquiátrico».

—¡Aquí está! —La voz de Ross sonó salvaje, impetuosa. Doris siguió el curso de su mirada, tropezando con el recuadro, muy visible como anuncio. Era breve, extraño e indescifrable para quien no estuviese al tanto de su intención.

—¡Cielo... Ross, ha sido una locura! Es como... como entregarnos a ellos atados de pies y manos —gimió Doris, releiendo asombrada aquel anuncio temerario:

«Holstrom tiene amigos en Hotel Market. Fulton Market, rincón típico. Habitaciones, Un dólar, Cinco dólares o Diez dólares. Inaugurado 15 mayo».

—Es nuestro gran «farol», Doris. Al principio se desconcertarán si lo leen. Pero luego decidirán hacernos una visita. Entonces veremos lo que se hace. No creo que traten de matarnos ni de denunciarnos a la Policía. Nuestro anuncio les da a entender que sabemos incluso más de lo que realmente sabemos. Eso les hará obrar con cautela.

—O a la desesperada.

—O a la desesperada —asintió Ross, pensativo—. Puede ocurrir todo, Doris. Pero tú dijiste que hiciera lo que creyese mejor.

—Sigo diciéndolo y pensando así, Freddie. Perdona mis temores, pero al leer eso...

—Es natural, querida. Si quieres que te sea sincero, te diré que también yo tengo *miedo* en estos momentos. Y no sé siquiera a qué...

—¿Crees que Holstrom leerá eso?

—Hay muchas probabilidades de que salte ante sus ojos Y si realmente es culpable, acudirá a nuestro encuentro. Ahora, todo estriba en que la otra parte del plan salga bien y Fields esté en Nueva York. Él puede lanzar a los Federales sobre la presa, sin dejarse impresionar por nuestra aparente culpabilidad. Recuerda que es la Policía Metropolitana la que nos persigue ahora. Si podemos demostrar la relación de los crímenes de la clínica con esa gran falsificación de moneda, el

F. B. I.

les quitará el caso de las manos a los locales. La moneda nacional entra de lleno en la jurisdicción de Washington. Es delito federal,

Doris. Ésa puede ser nuestra gran victoria, si todo sale bien.

—Y nuestra tumba, si sale mal.

—Es el riesgo de hacer un «farol» tan audaz. Lo hemos puesto todo en el tapete. Y el resultado habrá de ser ése: todo o nada. ¿Recuerdas cuando envié antes a Turner a un encargo confidencial?

—Sí. Le entregaste tu último billete, Ross.

Él joven sonrió, extrayendo del bolsillo trasero de su pantalón una automática negra, empavonada. La esgrimió ante los ojos dilatados de la muchacha.

—He adoptado mis precauciones, querida —dijo—. No nos encontrarán con las manos vacías en ninguno de los casos.

CAPÍTULO XII

Las horas transcurrieron lentas aquella noche. Turner les subió la cena a las ocho, pero ninguno de ellos probó apenas los alimentos. Llegó la segunda y última edición de la noche, del «Daily». Sus noticias variaban poco. Y el anuncio seguía allí, en primera página.

Otra espera, o más bien la misma prolongada de nuevo tras el paréntesis de la cena y del diario. Nuevamente a aguardar lo que ni siquiera ellos sabían que podía ser. En el río, oscuro, brumoso, sonaban las sirenas de los remolcadores. Algunos focos trataban inútilmente de perforar las tinieblas. Ross había echado las cortinas de la ventana, pero frecuentemente se asomaba a los cristales, escrutando la noche, sin saber por qué.

A las diez, empezó a llover. Las gotas, primero débiles y escasas, golpearon los vidrios de la ventana. Pronto creció, cayendo un aguacero que batía las aguas del río con sordo tamborileo. Tenían puesta la vieja radio que les prestara Turner, pero llevaba todo el tiempo dando melodías y bailables, con insistencia monótona. En los boletines de noticias que intercaló, no mencionó para nada a Doris Wolrich ni a Freddie Ross.

Después, la radio anunció que iba a transmitir desde el «Madison Square Garden» un combate de boxeo valedero para el título mundial de los semipesados. Ross, irritado, apagó el receptor. No estaba de humor para oír en aquel momento información deportiva.

Doris se quedó dormida en el sofá antes de las once y media. Ross, suavemente, la cubrió con una manta de la cama. Pensaba pasar la noche él en aquel sofá, pero si ella no despertaba, no la interrumpiría el sueño. Necesitaba un descanso que se tenía bien ganado.

Era agradable descansar. Durmiendo, se olvidaba uno de todo. La espera era más breve, pasaba sin dejar huella. Sí, también él se

sentía cansado, los ojos se le cerraban y los párpados pesaban mucho. Mucho... Un instintivo sentimiento de alarma despertó en él, actuando como el timbre de un banco o de una joyería. La cena que sirviera Turner estaba algo dulzona, ambos lo habían advertido. Pero de ello hacía ya tres horas largas. Claro que existían narcóticos de acción retardada, que se disuelven con los alimentos. Pero no podía evadirse a su acción. Ya era demasiado tarde. Se había sentado en una butaca, frente a Doris. Y cerró definitivamente los ojos, sintiendo que su cabeza cedía hacia atrás y se abatía pesadamente contra el respaldo. La oscuridad sedante, amable, se hizo para Freddie Ross.

Cuando despertó, miró en torno torpemente. Esperaba hallarse en una celda lóbrega, o en algún lugar extraño, pues casi en el acto recordó aquella sensación remota de amodorramiento anormal, pero era raro. Seguía en la misma habitación. Todo estaba lo mismo. Sólo que había más gente en la habitación. ¡Se frotó los ojos, perplejo! Doris ya no estaba en el sofá. Esto activo sus sentidos.

Se puso rápidamente en pie, llevando la mano al bolsillo posterior. Estaba vacío. Con una imprecación se quedó mirando, belicoso, a los hombres que atestaban la sala, no eran muchos tampoco. Concretamente, tres. Uno, bien conocido por él: Turner, el hotelero. Al ver la mirada fija en él, tragó saliva el hombrecillo y se excusó:

—Perdone, señor Ross... Yo no quería... Pero me obligaron a poner el narcótico en la comida... Y a abrirles la puerta. Me hubieran matado si me niego. Y también a ustedes...

—Cállate —dijo uno de los otros dos hombres, que era alto, delgado, y llevaba unas redondas gafas azules—. Ya te has excusado bastante. Nadie va a venir a pedirte cuentas.

—Mucho gusto en conocerle, Holstrom —dijo Ross, desrielándose algo su cabeza.

El de las gafas azules se echó a reír y no dijo nada. Pero miró a su compañero y entonces Ross le miró a éste. No le conocía en absoluto. Algo en su físico juvenil y sonriente le recordó vagamente a alguna persona conocida. Pero era, sólo una sensación.

—Creí que nos conocía bien a todos —dijo burlón, el joven de la sonrisa amable—. Su anuncio era muy astuto, si en realidad sabe

menos de lo que aparentaba.

—Es de sabios engañar a los demás.

—Y también de tontos —dijo el otro—. Pero no vamos a discutir ahora. No tenemos tiempo para ello. Síguenos amigo, y no intente hacer bobadas. No me voy a parar en uno más o menos.

—No, claro. Después de Marty Wolrich, Grace y Wonkle, uno más no significa nada.

—Justamente —volvióse el de las gafas azules—. Vamos, Yordan. Tengo prisa.

—¿Qué han hecho con ella, con la señorita Wolrich? —preguntó Ross, incorporándose.

—Nada. Está bien, pero la trasladamos mientras a usted se le pasaban los efectos de nuestro rápido narcótico. Cenaron tan poco, que casi no se duermen siquiera... Vamos.

Era sorprendente cómo se tomaba Ross las cosas. Con una sangre fría que tenía admirados incluso a sus captores. Avanzó hasta la puerta como si fueran a tomar unas copas. Había llegado al desenlace fantástico de su teoría, todo se confirmaba, y él lo aceptaba como lo más natural del mundo. Ni siquiera la «Luger» que empuñaba el más joven y risueño de los dos captores le lograba impresionar. Eso aún tenía justificación. Después de ver venir el aluvión amarillo en el Yalu, una pistola más o menos potente tenía poca importancia. Bajaron los tres a la planta inferior del hotel. Turner, pálido y desencajado, iba tras ellos, sin saber qué hacer. Y mucho menos qué decir.

Afuera había un «Cadillac» negro, charolado por la lluvia. Ross imaginó que aquel mismo vehículo abatió a la provinciana Doris sobre el negro asfalto húmedo de la Lexington Avenue cuando abandonaba la Gran Central aquella noche. Ahora, Doris yacía dentro, inconsciente aún. El agua repiqueteaba en los cristales, empañándolos. Un hombre inmóvil permanecía al volante. Cuando se giró hacia ellos, Ross reconoció a Barrie, el enfermero de la clínica. Y comprendió muchas cosas; aquel barrido en el quirófano, que él importunó; su presencia cuando acababa de huir el loco del pabellón K...

Entró en el compartimiento posterior, acomodándose junto a la inerte Doris. A su lado se sentó el joven sonriente, encañonándole con la «Luger» sin dejar de parecer amable. Junto a la portezuela, el

tipo de las gafas azules, extrañamente resucitado. La banda de falsificadores era aún, evidentemente, muy numerosa. No hizo preguntas.

—Adelante, Barrie —indicó Yordan, mientras el del arma no despegaba los labios—. Corre cuánto puedas, pero no burles las señales del tráfico. No queremos jaleos.

Ross suspiró, pensando en su muerta esperanza. Arthur Fields ya no contaba en todo aquello. El «farol» estaba al descubierto y había perdido frente a la escala de color contraria. Como buen jugador, aceptó filosóficamente el fracaso. Pudo haber salido bien.

El «Cadillac» hendió la noche lluviosa y lóbrega como una flecha negra, fulgurante. Dejaron atrás la parte baja de la ciudad, subiendo por la Octava, hasta desembocar en el Broadway, rutilante de luces y colores, como un caleidoscopio fabuloso de mil irisados tonos. Quedó atrás la silueta agresiva, espiritual, del Empire State, siguiendo aún por la Octava de nuevo, en busca de su cruce con la Cincuenta y Cuatro, por la que llegaron a Riverside Park.

Frente a una de las residencias oscuras, casi borradas por la lluvia, de alta verja, jardín pardusco y espeso, mal cuidado, y edificio central de piedra gris, muy sólido y firme, se detuvieron. El hombre de las gafas azules tomó el cuerpo de Doris entre sus brazos, tras recomendarle el joven que tuviera cuidado con ella. Detrás, entre él y Barrie, que rehuyó su mirada rápidamente, fue Ross. Una sombra difusa abrió la verja, franqueándoles el paso. El joven militar se dijo que la organización no estaba tan diezmada como suponía la Policía o como dio a entender en su día la Prensa. Por lo menos, ya eran cuatro los adversarios.

—Creí que no veníais —dijo la voz de la persona que abrió la verja. Y aquella voz ronca, extrañamente fina, casi femenil, le resultó a Freddie singularmente familiar. Aunque no pudo identificarla por el momento. Acaso cuando pudiera pensar con más calma...

Entraron en la casa. Tras ellos se cerró herméticamente la verja y la recia puerta de roble que daba acceso al edificio. La luz tamizada de una salita posterior le mostró el mobiliario y la decoración, de buen gusto y de admirable sobriedad. Allí fueron conducidos, depositándose a Doris en un sofá, mientras a él se le señalaba una silla con el cañón de la «Luger». Ross se acomodó en

ella sin replicar. Los demás hicieron lo mismo. Y detrás de ellos entró ahora en la estancia la persona que había abierto la verja. Iba con un absurdo pantalón ceñido, que demostró a Ross que hasta entonces había desmerecido sus encantos. El «pullover» de punto amarillo tampoco empeoraba su figura.

Ross saludó fríamente:

—Buenas noches, doctora Lehman.

Ella le miró sin expresión en sus ojos. Ya no era la doctora afable del sanatorio, sino una mujer fría, dura y decidida a todo. Acercóse al joven de la «Luger» y se colgó de su brazo. Bajo el «pullover», su busto pareció querer perforar el tejido.

—Se ha metido en un feo asunto, teniente —dijo ella—. Escarbó demasiado.

—Tú cállate, querida —dijo el joven, que por lo menos tenía diez años menos que la doctora Lehman—. Esto se ha de hablar entre hombres. No creo que el teniente se haya jugado todo tan alegremente con ese anuncio en la Prensa. Tendrá sus triunfos.

—Claro que los tengo —a Ross le complacía ver que aún temían algo de él. Prefirió seguir haciéndoselo creer—. No iba a ser tan idiota de darles mi tarjeta y esperar a esto cruzado de brazos.

—Hable, entonces —el tono del joven era muy duro—. Nosotros abandonaremos el país muy pronto. De usted depende que dejemos dos cadáveres más o ninguno.

—No creí que eso les importase mucho ya —sonrió Ross—. Tampoco van a hacerme creer ese cuento de la marcha al extranjero. Sea usted Holstrom o quien quiera ser, si no se ha ido ya es porque no ha querido. Sólo yo conozco todo el asunto. Eliminándome a mí, todo listo.

—¿Quién está detrás de usted, Ross? ¿Con qué protección cuenta para salir de ésta?

Ross acomodóse mejor. Sonrió, mirando desafiante a sus enemigos. La doctora no le perdía de vista.

—Los federales, amigo mío.

—¿Los federales? —El otro se envaró—. ¿Trabaja con ellos?

—Eso es.

—Está mintiendo, querido —dijo la doctora, entre melosa y dura—. Es un *bluff*.

—Esperen un poco y verán si es *bluff*. A estas horas saben ya que

hemos sido raptados. Probablemente nos han seguido.

—No nos ha seguido nadie —dijo Yordan, produciéndole a Ross el efecto de un puntapié en el estómago—. Estoy seguro de ello.

—Bien, algo le ha salido mal entonces —sonrió el joven, dejando la «Luger» sobre una mesita a su lado—. Y lo lamento por usted, sobre todo.

—¿Es que no va a matar a la señorita Wolrich?

—Tengo que pensarlo aún.

—¡No era eso lo convenido! —dijo acremente la doctore Lehman—. Dijiste que...

—Calla tú, por favor. Estoy hablando con el teniente Ross.

—Ya despierta la chica, jefe —dijo Yordan rudamente, mirando a Doris.

En efecto. Doris estaba volviendo lentamente en sí. Primero, parpadeó aturdida, alzando un poco la cabeza. Después, miró a todos uno por uno. Al reconocer a la doctora Lehman, mostró asombro. Pero no fue nada con el que reflejaron sus desorbitados ojos al clavarse en el joven de la «Luger». Y si Ross no hubiese sospechado ya antes la verdad, ella le hubiera dado la clave de todo aquel endiablado asunto, al gritar roncamente:

—¡Dios mío! ¡Marty!



*Walter dejó escapar un
silbido de sorpresa al
descubrir el cuchillo
que emergía de la es-
palda del hombre...*

Así empezaron las com-
plicaciones para Walter
Leroy, protagonista de

A S E S I N O S E N T I M E N T A L

El más trepidante relato escrito por el famosísimo

Neter Debry

¡Un ex combatiente de Corea acusado de asesinato,
se vió obligado a constituirse en detective privado
al servicio de sí mismo!

Asesino sentimental

¡Un título que recordará siempre con emoción!

COLECCION SERVICIO SECRETO

se lo ofrecerá la próxima semana

Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 6 PTAS.

COLECCION "BISONTE"

- 469 — Peter Debry
LA GUERRILLA DE LOS
TEJANOS

COL. "SERVICIO SECRETO"

- 233 — Donal Curtis
BLANCO PARA MORIR

COLECCION "BUFALO"

166. — Silver Kane
AMADA MUERTE

COLEC. "Salvaje TEXAS"

34. — M. L. Estefanía
CAZADOR DE SHERIFFS

COLEC. "CALIFORNIA"

13. — A. Rolcest
ROTA DE CONDENADOS

COLECCION "PIMPINELA"

528. — Ana Marcela García
UN MARIDO POR HERENCIA

COLEC. "MADREPERLA"

424. — Carlos de Santander
PASION EN LAS TINIEBLAS

COLECCION "ROSAURA"

368. — Luis Masota
CIEN AÑOS Y UN DIA

COLECCION "AMAPOLA"

255. — Mary Vidal
SUCEDIO EN UN TAXI

COLECCION "ALONDRA"

207. — María Castyél
FALSA ACUSACION

COLECCION "CAMELIA"

149. — Delia Aguilar
TU SUEÑO ES EL MIO

COLECCION "ORQUIDEA"

118. — María de las Nieves
Grajales
EL CINICO

Las obras más selectas, los autores más populares
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

¡EL MEJOR REGALO PARA LOS MUCHACHOS DURANTE ESTAS FESTIVIDADES!

Un volumen de la prestigiosa

COLECCION HISTORIAS

La Biblioteca de la Juventud!

Títulos aparecidos:

JUANA DE ARCO
20.000 LEGUAS DE
VIAJE SUBMARINO
LA ISLA DEL TESORO
FABULOSA
VIDA DE JESUCRISTO
LA CABAÑA DEL TO TOM
QUO VADIS?
LOS VIAJES DE MARCO POLO
BEN - HUR
LOS TRES MOSQUETEROS
EL MILAGRO DE FATIMA
MUJERCITAS
BERNADETTE
ROBIN DE LOS BOSQUES

G'NOVEVA DE BRABANTE
MIGUEL STROGOFF
UN VIAJE A LA LUNA
MOBY DICK
ALICIA EN EL PAIS
DE LAS MARAVILLAS
EL TALISMAN
HISTORIA DE LOS PIELERROJAS
SIN FAMILIA
BOB ROY
BUFFALO BILL
HOMBRECITOS
AVENTURA DE TOM SAWYER
QUINTIN DURWARD

256 PAGINAS Y MAS DE 250 ILUSTRACIONES

APARICION QUINCENAL

Precio del ejemplar: 25 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

**CUALQUIER
MOMENTO ES BUENO...**



...PARA LEER

El DDT

**LA PUBLICACION
MAS DIVERTIDA
DE TODOS LOS TIEMPOS**

SOLO CUESTA 2 PTS.



*Esta semana aparece un
nuevo episodio de*

EL CAPITAN TRUENO

*tan apasionante como
los anteriores*

LA CAIDA

**¡El famoso capitán Trueno con sus amigos Crispín
y Goliath en una de sus más peligrosas aventuras!**

**¡Un cuaderno ilustrado que deleitará a mayores y
pequeños!**

LA CAIDA

De venta en quioscos y puestos de periódico

Precio del ejemplar 1'25 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA



*Chistes y narraciones
humorísticas, forman el
contenido de*

SELECCIONES DE HUMOR DEL D. D. T.

*¡La más completa re-
copilación de firmas
nacionales y extranje-
ras!*

APARICION SEMANAL

**Reserve con tiempo su ejemplar, porque usted no
puede dejar de leer**

SELECCIONES DE HUMOR DEL D. D. T.

**¡Comprímdos de alegría al módico precio de 2 pta.
ejemplar!**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 7

BARCELONA

★ LLUVIA DE ESTRELLAS ★



Gloria Grahame

N.º 387 Gloria Grahame, a quien últimamente hemos visto en "No serás un extraño" había aparecido en varias películas, entre ellas "El mayor espectáculo del mundo" y "Los sobornados". Gloria nació en Los Angeles en 1925. Foto UNITED ARTISTS-C. B. FILMS, S. A.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 6 ptas. — Printed in Spain — Precio en la Rep. Argentina: \$4'50

CAPÍTULO XIII

—De modo que ésa era la verdad, ¿eh? —dijo Ross con calma, estudiando las facciones juveniles del hombre y comprendiendo a quién le habían recordado. Su parecido con Doris no era muy grande. Pero sonreía igual que ella; dulce e ingenuamente—. Marty Wolrich en persona. Vivito, a pesar de tener una tumba en «Promontory». Dígame, Marty, ¿quién era el hombre que murió de difteria en el 939 de la Ciento Doce?

—Edgar Holstrom, por supuesto —sonrió él—. Era el único que, con un poco de retoque, podía pasar por mí. Alguien tenía que morir para enterrar a un personaje demasiado peligroso ya una vez descubierta la falsificación. Holstrom se había asustado mucho. Tanto, que era como vivir en un riesgo continuo. Hubiera acabado entregándonos a la Policía Mi... mi esposa le inoculó bacilos de difteria. Fueron tantos, que murió pronto.

Al decir «mi esposa», había mirado amorosamente a la doctora Lehman. Doris parpadeó, aún sumida en su estupor doloroso. No es grato saber que un ser querido es un canalla, aunque ese ser querido vuelva de la tumba.

—Invertí los papeles en mi teoría —gruñó Ross.

—¿Cuál era esa teoría? —preguntó curiosamente Marty—. No creí que fuese tan listo como para ver claro en el misterio de la clínica.

—Todo dependía de llegar a ver que Doris no estaba loca ni mucho menos. Que existía un hombre con gafas azules que se prestara a asustarla, dentro de la clínica. Podía ser un enfermero o un intruso. Me incliné por esto último. Teniendo a la esposa en la clínica, a usted debió de parecerle fácil hacer pasar por loca a su hermanita cuando viniese del pueblo a fastidiarle el plan en su peor momento. La atropelló, procurando no matarla. Siempre me sorprendieron esos miramientos hacia ella. Era más fácil matarla

que urdir toda esa trama fantástica.

—Siempre dije yo lo mismo —manifestó cruelmente la doctora Lehman, sentándose en una silla. Ross comprobó lo mucho que puede ocultar las curvas una bata blanca bien amplia y descuidada. La doctora era una gran mujer desde todos los puntos de vista. Pero no tenía corazón. Debía de ser en realidad el ángel malo de Marty. Recordó la mención sobre las mujeres que nos traen complicaciones. Y sin embargo, se había casado secretamente con una, que era una especie de hermosa víbora destilando veneno por todos sus poros.

—Deja hablar al teniente —dijo con sequedad Marty—. Adelante con sus teorías.

—Si quiere que se las exponga ordenadamente —empezó Ross de nuevo, cruzándose de piernas—, le diré que después de internar a Doris en la clínica donde trabajaba su mujer, procuraron quedarse con las postales. Era el primer detalle. El segundo, consistió en la visita del simpático Yordan y sus gafas a la habitación de Doris, desapareciendo luego ayudado por Barrie o la doctora. Nuevo golpe a sus nervios, con el detalle maestro, pero truculento, del supuesto cadáver en la ducha. Sin embargo, en la precipitación de la fuga para no ser visto, con toda la salsa de tomate o el barniz del rostro, perdió sus gafas y se rompieron. Debíó de ocultarlas, aunque algunos fragmentos quedaron en algún lado, donde más tarde Grace dio con ellas. Entretanto, seguían el jueguecito con los vasos de leche y todas esas cosas. Debieron de divertirse mucho. Y llegamos a la muerte de Grace.

Hizo una pausa, mirando a todos. Yordan y Barrie, sentados al fondo, le miraban hoscamente. Más cerca, la doctora Lehman, un mar de curvas violentas relegadas en la silla. Y frente a él, a un lado y a otro, la aterrorizada Doris y el sonriente Marty. Siguió:

—Grace da con los cristales. Comprende la conspiración, y me telefonea. Esto puede derrumbarlo todo antes de tiempo. Uno de ustedes se mete en el quirófano, tras haber interceptado la conversación por otro aparato, y la convence de que calle demasiado violentamente. Un cinturón de Doris completará el cuadro y lo han cogido para ello. ¿Quién lo hizo?

—Una torpeza de Barrie —dijo secamente Marty—. Nunca debió liquidar a la chica.

—Era el primer error serio, aunque les salió bien, pues Doris cayó en la nueva trampa como un inocente pajarillo. Pero de error en error, Barrie había olvidado lo fundamental: los cristales azules, que Grace arrojó, en su desesperación, al cesto de residuos. Cuando yo di con ellos, usted, Barrie, ya había caído en la cuenta y venía a por ellos. Pero me adelanté, comprendiendo que Doris era víctima de un complot criminal.

—¡Idiota! —masculló Marty, mirando con odio a Barrie, que se encogió gruñendo.

—Después, tuvieron que terminar con el doctor Wonkle. Porque él, informado por mí de lo que sucedía, investigó a fondo. Era mucho más peligroso que yo para todos ustedes. Porque algo que descubrió o que imaginó, le llevó a la conclusión de que la doctora Lehman estaba metida en el asunto. Imagino que usted, encantadora *Mrs. Wolrich*, debió de empujarle por las escaleras, con femenina delicadeza, ¿verdad? Yo ignoraba que se pasa fácilmente a ese pabellón por las cocinas y el montacargas. Por ahí se metió usted cuando preparó la fuga de aquel loco, facilitando a Barrie la ocasión para matar a Grace según dispusieron ambos, sin consultar siquiera a Marty. Y volvió por ese conducto, sin duda, sorprendiendo al doctor por la espalda y lanzándole a una muerte segura a su edad.

—No era difícil —dijo ella, con increíble frialdad—. Y me gustó hacerlo, Ross. Ojalá lo hubiera hecho también con usted. Y con esa niña estúpida. Todo esto ocurre por empeñarte tú en librar de la muerte a tu hermanita.

—¡Cállate! —Gruñó irritado Marty.

—¡No callaré! —rugió la hermosa arpía, irguiendo su pecho enfundado en punto amarillo—. ¡Tendrás que elegir entre ella o yo!

Ross creyó que le dominaba. Pero sería, sólo en cierto modo, porque Marty se puso en pie acercándose a ella y descargándole dos violentos bofetones, que sacudieron a un lado y a otro el rostro de la mujer. Con un sollozo prolongado, ella se levantó y salió corriendo del saloncito. Ross escuchó su taconeo escaleras arriba. Marty volvió a la silla.

—Siga, Ross. Me divierte usted. Pero me cansan las mujeres dominantes.

—Ellas siempre complican las cosas. Usted lo dijo una vez,

¿verdad?

—Cierto —sorprendido, miró de reojo a Doris—. Se lo contaste todo, ¿eh, pequeña?

Doris le miró con asco y no dijo nada, volviéndose a mirar a Ross, que continuaba ya decidido a prolongar aquella absurda situación sin pies ni cabeza.

—Cuando escapamos, usted debió de alarmarse un poco. Nosotros, en libertad, éramos un riesgo. Pero también podíamos serlo en manos de la Policía. Aprovechándome de ello, dispuse el anuncio. Estaba seguro de que vendrían a por nosotros.

—Bien, ya lo consiguió. ¿Y qué ha resuelto con ello?

—Mucho. Conocer al misterioso director de la banda. Nunca pensé que el mismo grabador fuese el jefe de la organización. ¿O no lo es?

—Ahora sí. Lo soy desde que murió Holstrom. ¡El muy cerdo! —evocó algo del pasado—. Él me metió en el asunto, cuando llegué a deberle dos meses de pensión y no encontraba trabajo para pagarle. Yo creí que Nueva York era más fácil de conquistar, deseando trabajar honradamente. Yo no había pensado nunca en delinquir. Pero aquel gusano viscoso me amenazó. O la policía o ayudarle a él. Sólo tenía que hacer una obra maestra de grabado. Falsificar billetes de cien o de mil se descubre pronto. Pero billetes pequeños es más seguro. Me convenció. Hice una obra casi perfecta, todo lo que podía hacerse. Obtuvo papel moneda no sé cómo. Nos salieron magníficos. Ganamos dinero, es la verdad. Hasta que se descubrió el pastel. Holstrom se asustó mucho, aunque nunca había dado la cara. Para entonces, yo conocía ya a Sally —a Ross le chocó oír por vez primera el nombre de pila de la doctora Lehman—. Era mayor que yo, inteligente, ambiciosa y muy atractiva, para un hombre como yo, que no conocía el mundo. Me cazó y nos casamos en secreto. Me la había presentado Holstrom. Creo que siempre hubo algo entre ellos, pero ella lo cortó al conocerme a mí. Yo era más joven, tenía más porvenir... Aunque Holstrom estaba aterrorizado, creo que no hubiera hecho falta matarle de aquel modo. Pero Sally es así: dura y expeditiva. Trajo los microbios y se los inoculó como si fuera a curarle su depresión nerviosa. Le ayudó a morir con una frialdad espantosa. La admiré. Me doy cuenta de que nunca podré dejarla, aunque a veces la desprecio. Es mejor que yo en todo. Si hubiera

seguido su consejo de acabar contigo, Doris, esto no se hubiera complicado tanto. Lo malo es que temo que ahora tendré que hacerlo, a pesar de todo...

—¡Marty! —Doris habló por vez primera—. Tú no puedes... no puedes ser tan malo...

—Ya no soy aquel que se fue de Milledgeville. Esto cambia a las personas, Doris. Ojalá me comprendieses...

—Nadie puede comprender a un hombre que sacrificaría incluso a su hermana por salvarse —dijo Ross con rudeza—. Es usted quien debería ser recluido en el pabellón K, Marty. Usted, que es un anormal, un desquiciado... Es un monstruo sádico en libertad.

—Tengo que hacerlo —se excusó aquel ser odioso, que sonreía como un niño—. Es mi vida o la suya. Y prefiero vivir yo. Siempre he sido egoísta...

—Espere, Marty —Ross se jugó desesperadamente la última baza—. Si espera recuperar sus planchas y huir con ellas a otro lado, le diré que está en un error. Los federales ya las tendrán ahora en su poder.

—¡No es posible! —exclamó él, volviéndose hacia Ross como una víbora.

—Claro que sí. La ardilla que usted devolvió a la tienda de disecados ya estará en poder de mis amigos los del
F. B. I.

Dentro, naturalmente, encontrarán las planchas. Y el dueño de la tienda declarará pronto, si no lo ha declarado ya, que no era Holstrom quien iba en el entierro de Marty, sino el propio muerto, junto con su esposa, la doctora Lehman, haciéndose pasar ésta por la hermana del supuesto difunto, Doris Wolrich.

—¡Usted no podía saber eso, Ross! —gritó airadamente Marty, poniéndose en pie y tirando la silla en que se sentaba—. ¡Usted no sabía nada de la ardilla!

—Claro que lo sabía. Aquel estúpido lo mencionó como si fuera un detalle para fijar la fecha de su muerte. Todos querían que diese con la tumba, para acabar de encerrar a la pobre Doris en la trampa blanca de la clínica. Pero resultaba revelador el detalle de la ardilla devuelta, después de morir el falso Marty y de haber sido desorganizada la banda de falsificadores. Usted no iba a ser tan tonto para traerse las planchas a casa de la doctora, para que

cualquier día, un registro les hundiese totalmente. Por eso pagaron al tipo de la tienda para que guardase el bicho disecado, con su valioso contenido. Pero he notificado todo eso al F. B. I... y ya habrán registrado la tienda y apresado al dueño. Dentro de un momento, entrarán en esta casa, dando al traste con todos sus planes.

—Lo veremos —tomó Marty la «Luger» lentamente, extrayendo del bolsillo un silenciador, que aplicó al cañón—. Para usted, al menos, la comedia ha terminado. Adiós, teniente Ross. Le felicito por sus habilidades detectivesca. Debió de hacerse policía, no militar.

—No podrá matarme —fanfarroneó Roas, sin saber por qué decía aquella tontería—. Dentro de un momento, cientos de policías invadirán la casa. Ya pueden empezar a largarse antes de que sea demasiado tarde, muchachos...

Marty le encañonó. El redondo orificio negro enfilaba a su cráneo. Pronto volaría este convertido en astillas. Pero no quiso demostrar miedo. Ni siquiera cerró los ojos.

—Lo siento, teniente —se excusó aquel asesino despiadado, sonriendo infantilmente.

Entonces saltaron los vidrios de la entrada, hechos añicos. Una ráfaga de plomo entró como un huracán en la habitación, al tiempo que una voz conocida decía a gritos, desde el oscuro vestíbulo:

—¡Abajo, teniente Ross! ¡Ya estamos aquí, Ross!

Y Freddie, en una zambullida increíble, lanzóse sobre Doris, tumbando al mismo tiempo el sofá y quedando ambos tendidos tras el improvisado parapeto, mientras el aire se llenaba de plomo y de fuego.

—Gracias, Dios mío —rezó fervorosamente el joven—. Nunca creí que Fields llegase...

El plomo y el fuego procedían, desde luego, de una hilera nutrida y firme de hombres vestidos con llamativos sobretodos o abrigos de mezclilla, que, empuñando revólveres de reglamento, barrían materialmente a Marty Wolrich y a sus dos esbirros, el enfermero Barrie y el hombre de las gafas azules, Yordan.

Ross comprendió la razón de tan violenta entrada, ya que ambos hombres habían extraído pesadas automáticas, en cuanto saltaron en el aire los vidrios de la entrada al *living*, con esa larga práctica,

fruto de una vida prolongada en lucha con la Ley. Por eso, los federales, capitaneados por la mole maciza de Arthur Fields, que en vez de uniforme militar lucía una trinchera grasienta y un sombrero flexible muy arrugado, abrían fuego despiadado sobre los tres delincuentes reunidos en la salita.

Las balas zumbaron sobre el sofá tumbado, mientras Ross mantenía a Doris pegada al suelo, sin dejarla mover una pulgada. Fragmentos de estuco y de madera saltaban en el aire, convertidos en violenta lluvia, mientras Marty Wolrich, segado por más de veinte proyectiles, soltaba su «Luger», tan inofensiva como el sonajero de un crío, y se abatía terriblemente desfigurado por el plomo candente de los federales. Ross deseó que Doris no llegase a ver a su hermano recién «resucitado», y muerto apenas volvió a la vida.

Yordan se agitó como si tuviera un raro picor en el cuerpo; y es que en realidad, tantos insectos de plomo deben picar lo suyo. Las gafas saltaron, estrellándose contra el pavimento, y rompiéndose por segunda vez en poco tiempo. Sólo que ahora nadie iba a preocuparse en reponer sus vidrios, porque no quedó ni un soplo de vida dentro de aquel cuerpo, cuando rodó sobre una alfombra verde maravillosamente esponjosa, que ensució con su sangre de modo lamentable.

En un rincón, agarrándose desesperadamente a una lámpara, pugnaba por tenerse en pie Barrie. Los disparos recibidos le habían segado las piernas. Recibió otro balazo en la muñeca derecha, soltando su pistola de chato cañón. Después, se desmoronó. Pero aquél viviría lo bastante para declarar en el cuartel general de los chicos de Hoover, librando a Doris de las últimas dudas, si es que alguna quedaba todavía.

En cuanto a la doctora Lehman, Ross no supo nada por entonces. Sólo más tarde, en el cuartel general de Fields y sus muchachos, recordó a la opulenta doctora casada con Marty Wolrich, mientras Doris sollozaba histéricamente por el fin terrible de su hermano. Menos mal que aquella vez no había la posibilidad de que volviese a resucitar.

Pero Fields calmó a Freddie con una sonrisa burlona:

—¿Esa arpía? No te preocupes, muchacho. La encontramos arriba. Se había envenenado con cianuro cuando escuchó el tiroteo

de abajo. Pero llegamos a tiempo de hacerle un lavado a fondo, y podrá sentarse en la silla eléctrica, acusada de las muertes de Wonkle, Edgar Holstrom y algunos más de muy lejana fecha. Era un buen elemento la tal doctora. Por cierto, no se llamaba Lehman, sino Parker. Sally Parker, una mujer con historial bastante turbio. Pero nunca con pruebas concretas que pudieran llevarla a dónde irá ahora. Ese Marty Wolrich cayó en malas manos, aunque tampoco él era un angelito. Y lo siento por su hermana. Parece una chica, excelente. Y si tú la quieres, debe de ser por algo. ¡Pobrecilla! Te va a necesitar mucho.

Sí, Doris Wolrich necesitaba a alguien al lado. Mientras se calmaba, abrazada por Ross, el inspector Fields le acabó de explicar con amplia sonrisa aquella especie de milagro que les salvó la vida en el último momento:

—Tu carta llegó, muchacho, y muy a tiempo por lo que vi. Acababa de sentarme cómodamente a descansar, cuando me la entregó mi secretaria y me dijo que era urgente. Cuando la leía, dudé un poco de tu sinceridad. Había leído lo de vuestra fuga en el periódico y ello me desconcertaba francamente. Leí también el anuncio del *Daily* que tú mencionabas y me dispuse a hacer cuanto pudiera por ti y por tu chica.

—Yo creí que aún estabas en Corea y era utopía pensar en ti como salvador...

—Ya, lo ves —sonrió divertido—. Papá Fields siempre vela por sus amigos. Ya me he licenciado, volviendo a mi grupo federal con el mismo cargo de antes y tres cicatrices más de bala que me hicieron esos demonios amarillos de la «Península de la Mañana Radiante» o como diablos la llamen. Movilicé a todos mis hombres disponibles, puse cerco a vuestro hotel y asistí al rapto. Me divirtió mucho verte metido en esos jaleos. ¡Tú, que no querías meterte en líos haciéndote detective! Os seguimos como yo sé seguir a la gente. Ese tipo de vuestro «Cadillac» ni se enteró. Cambiamos de coche seguidor hasta diez veces en poco tiempo.

—Eres un hombre muy listo, Arthur.

—Regular —dijo Fields modestamente—. Pero el

F. B. I.,

tiene medios para convertir tus grandes apuros en un juego de niños. Envié a un agente al hospital. Dijeron que había

desaparecido un tal Barrie, y creían que estaba de acuerdo contigo. No me lo pareció y seguí creyendo que decías la verdad en tu carta. Fuimos a la casa de los bichos disecados y dentro de una fea ardilla, francamente desagradable aparecieron las planchas que hemos buscado durante más de seis meses. Ya me dirás cómo demonios supiste eso.

—Pura deducción.

—¡Demonios, Ross! Entonces te he calibrado siempre muy mal —dijo admirativamente el federal—. El tipo de la nariz ganchuda cantó enseguida. Marty Wolrich no estaba muerto, sino que era Holstrom, el jefe de la banda, quien murió a manos de los suyos. En la tienda de bichos disecados almacenaban también el dinero falsificado. Aún había allí dólares para comprar el Empire State. Sólo que no valen un centavo entre todos. Ahora será preciso que declaréis en el juicio contra Sally Parker... Irá a la silla de todos modos. Pero con vuestro testimonio no tendrá ni un resquicio de salvación.

—Iremos —dijo con sorprendente serenidad y firmeza Doris, alzando la cabeza—. Marty era un crío mal educado e inconsciente, pero nada más. Sin ella, hubiera sido muy distinto.

—Siempre ocurre igual —suspiró el policía—. Las mujeres todo lo complican...

—Todo —asintió Ross, mirando con intensidad a Doris. Sus padecimientos tocaban ya a su fin—. Pero a pesar de ello no pienso renunciar a la que he encontrado en mi camino, Fields...

—Allá tú. El hombre siempre he dicho que no logrará escarmentar jamás. Somos tontos, mi querido Ross.

—Algún día te responderé si tienes razón o no —dijo Ross, tomando a Doris en brazos y acercándola hacia sí. La besó en los labios. Estaban húmedos y cálidos. Ella le respondió apasionadamente.

Y Arthur Fields hizo lo único que convenía al momento: marcharse con un gruñido.

FIN